

AMOR ENCANTADO
LIBRO 2

Alma Atada

HADEN HUDSON

Alma Atada

Amor Encantado, Libro 2

por Haden Hudson

Copyright © 2012 por Haden Hudson

Todos los derechos reservados.

Esta es una obra de ficción. Todos los personajes, organizaciones y eventos representados en esta novela son productos de la imaginación del autor o se usan de manera ficticia.

Dedico este libro a mi maravilloso esposo, como siempre.
¡Un agradecimiento especial a maria@steamydesigns.net por una portada tan hermosa!

CONTENIDO

[Capitulo 1](#)

[Capitulo 2](#)

[Capitulo 3](#)

[Capitulo 4](#)

[Capitulo 5](#)

[Capitulo 6](#)

[Capitulo 7](#)

[Capitulo 8](#)

[Capitulo 9](#)

[Capitulo 10](#)

[Capitulo 11](#)

[Capitulo 12](#)

[Capitulo 13](#)

[Capitulo 14](#)

[Capitulo 15](#)

[Capitulo 16](#)

[Capitulo 17](#)

[Epilogo](#)

CAPITULO 1

Nueva Orleans, 20 de noviembre de 1822.

¡Hijo del celebrado constructor de barcos, Rodolphe Boisclair, ha encontrado muerto!

Alexandré Boisclair fue encontrado muerto a manos de su inquilina, mademoiselle Marie Adrienne Jolivet, hija del difunto Jean Philippe Jolivet, en su casa de la Rue Orleans. Aunque los motivos aún son desconocidos, todos podemos suponer las razones. Monsieur Boisclair se casaría con Edm e Comtois, hija de Armand Comtois, la misma tarde en que conoció su destino. Aunque la cuadrilona Jolivet ha estado vinculada al fallecido en el pasado, la desconcertada señorita Comtois nos asegura que todos los rumores son falsos. La asesina fue llevada a la cárcel este martes pasado y espera juicio por el atroz crimen.

Tiempo presente...

“No lloraré. Me niego a llorar.” No pudo contener un ahogado sollozo, asustando a un niño pequeño siendo arrastrado por su madre a la acera.

“¡Mamá!” gritó el chiquillo y su madre lo levantó sin perder un paso.

Rosie se secó las lágrimas enojada. Ella no quería llorar, pero sí se lo merecía. ¿Qué había estado pensando? Había venido enferma y preocupada después de que su amiga, Selena, prácticamente se había desaparecido de la faz de la tierra. ¿Y qué había encontrado? Selena había estado metida con un hombre todo el tiempo. No, no un hombre, ¡un fantasma!

Estaba de pie en la esquina de la calle Royal y St. Peter mientras esperaba un taxi, con su maleta negra demasiado grande a su lado. La miró a través de sus lágrimas y luchó contra las ganas de patearla. La había arrastrado todo el camino por las empinadas escaleras hacia ese pequeño apartamento en el Callejón de los Piratas, y ahora de nuevo por esos escalones y por la acera desigual. ¡Como su suerte lo haría, las ruedas se engancharon en cada grieta del cemento y se volcaron tres veces! Un joven se había ofrecido a ayudarla, pero se había retirado rápidamente cuando vio sus ojos y nariz rojos y acuosos.

Qué lío se debe mirar. Más sollozos abiertamente sacudieron su cuerpo y se limpió la nariz con el viejo Kleenex que había encontrado metido en su bolso cuando, los peatones mirándola cansados o con pena.

Finalmente, afortunadamente, un taxi se acercó a su área y ella salió a la calle con el brazo extendido. El conductor se detuvo lo suficientemente rápido, pero ella pudo ver que lo lamentaba en el momento en que echó un vistazo a su estado emocional.

“¿A dónde, señorita?” preguntó después de haber colocado su equipaje en el maletero.

“Al aeropuerto, por favor.”

El conductor del taxi le abrió la puerta del auto, pero justo cuando estaba a punto de entrar fue golpeada con fuerza por detrás y perdió el equilibrio. Rosie se tambaleó, su maleta y su pequeña bolsa de tocador columpiándose salvajemente. Trató de salvarse la cara de primer impacto, agarrándose de los pantalones del hombre, pero él no llevaba cinturón y ella terminó comiendo grava, pantalones todavía en la mano.

“¡Pero mierda, señora está loca!” le gritó el taxista mientras se subía los pantalones y frenéticamente miraba a su alrededor para asegurarse de que nadie

había visto sus calzoncillos.

“¿Qué ...?” Rosie se detuvo en seco cuando se enderezó, limpiando la suciedad de las manos y las rodillas, y descubrió que había sido una mujer mayor que se había lanzado hacia ella.

“*Pardonnez-moi,*” dijo la pequeña mujer que había corrido a toda velocidad. Llevaba un gran chal tejido que le cubría la cabeza, los hombros y la mayor parte de la cara, pero Rosie podía ver que la mujercita morena era antigua. Tenía una ligera joroba en la espalda, y los nudillos de los dedos que usaba para apretar la tela sobre sus ojos eran huesudos y arrugados. Su profunda voz ronca confirmó una vida muy larga, probablemente llena de demasiados años fumando.

“Oh no hay problema. Ningún daño hecho.” Rosie intentó sonreír tranquilizadamente, pensando que la mujer era tan vieja que probablemente no debería estar vagando sola por las calles.

La mujer asintió y, aunque con algunas dificultades y un poco de ayuda de Rosie, logró volver a la acera y alejarse.

“¿Crees que deberíamos intentar averiguar dónde se supone que debe estar? Tal vez esté perdida o algo así,” le dijo Rosie al taxista.

“¿Quién?”

“La viejita. ¿No se veía confundida? Me preocupa.”

El hombre parecía genuinamente perplejo. Con el ceño fruncido, preguntó, “¿Qué viejita?”

“Esa...” Rosie comenzó, pero cuando miró en la dirección que la anciana había caminado no había rastro de ella. Se quedó mirando, completamente perdida. No había manera de que la anciana hubiera desaparecido tan rápido. “¿Pero a donde se pudo haber ido tan pronto?”

“Señora, ¿se sientes bien? Tal vez podría llevarla a la casa de un pariente, o al hospital, tal vez.”

“Mire, solo lléveme al aeropuerto, ¿de acuerdo? No estoy enferma. Es esta ciudad, con todos sus fantasmas y vudúes. Solo necesito irme a casa.”

El hombre levantó los brazos en señal de rendición y caminó hacia el lado del conductor. “Solo estaba diciendo,” murmuró.

Rosie entró y cerró la puerta. Ahora estaba enojada y dolida, lo que le recordó por qué estaba herida y, a su vez, comenzó una nueva serie de lágrimas. Ella vio los ojos del taxista a través del espejo retrovisor y se dio cuenta de que había pisado el acelerador. Quería que su tarifa se fuera lo más rápido posible. Bien, pensó. Cuanto más rápido se fuera de Nueva Orleans, mejor.

Rosie vio pasar el paisaje sin mirar realmente. No podía sacar de su cabeza los acontecimientos del último día. En realidad, fue toda la semana la que realmente salió mal.

Pensó que estaba siendo una buena amiga al aconsejarle a Selena que encontrara a alguien con pulso. Se había metido en la vida de su amiga, asustó a su amante fantasma y ahora Selena la odiaba por eso.

“¿Quién eres tú para venir a mi casa y dictar qué es lo mejor para mí?” le había preguntado su amiga. “¿Y que si nuestro amor no es perfecto? Enséñame uno que lo sea. Ciertamente ninguno tuyo. ¿Es por eso que hiciste esto, porque quieres que esté tan sola y miserable cómo tú?”

Sí, esa última parte realmente le había dolido. Pero era verdad. Tal vez sus problemas con el hombre fantasma tenían más que ver con el hecho de que simplemente no podía ver de qué se trataba el verdadero amor. Ese sentimiento de morir sin ti, morir por ti, eres mi todo.

No era que alguien la hubiera engañado o maltratado. Era más que simplemente nunca había sentido eso por nadie. Todas las relaciones que había tenido terminaron porque no podía enamorarse y se negaba absolutamente a decir esas dos pequeñas palabras: te amo. Tal vez había algo mal con ella.

El vuelo de regreso a Carolina del Norte parecía interminable. La parada en Charlotte ciertamente no ayudó. Se sentía más sola que nunca ahora que había perdido a su mejor amiga.

Llegó a su casita en Morehead City a altas horas de la noche. Estaba tan cansada que simplemente empujó su maleta grande a través de la puerta principal y la dejó caer junto con su bolsa de aseo y su bolso. Llamaría a su hermano por la mañana para hacerle saber que había llegado a casa bien.

Con un último suspiro de exasperación por sus acciones, Rosie se dejó caer en la cama, con los zapatos todavía puestos, y se durmió profundamente.

Martes...

“Sabes qué hacer, así que hazlo ya.” *Pitido*.

“Hola, Mike. Soy yo. Solo quería hacerte saber que llegué a casa bien. Te amo.”

Rosie había dormido hasta tarde, y ahora con el sol del mediodía entrando por las dos ventanas de su sala de estar, podía ver la capa de polvo que se había acumulado en el tiempo que se había ido. Eso era lo malo de estas casas viejas; tenían ventanas viejas que permitían entrar cada mota de polvo.

Decidiendo ignorarlo y esperando que desapareciera por sí sola, optó por desempacar. Colocó el equipaje pesado en su cama. En el momento en que la abrió, parecía que la ropa brotara por todas partes; una camisa aquí, un zapato allí. Había olvidado por completo que había empacado todo con tanta prisa. Suspiró mientras recogía una chancla que había caído, y luego suspiró de nuevo cuando recogió a su gemela.

Le tomó un tiempo antes de llegar a la pequeña bolsa que llevaba sus artículos de tocador. Una vez más, cuando la abrió, todo brotó hacia ella. Simplemente no era su semana, pensó.

Se agachó para recoger todo, un cepillo, un reloj de bolsillo, un compacto. Lo tiró todo sobre la cama y se inclinó de nuevo por el resto de sus cosas cuando de repente se quedó inmóvil, con la mano todavía en las pinzas.

¿Un reloj de bolsillo? Levantó la vista hacia la cama y, efectivamente, allí estaba. Un reloj de bolsillo de oro estaba entre el compacto y el cepillo.

“¿Qué demonios?” Lo recogió para examinarlo, frunció el ceño, e intentó abrirlo, pero estaba atascado. Era realmente encantador, con una intrincada flor de lis rodeada y atravesada por enredaderas con pequeñas espinas en un lado y una inscripción en el otro. Intentó leerlo usando su limitado conocimiento del italiano, pero no había mucho que podía hacer con eso ya que parecía estar escrito en francés.

¿De dónde había salido? Su bolso había estado cerrado todo el tiempo, ¿no es así? Recordó al representante de la aerolínea en el mostrador que le preguntó si llevaba algo desconocido en sus maletas. Aparentemente lo había hecho, y no lo había sabido.

Bueno, no había nada que pudiera hacer al respecto ahora. Pensó en poner un anuncio en Craigslist, pero aparte de eso, no había mucho más que pudiera hacer.

Ella continuamente miró el reloj, sentado inocentemente en su mesita de noche, mientras terminaba de desempacar. Se duchó y lo miraba mientras caminaba de un lado a otro desde su armario hasta su pequeño baño.

“¿Qué estás mirando?” preguntó cuándo se paró frente a la cama y se vistió. No sabía por qué, pero se sentía excesivamente desnuda y expuesta en su presencia.

Cuando almorzó tarde, pudo sentir que la llamaba desde el dormitorio y, aunque no podía verlo desde su posición en su mesa, miró la puerta.

Un fuerte golpe fuera de la puerta de su casa la hizo saltar y casi se atragantó con sus Cheetos.

“¡Jesucristo!” exclamó a través de mucha tos. “¿Qué diablos está mal conmigo? Es solo un reloj de bolsillo, ¡nada más!”

Sabía exactamente qué estaba mal con ella. Era Nueva Orleans. De alguna manera se había filtrado en sus huesos y ahora ella estaba viendo todo tan espeluznante.

“Bueno, te puedo decir un lugar que nunca volveré a visitar,” se dijo a sí misma.

Abrió la puerta y saludó al cartero que acababa de dejar un gran bulto de, ella estaba casi positiva, facturas. Las dejó caer sobre la mesa de cerezo que había colocado en la entrada. Las facturas podrían esperar otro día.

Se sentó y le escribió a Selenia un largo correo electrónico disculpándose por haber arruinado su vida amorosa, luego simplemente se sentó y miró fijamente la computadora portátil, aunque en su mente estaba viendo el maldito reloj de bolsillo. Incapaz de resistir la tentación un momento más, se levantó y fue a agarrar el objeto de su obsesión.

Rosie buscó un sitio web que tradujera francés a inglés.

Se quedó mirando el reloj. Era gracioso, aunque no podía entender ni una palabra de la escritura, había algo allí, algo que casi podía ver pero que estaba fuera de su alcance.

Escribió las palabras en la casilla de la aplicación que le dirían lo que significaba.

“Jamais lié. La liberté est votre décès, peur que la sang du vrai être sacrifiée sera l’âme est non liée,” decía.

Rosie leyó en voz alta las palabras que se mostraban en su pantalla en español, “Para siempre atada. La libertad será tu desaparición, no sea que la sangre del verdadero sea sacrificada, el alma quedará desatada.”

Mientras leía, sintió que un escalofrío le subía por la espalda. ¿Que

significaba eso? Pasó un dedo sobre la flor de lis, trazando las palabras grabadas en su superficie y deseó poder averiguar de qué se trataba lo que la llamaba. Deseaba poder abrirlo, mirar dentro y resolver su misterio.

“¿Qué eres?” preguntó y de inmediato retiró su mano. La superficie se había calentado. Lo tocó de nuevo, esta vez con más cautela. Sí, la temperatura del oro había subido, casi demasiado caliente al tacto. Se sentía... vivo. Una vibración, como una corriente eléctrica, subió por su dedo hasta su brazo.

“¡Oh, demonios, no!” gritó antes de agarrar el reloj, abrir una ventana y tirarlo al callejón que separaba su casa de sus vecinos. Ya había tenido suficiente de eso en Nueva Orleans, no había forma de que lo soportara aquí. Tal vez alguien correría por es sima de él, pensó.

¡Pum!

Los ojos de Rosie se abrieron de golpe ante el ruido sordo que ni siquiera el sonido de la lluvia que venía de su radio podía enmascarar. Se quedó quieta, sin siquiera atreverse a respirar, mientras escuchaba atentamente por cualquier otro sonido. Pero no había nada. Voltio y miró su reloj. Las doce y media de la mañana. Cerró los ojos y volvió a dormirse.

¡Woosh!

Los ojos de Rosie se abrieron de nuevo. Se había despertado, estaba casi segura, por una ráfaga de aire en su cara. Tenía los ojos muy abiertos tratando de ver algo y rezando no ver nada, buscando cualquier señal de movimiento. Pero de nuevo nada. En momentos como estos, ella odiaba no tener un compañero de cuarto. El corazón le latía tan fuerte que sabía que nunca volvería a dormirse a menos que lo investigara.

Encendió la lámpara y miró a su alrededor. Todo parecía estar donde debería estar. Agarró la pistola que guardaba en el cajón de la ropa interior, le quitó el seguro y se dirigió hacia la puerta.

“Si hay alguien allí, te lo advierto, tengo un arma y sé cómo usarla,” dijo. No estaba diciéndolo por hablar, en verdad sabía como usar su pistola. Su hermano se había asegurado de que ella supiera todo sobre el manejo seguro de un arma y de que ella supiera cómo usarla para protegerse. Aunque el mayor problema de Morehead City era el robo de bicicletas, nunca se sabía qué clase de locos acechaban allí, como diría su hermano.

Dobló una esquina y encendió la luz. Todo estaba normal. Fue de habitación en habitación, abriendo cada armario, fijándose bien detrás de cada

puerta. Todo pasó inspección. Todo menos uno. Las puertas francesas en la parte trasera de la casa estaban abiertas. Una ligera brisa nocturna soplaba dentro y giraba alrededor de ella, pero eso no era lo que la enfriaba. Era el reloj de bolsillo abierto que ahora yacía a sus pies lo que lo hacía.

CAPITULO 2

Miércoles...

Ella estaba siendo perseguida.

Rosie se sentó ante el reloj de bolsillo y el mechón de pelo oscuro que había sido contenido dentro. Lo miró fijamente, deseando que le dijera qué demonios estaba pasando.

No había dormido ni un guiño la noche anterior. Después de que el reloj reapareció a sus pies, lo tomó y lo arrojó directamente al patio del vecino incitando a su perro a ladrar de indignación.

Se había vuelto a la cama, pero como tenía el sueño increíblemente ligero, fue despertada fácilmente por el ruido bajo que siguió poco después. Saltó de la cama y corrió hacia las puertas traseras, pero estaban cerradas. Su suspiro de alivio fue interrumpido cuando vio que la ventana de la cocina estaba abierta, el reloj sentado en el alféizar.

Había intentado muchas veces a lo largo de la noche deshacerse de él; lo puso en el cobertizo, lo metió en la lavadora y en el bote de basura del exterior. Si no estuviera tan segura de que hubiera aparecido de nuevo, simplemente hubiera ido a la playa y lo habría arrojado al mar.

La última gota, sin embargo, había sido cuando se había despertado para encontrarlo puesto en la almohada a su lado. Lo había llevado al armario de lavandería donde guardaba su pequeña caja de herramientas verde y sacó su mini martillo. Ella lo colocaría en la baldosa dura, pensó con una especie de risa enloquecida, ¡luego rompería la cosa en pedazos pequeños!

Pero simplemente no podía obligarse a hacerlo. Por alguna razón, el mero pensamiento de destruir el reloj le dolía.

En vez de eso, lo había colocado dentro de la pequeña caja fuerte que había escondido en el piso de su armario. Podía escuchar el reloj sonando y tintineando durante toda la noche, e incluso podría haber jurado que oyó girar la cerradura. ¡Aja! pensó. Ella nunca había escrito la combinación, todo estaba en su memoria. A menos que el f-fanta... a menos que los fantasm ... a menos que esta cosa que le estaba pasando pudiera entrar en su cabeza, no había forma de que el reloj pudiera salir.

Finalmente se había quedado dormida a las cinco de la mañana solo para ser despertada por la alarma a las seis. Ayer recibió la llamada de que la

necesitarían durante los próximos días en la escuela secundaria Morehead City para sustituir a la maestra de matemáticas, su asignatura menos favorita. ¿Por qué no pudo obtener la ciencia?

El día ya había sido difícil, pero lo que lo empeoraba era el hecho de que se sentía observada todo el tiempo. Incluso podría haber jurado que algo había hecho a un lado un rizo ingobernable que había caído sobre su ojo. Se había levantado tan rápido que su silla había rodado y se estrelló contra la pared trasera. Algunos de los estudiantes la miraron con confusión, otros se miraban entre ellos y uno en particular no podía dejar de reír.

“Vuelve a tu trabajo,” le había ordenado.

Ahora, mientras se sentaba, con un montón de papeles para calificar delante de ella, simplemente no podía dejar de mirar el reloj. Estaba siendo perseguida, de eso estaba segura, y tenía una idea bastante buena de quién era. Eric, el amante fantasmal de Selena, había amenazado con hacer eso si no dejaba de inmiscuirse en sus vidas. Y ella no había escuchado.

“Dejarás a Selena en paz, así que ayúdame, Dios, te perseguiré por el resto de tu vida, hasta que seas tú quien se vuelva loca,” fueron sus palabras exactamente. Ella nunca lo olvidara. ¿Cómo podría alguien olvidar las palabras que salieron de la boca de una aparición?

Pero lo que no entendía era el vínculo con el reloj de bolsillo, o el mechón de cabello atado por una cinta de satén verde, para el caso.

“No tienes que perseguirme para siempre, sabes. Ya estoy bastante loca,” dijo a la habitación vacía. Solo que ella estaba segura de que no estaba vacía. Rosie podía sentir una presencia allí. No podía explicarlo exactamente, era una especie de grosor en el aire, casi como si extendiera la mano, sentiría algo allí. Se preguntó si tal vez debería llamar a un sacerdote.

Bueno, lo primero es lo primero. La pila de papeles que tenía ante ella no se hacía más pequeña. Colocó las pequeñas gafas negras enmarcadas en la punta de su nariz y comenzó a clasificar.

Fue alrededor del séptimo papel cuando ella comenzó a perder el foco. Estaba cansada y con mucho sueño. La noche de insomnio finalmente la había alcanzado, pensó, pero incluso entonces no debería sentirse tan abrumada como ahora.

Cómo deseaba poder rendirse y tomar una siesta, pero había demasiado trabajo. Así que, en lugar de eso, bebió dos Mountain Dews, uno detrás del otro, e hizo un rápido movimiento corporal para que la sangre fluyera. No funcionó, pero luchó contra la somnolencia con toda su fuerza a través de la clasificación.

Fue el día de suerte de la última estudiante cuyo trabajo calificó. Rosie estaba más allá del sueño. Los números en el papel se empañaron y ella apenas podía hacer que su mano se moviera. No estaba segura de lo que estaba haciendo exactamente en este momento, por lo que le dio una calificación aprobatoria.

“Vamos, mira, vamos a la cama,” le dijo al reloj. Decidió que el mejor curso de acción sería simplemente llevarlo con ella y colocarlo en la almohada a su lado. Acabaría allí de todos modos. De esta manera al menos ella podría dormir un poco. Se cepilló los dientes en la oscuridad y se lavó la cara, luego arrastró los pies hasta la cama.

Estaba dormida antes de que su cabeza golpeará la almohada.

“Mon amour, ¿por qué luchas contra mí?” escuchó el profundo timbre de la voz masculina en su oído, medio susurro, medio gemido cuando él se apretó contra ella.

Ella gimió en respuesta al peso entre sus piernas. “¿Estoy luchando contra ti?” preguntó ella.

Él besó la columna de su garganta mientras su mano exploraba debajo de su delgada camiseta, sus dedos bailando ligeramente sobre los picos endurecidos de sus pechos.

Ella abrió sus piernas más amplias para él. Lo quería más de lo que jamás había deseado nada en toda su vida.

Él sintió esto, ella lo sabía, y respondió a su necesidad con fervor. La besó y ella sintió que había probado el cielo en sus labios. Su lengua recorrió la de ella, le mordió el labio inferior y se lo llevó a la boca antes de besarla de nuevo, esta vez más profundamente. Presionó su erección contra su centro, sus bragas la única barrera. Ella deseaba que él arrancara a esas garras ofensoras.

“Je t’aime,” dijo contra su boca. “Il n’y a pas d’autres.”

“¿Mmm?” dijo ella de vuelta y acercó su boca a la de ella.

“Je t’aime, Marie. No hay otra. Nunca lo habrá, lo juro.”

“¿Marie?” Ella respiró. “Quien es...”

Rosie se despertó con un sobresalto. Se aplastó contra la cabecera de madera de su cama de trineo. Estaba respirando pesadamente, su corazón latiendo ferozmente en su pecho. ¿Había sido un sueño? Rara vez soñaba y nunca tan vívidamente. Se había sentido tan real que juraba que todavía podía sentir las manos del hombre sobre su cuerpo, sus bigotes rascando su garganta.

Rosie se acercó y sintió el reloj sobre la almohada a su lado. Todavía

estaba allí, solo que ahora estaba abierto.

Encendió la luz de su mesita de noche y miró la cara blanca del reloj por primera vez. Rosie podía sentir su calor y energía como si tuviera algo vivo en su palma.

La cara tenía dos manos. La primera giraba alrededor para contar la hora. La segunda, una manecilla mucho más pequeña en un rincón del reloj parecía rastrear algo completamente diferente. Vio en minúsculas letras, D, L, M, M, J, V, S. Le recordaba a los relojes que llevaban los hombres con todas las manos que contaban cosas diferentes, la hora, los segundos o incluso la profundidad del agua.

Lo gracioso del reloj era que no solo el tiempo estaba completamente apagado, sino que ambas manos giraban en sentido contrario a las agujas del reloj.

Era un reloj extraño, sin duda, pero la situación era aún más extraña. Todavía podía escuchar su voz, tan profunda y sensual que la sintió como una caricia íntima sobre su cuerpo. Rosie ahora sabía que la voz no provenía del fantasma de Selena, pues él nunca la habría tocado de esa manera. Eso solo podía significar una cosa; estaba siendo perseguida por su propio fantasma.

“¿Quién eres?” preguntó ella. Aunque no había respuesta, todavía podía sentir su presencia en la habitación. Por extraño que parezca, en lugar de asustarla, se sentía a gusto y completamente sin miedo.

La había llamado por un nombre diferente. Nunca en su vida había sido llamada por otro nombre mientras estaba en medio de hacer el amor. ¿Se sintió enojada? ¿Herida? ¿Celosa?

Ciertamente la envidia era una de las cosas que sentía. La forma en que había dicho el nombre de la mujer, con deseo, pasión... amor. Y la forma en que la besó, sin mencionar sus caricias, su olor, su... bueno, digamos que cualquier mujer que fuera objeto de los afectos de ese hombre era ciertamente una mujer muy afortunada. Oh sí, ella estaba verde de envidia, de acuerdo.

¿Y quién demonios era Marie?

CAPITULO 3

Barrio Francés, Nueva Orleans 1821...

“Marie... ¿Marie...? ¡Marie!”

Marie Jolivet cerró los ojos y oró para que la tierra se la tragara, para que el techo se derrumbara, ¡para que Dios mismo viniera y la salvara!

“Marie Adrienne Jolivet, ¡baja en este instante!” escuchó a su madre mandar desde la parte inferior de las escaleras.

Soltó un profundo suspiro. Ay, parecía que su salvación no vendría.

Se vio a sí misma por última vez en la puerta de espejo en su gran armario de cerezo. Su madre realmente se había superado a sí misma esta vez. Nunca en su vida había llevado Marie un vestido tan caro. Ordenado por la mejor modista de Francia, su vestido de seda plateada, que caía fuera del hombro, estaba destinado a resaltar el gris en sus ojos. Tenía incrustaciones de terciopelo y cristales que costaban más que todos sus vestidos combinados. Sabía que ninguna de las otras chicas usaría una bata para competir con la suya.

Su cabello había sido recogido y amontonado sobre su cabeza, mientras que varios de sus risos rebeldes se dejaron caer sobre sus hombros desnudos y su espalda. Su hermana menor, Noémie, colocó hilados de perlas y cristales en su cabello y cruzó una hebra delicadamente sobre su frente.

Cómo su madre había logrado pagar por tal disfraz, nunca sabría.

“Debe haber vendido nuestras joyas,” se susurró a sí misma y se llevó una pequeña mano a su garganta desnuda, justo ahora notando que no llevaba absolutamente ninguna joyería. Eso estaba bien con ella, odiaba usar demasiados adornos, pero se sentía muy mal por el hecho de que su madre tuviera que desprenderse de sus cosas preciosas.

“Marie,” su hermana pequeña llamó sin aliento desde la puerta de su habitación. “¡*Maman* dice que si no bajas en este instante, ella vendrá y te arrastrará por tu cabello!”

“¡Ya voy!” dijo mientras agarraba su retícula y corría precipitadamente por las escaleras.

“¿No puedes al menos intentar sonreír un poco?” le preguntó su madre una vez que estaban cómodamente sentadas dentro de su carruaje. Ella golpeó el techo dos veces con su bastón para instruir al conductor a moverse.

“*Maman*, sabe que no quiero hacer esto.”

“Sí, *mon enfant*, lo sé. Pero también sabes las razones por las que debes hacerlo.”

“Sí, lo sé, es para que pueda terminar como usted.” Su madre se estremeció ante sus palabras, el dolor visible en sus ojos incluso en la tenue luz del carruaje. Marie inmediatamente lamentó su lengua ingobernable. “Por favor, *maman*, perdóneme. Solo quise decir que no quiero estar en la misma situación. Si papá la hubiera amado, se habría asegurado de dejarla bien cuidada.”

Géraldine miró a su hija con lástima. Cambió de lado y se sentó junto a Marie, tomando su mano entre las suyas. “Marie, todavía eres inocente y no conoces los caminos del mundo. El amor no siempre puede jugar un partido. Y tu padre se aseguró de que nos cuidaran después de su muerte, simplemente no pensó en sus deudas y en cómo eso afectaría nuestra herencia.”

“¡Es simplemente injusto, mamá! Quiero casarme, tener una familia, amor. ¿Por qué no puedo tener esas cosas?”

“Marie, todavía puedes tener esas cosas. Puedes llegar a amar al hombre que elijamos para ti esta noche.”

“¡Pero nunca podré casarme con él! Tendré que morderme la lengua cuando se vaya a buscar una esposa. Una esposa criolla blanca. ¡Debería haber huido cuando tuve la oportunidad!”

Géraldine soltó la mano de Marie. “¿Y qué hay de mí y Noémie? ¿Nos habrías dejado simplemente a nuestro destino?”

“*Maman*, tal vez si nos marchamos de este lugar. Quizás haya otro lugar donde podamos ser verdaderamente libres para hacer nuestra propia vida. En algún lugar podemos encontrar verdadera felicidad.”

“¡No! Marie, esta es mi casa. Nuestra casa. No la dejaré por el capricho de una niña. Esta discusión ha terminado. Agradece que te permita elegir al hombre, un privilegio que no tuve. Pero, Marie, te lo advierto, si no has elegido de aquí a las once, elegiré por ti.”

El carruaje se detuvo frente a las puertas dobles del Salón de Baile Orleans. Marie vio el hermoso edificio, con sus muchas grandes ventanas arqueadas y un alto balcón, como una tumba. Su vida como la conocía terminaría ahí.

El conductor ayudó a las dos y fueron escoltadas a través de las puertas dobles y a través de la amplia galería de recepción. El salón de baile en sí estaba en el segundo piso, con sus puertas francesas que conducían al balcón en la parte frontal del edificio. Ella lo sabía porque había estado aquí antes, pero a diferencia de esa noche, ahora no podría escapar de su destino.

La hija de Jean Philippe Jolivet, una vez rico sembrador de algodón, y de Geraldine Mynatt, una mulata, Marie era un cuadrilonga. Era una mujer libre de color y criolla. Ella tenía sus propios sirvientes, había sido tutelada y educada como una buena señorita de su época e incluso había tomado el apellido de su padre. Pero, aun así, se sentía tan esclava como sus primos que aún estaban atrapados dentro del sistema inhumano.

Géraldine quería la misma vida que había tenido para Marie. Ella quería juntarla con un francés rico en una de estas fiestas ridículas. Lo único que Marie quería era una oportunidad de amar, realmente, sin barreras.

“*Maman*, ¿por qué no intenta encontrar a otro caballero que pueda cuidarla?” preguntó mientras ayudaba a su madre a subir la ancha escalera curva.

Su madre se detuvo a medio paso y sostuvo su bastón delante de ella. “Es por esto, *ma chérie*. No hay un hombre que me tenga ahora. Por favor, no huyas de nuevo,” suplicó su madre. “Nos queda muy poco dinero. ¡Eres mi única esperanza!”

Eso era cierto. Noémie aún era demasiado joven, aunque Marie estaba segura de que la pequeña tendría una o dos cosas que decir al respecto.

La sala ya estaba llena. Una gran orquesta llenaba la sala con sus hermosas sinfonías. Algunas personas se mezclaban en grupos, otras en parejas simples. El centro de la habitación estaba abarrotado de bailarines, con faldas de seda y satén chocando entre sí mientras los hombres ricos bailaban con las adorables cuadrilonas y mulatas debajo de grandes candelabros de cristal.

Marie pensó que era realmente una vista maravillosa para alguien que no estaba allí en contra de su voluntad. Aunque en la mayoría de los casos las damas presentes querían estar allí. Querían sentirse codiciadas y deseadas. Y lo eran.

Las fiestas cuadrilonas. El lugar donde los hombres blancos se mezclaban con las sirenas de colores. El lugar donde hacían ofertas a las madres por las bellezas, lo que quisieran, por el privilegio de tenerlas. Podría haber sido ilegal casarse con ellas, pero eso no significaba que no pudieran compartir sus camas. Era conocido como *Plaçage*, pero para Marie era solo otra forma de esclavitud.

Tan bello como era todo, Marie se sentía miserable. Su madre la hizo desfilar como una preciada posesión en una subasta. Sintió las miradas de los hombres sobre su persona, evaluándola, determinando su valor, un valor que podrían presentar a su madre.

Bailó con movimientos automáticos, precisos y ensayados. Ella

respondió cuando fue interrogada y trató de no bostezar.

“Qué hermosa eres, *mademoiselle*,” decían. “Eres la más bella de todas. Si solo fueras mía, serías una reina en mi castillo.” Se preguntó cuántas otras chicas habían escuchado lo mismo esa misma noche.

Podía ver a algunos de los caballeros acercarse a Géraldine. Marie contuvo el aliento mientras su madre escuchaba sus ofertas y sintió que una inmensa oleada de alivio la inundaba cada vez que Géraldine encendía su abanico y sacudía la cabeza para indicar que la oferta no era digna de su atención.

Fue una eternidad antes de que ella pudiera dejarla salir de la pista de baile y pararse junto a su madre, o quizás detrás de ella era más preciso.

Rezó por pasar inadvertida por más de los caballeros en la sala, pero no pasó mucho tiempo antes de que la descubriera nada menos que Lammert Dubois. Marie gimió ruidosamente cuando Géraldine se movió hacia un lado y la expuso a su mirada escrutadora.

Su madre le sonrió con adoración al hombre. “*Monsieur*, qué placer verlo aquí esta noche,” le dijo mientras se inclinaba sobre su mano para besarla.

“*Madame* Mynatt,” le dijo. “Siempre es un placer verla a usted y a su encantadora hija.” Lo último dijo mientras miraba directamente a los ojos de Marie.

En verdad, Lammert era un hombre muy guapo. Tal vez el hombre más hermoso que Marie había visto nunca. Pero a ella no le gustaba, nunca lo había hecho. Había algo en sus ojos verdes que hablaba de crueldad. Ella sabía que, aunque él la deseaba por su color, también la despreciaba por eso. Ya le había hecho una oferta a su madre una vez, pero Marie lo había rechazado y le había dejado en claro que no quería tener nada que ver con el hombre. Géraldine no estaba de acuerdo. Lammert era muy rico.

“*Mademoiselle* Jolivet,” dijo sobre su propia mano. Marie luchó contra el impulso de apartar su mano de sus labios y luego limpiarla en sus faldas.

“*Monsieur* Dubois.”

“Por favor, llámame Lammert.”

“No presumiría tener tales libertades con usted, señor Dubois.”

Lammert sonrió ante su resistencia, una sonrisa que no llegó a sus ojos, pero bajó la temperatura alrededor de Marie.

“*Madame* Mynatt, me sentiría honrado si me concediera este baile con su hija.”

“En realidad, *monsieur*, ya me lo ha preguntado otro caballero... ¡aie!”

“Marie estaría encantada, como yo, *monsieur* Dubois.”

Marie fulminó con la mirada a Géraldine mientras cojeaba, intentando no usar el pie que su madre había pisado, con el brazo a través del de Lammert.

En el momento en que llegaron a la pista de baile, Lammert la tomó en sus brazos y la atrajo hacia sí. Demasiado cerca. Enrolló su brazo alrededor de su cintura y ella pudo sentir sus dedos clavándose en su costado, casi como si estuviera luchando contra sí mismo para no violarla allí mismo. Ella se movió incómodamente dentro de su abrazo mientras él la bailaba.

“Marie, sabes cuánto tiempo he deseado tenerte. Si solo me tuvieras, te convertiría en la mujer más feliz del mundo.”

Aquí vamos de nuevo, pensó. Era la misma historia.

“¿Y qué hay de tu esposa? ¿Qué hay de cualquier hijo que podamos tener?” preguntó, sabiendo cuál sería su respuesta.

“Nunca te abandonaré a ti ni a ningún hijo tuyo, Marie,” le susurró al oído, su aliento caliente haciéndola temblar.

“Mi papá dijo lo mismo a mi abuela, pero todas eran mentiras. Noémie ni siquiera lleva su nombre porque su esposa... su esposa legal que le dio un heredero lo exigió.”

“Marie, ¡yo no haría tal cosa!”

La abrazó con más fuerza, más cerca, y ella se sintió asfixiada por su olor. Él era un mentiroso, y tal vez cualquier otra mujer aquí podría haber estado dispuesta a pasarlo por alto por su cara bonita y su cuenta bancaria aún más bonita, pero ella no podía hacerlo. Ella lo había visto golpear a sus sirvientes con sus propios ojos. Era un mentiroso y ella ya estaba harta de él.

“Quiero volver con *Maman*, por favor.”

“Pero, *chère*, acabamos de empezar nuestro baile.”

“No me importa, quiero irme.” Él no la soltaba y por eso ella empujó con todas sus fuerzas hasta que fue capaz de liberarse de su agarre. Se tropezó hacia atrás y de alguna manera terminó atrapada en el baile con otra pareja.

“Perdónenme,” se disculpó mientras se liberaba de sus brazos. La pareja continuo su baile completamente sin preocupación por la interrupción.

En lugar de volver con su madre, Marie optó por escapar. ¡Se negaba a ser vendida! Su madre tenía otras opciones. Podría vender la casa y comprar una más pequeña. Podría casarse ella misma. Había un apuesto fabricante de muebles, un hombre libre de color también criollo y con suficientes medios para cuidar a una esposa cómodamente. Había cortejado a Géraldine, pero ella lo había rechazado porque no podía mantenerla en el lujo.

Bueno, tampoco podría Marie.

Empujó a las multitudes hasta que llegó a una puerta trasera a través de la cual se deslizó inadvertida. Se abrió camino por el edificio, alejándose de los sonidos de las voces, levantándose las faldas para evitar cualquier silbido.

Fue en la parte de atrás que encontró una habitación vacía. Cerró la puerta suavemente detrás de ella y cruzó el espacio oscuro hacia la ventana. Ella saldría. Seguramente habría algo allí que podría usar como una escalera. O tal vez algo abajo que podría romper su caída. Se iría y nadie jamás oiría de ella otra vez. No estaba segura de a dónde iba, pero se la averiguaría luego.

Abrió la ventana y vio que la suerte estaba de su lado. Una gran pipa caía desde el techo hasta el suelo justo cerca de ella. No sería la primera vez que usaba una para escapar. Después de revisar por última vez que nadie que pudiera verla, Marie se levantó las faldas y sacó una pierna, y luego la otra, agarrándose de la cuneta.

Cuando uno está tan arriba, el mejor curso de acción es nunca mirar hacia abajo, pensó. Con nervios, se avanzó lentamente, moviendo una mano, luego un pie, luego el otro. Sintió la gota de sudor en su frente por el esfuerzo que tomó para mantenerse unida al edificio. Lo intentó con todas sus fuerzas, pero su peso resultó ser demasiado para sus manos.

Su pie se deslizó y sus manos perdieron su agarre, y Marie cayó al suelo duro debajo.

CAPITULO 4

Tiempo Presente. Jueves...

“Reloj de bolsillo con palabras francesas. Reloj de bolsillo desaparecido en Nueva Orleans. ¿Reloj que corre hacia atrás?”

Rosie resopló de frustración y se quitó el pelo de los ojos. Nada de lo que ingresaba en su barra de búsqueda de Google mostraba resultados. Estaba cada vez más frustrada y podía jurar que sentía a alguien respirando en su cuello. Había sido un día muy largo y agotador en el trabajo, y aún no había empezado con el trabajo que había traído a casa. Pero ya simplemente no podía funcionar mientras estaba cerca de ese reloj y su ocupante.

“Estoy haciendo mi mejor esfuerzo, ¿de acuerdo?” le dijo a quienquiera que estuviera allí. “¿Y por qué no puedes mostrarte ya?”

Como si hubiera pronunciado las palabras mágicas, el aire a su alrededor comenzó a chisporrotear y cambiar. Sintió que bajaba la temperatura en la habitación y comenzó a temblar incontrolablemente por el frío.

Dios mío, pensó, ¿qué he hecho? En realidad, no había querido que se mostrara, y ahora que parecía que lo haría, sintió miedo por primera vez. ¿Quién no tendría miedo de ver a un fantasma?

A pesar de que se sentía congelada por el puro terror al ver la aparición, sus piernas parecían moverse lo suficientemente rápido y la llevaron a través de las puertas francesas hasta el callejón.

Su corazón tronó en sus oídos cuando finalmente se detuvo para mirar hacia atrás.

“¡Soy una gallina!” se regañó a sí misma. ¿Selena habría reaccionado así cuando vio a Eric por primera vez?

A través de las persianas abiertas de las puertas dobles francesas, Rosie pudo ver el evento que se llevaba a cabo en el interior. Se atrevió a caminar de regreso para ver mejor y pegó su cara contra un pequeño cristal.

Allí, en medio de la pequeña habitación en la parte posterior de la casa que se duplicaba como su oficina, una nube de humo dorado brillante comenzó a formarse. Pareciendo tomar para siempre, se reunió aquí y allá, formando un brazo, una pierna, y luego otra. Podía ver el contorno de un hombre comenzar a tomar forma. Un hombre alto y de pelo oscuro, llevaba pantalones negros que perfilaban sus piernas bien musculosas y una camisa de lino blanco que solo

estaba abotonada hasta la mitad mostrando su amplio pecho y el pelo que lo empolvaba.

A Rosie siempre le había gustado un hombre con pelo en el pecho, pensó sin darse cuenta de que ya no tenía miedo, pero en realidad ahora estaba mirando atentamente a el fantasma.

Sus rasgos faciales fueron los últimos en formarse. No era un hombre guapo ni hermoso, pero, sin embargo, le quitó el aliento. Era sorprendente, con la nariz ligeramente torcida, un labio inferior mucho más grueso que el de arriba, (un labio que bien recordaba haber mordisqueado la noche anterior) y los ojos azules más brillantes que jamás había visto enmarcados en largas pestañas.

Se paró orgulloso, con confianza, con una sexualidad que casi la derribó. Sus ojos se encontraron con los de él y él sonrió con una sonrisa torcida. Rosie frunció el ceño. Él sabía que a ella le gustaba lo que veía. Sin duda muchas damas se habían enamorado de esa sonrisa torcida.

Bueno, ¡ella ciertamente no sería una de ellas! Lo que tenía que hacer era averiguar por qué la estaba acechando y qué tenía que hacer para que él siguiera adelante. Simplemente no podía vivir el resto de su vida con un fantasma unido a ella. ¡No lo iba a hacer!

Luchando contra el ligero temor a lo desconocido que aún tenía y recordándose a sí misma que, así como era un fantasma, también era solo un hombre, ella levantó la barbilla y entró en la casa.

¡No corras, no corras! Le tomó toda su fuerza de voluntad no volverse y huir. ¿Qué era lo que tenían los fantasmas que la sacudían tanto?

“Hola,” le dijo ella.

“¡Marie!” respondió el y dio un paso hacia ella con los brazos extendidos. Rosie perdió la batalla con su miedo y corrió hacia la puerta, pero en un abrir y cerrar de ojos él se interpuso entre ella y la salida. “¿Por qué corres, Marie?”

Rosie intentó retroceder y tropezó con sus propios pies, aterrizando con un ruido sordo en su trasero. Él estaba allí, parado frente a ella con su mano extendida para ayudarla a levantarse, con una sonrisa en su rostro.

Ella miró su mano y vaciló. ¿Debería ella tomarla? ¿Podría tomarla o su mano se deslizaría? ¿Tenía miedo de tomarla?

“Toma mi mano, Marie,” dijo, con su voz sensual animándola a hacer lo que dijo.

Puso su propia mano en la de él y cuando sus ojos se encontraron, sintió una repentina familiaridad, no necesariamente *déjà vu*, sino más bien como si él

hubiera despertado algo dentro de ella que había estado allí todo el tiempo. Rosie no sabía exactamente qué era. Sus ojos estaban fijos en los de ella y le resultaba difícil apartarse.

“Yo... no estoy corriendo. Yo solo...” dijo finalmente sacando su mano de la de él y alejándose varios pasos para que pudiera pensar con claridad. ¿Cómo podría ella explicar que le tenía miedo porque él era un mero espíritu? “Está bien, um, déjame empezar de nuevo. Me llamo Rosalie Clarke, pero puedes llamarme Rosie.” Le ofreció su mano temblorosa otra vez, pero él simplemente la miró con el ceño fruncido, así que la retiró. “¿Y cuál sería su nombre?”

“Marie, sabes mi nombre,” dijo y dio un paso hacia ella.

Rosie dio un paso para atrás. “Mire, lo siento, creo que puede estar un poco confundido aún por, ya sabe, lo que sea que lo haya puesto en su estado actual, lo cual lamento, por cierto, aunque no sé si hay condolencias en orden o lo que se dice en estas situaciones,” divagó.

No estaba consciente del hecho de que él la había tomado del brazo y la estaba ayudando a sentarse en su silla de oficina rodante. No fue hasta que él se arrodilló ante ella y la miró a los ojos que se dio cuenta de lo que estaba sucediendo.

Él tomó su mano en la suya y se la llevó a los labios. “¿Te sientes mal, Marie?”

Rosie contuvo el aliento ante el chispeante contacto de sus labios contra su piel. Tragó saliva. “Yo... mi nombre no es... ¿sabía que en realidad es muy cálido?”

Él se rio y ella sintió que su voz cantaba desde la cabeza hasta los dedos de los pies. Le apartó la mano con pesar.

“De todos modos,” continuó, “lo que estaba diciendo era que mi nombre no es Marie. Creo que puede estar confundiéndome con alguien más.”

“Sé que eres tú. ¿Cómo es que me has olvidado? ¿Qué ha pasado, Marie?”

“Mi nombre es Rosie. R-O-S-I-E. ¿Puedes decirme tu nombre por favor?”

“Alexandré. Alexandré Boisclair. Aunque debo admitir que me duele mucho que debería recordártelo.” Realmente se veía dolido. Ella se sentía tan mal por él, obviamente estaba muy confundido

“Alex,” comenzó ella. Parecía disgustado con el uso de su apodo, pero ella continuó de todos modos. “Alex, te puedo tutear verdad?”

“Eh...”

“Sí, bueno, ¿estas consciente de tu situación?”

“¿Mi situación?”

“Sí. ¿Sabes que hay... cómo decir esto con suavidad... que algo terrible te puede haber ocurrido y que ahora estás muerto?”

No se veía sorprendido en lo más mínimo. “Tenía una sospecha; especialmente cuando pude caminar a través de las paredes y seguirte a esa escuela. Por cierto, tengo algunas preguntas sobre eso...”

“¡Sabía que me habías seguido allí! Podía sentirte todo el tiempo.”

“Eso es porque me amas, *mon amour*. Tu alma me llama a mí y la mía a la tuya.”

“No, en realidad creo que es porque eres un espíritu y mi piel se estremece cuando estás cerca.”

El agitó las cejas y pasó su dedo por su antebrazo.

“¡No quise decirlo así! Lo que sea, mira, creo que tenemos que averiguar cómo seguir adelante. ¿Ves una luz o algo así?”

Alex hizo una demostración de mirar alrededor, pero sin ver nada. “Ninguna luz. Sólo tú.”

“Eso es extraño. Creo que necesito hacer una investigación sobre como pasar al más allá y esas cosas. Tal vez pueda encontrar algo...” Ya había vuelto a su pequeño armario de la computadora, sin tener miedo de él ahora, y estaba tecleando en su computadora portátil. “Está bien, ¿cuánto tiempo llevas muerto?”

“El último recuerdo que tengo es de 1822.”

“Oh, guau, ya es mucho tiempo.” Rosie escribió su nombre, pero no encontró resultados. “¿Qué has estado haciendo todo este tiempo?”

“Nada. No estaba al tanto de nada hasta hace dos noches.”

“¿Qué quieres decir?”

“No he estado al tanto, Marie. Debo admitir que me sorprendió completamente cuando descubrí que habían pasado casi dos siglos. Pero estabas aquí, y eso no me importaba.”

“Bueno. Entonces, ¿cómo juega el reloj en esto? ¿Fue tuyo en aquel entonces? ¿Significa algo para ti?”

“No,” dijo y dio un paso atrás cuando ella trató de dárselo. “Yo... no sé qué tiene que ver conmigo. Sólo sé que parece que me atrae. Me siento como si perdiera una parte de mí cada vez que lo toco, aunque parece peor cuando me alejo de él. No puedo explicarlo.”

“¿Has leído las palabras en él?” preguntó y él asintió. “¿Significan algo para ti?”

“No.”

Lo puso de nuevo junto a la computadora portátil y se volvió para mirarlo. “Alex, no sé si puedo ayudarte, pero lo intentaré. Tal vez podamos encontrar a alguien que pueda. Normalmente no haría algo como esto, pero hace poco cometí un error y quizás este sea el destino que me da una oportunidad de redención o algo así.

“Pero vamos a aclarar una cosa. No sé por qué crees que soy Marie, pero no lo soy. Mi nombre es Rosie y me gustaría que me llamas así. Además, hay límites que me gustaría que respetaras.”

Rosie enumeró varias reglas de la casa, pero por la mirada vidriosa en sus ojos podía ver que él ya no estaba escuchando. Ella suspiró. Sería más difícil de lo que pensaba. Tal vez esto fue una mala idea. Y sabiendo que él estaría en la casa con ella hasta que pudiera seguir adelante... bueno, ella no sabía si podría tolerarlo. Cada vez que él la miraba ella sentía algo, algo caliente y líquido que parecía juntarse en su centro, y eso era algo que la asustaba más que el hecho de que él era un espíritu.

Su imagen se desvaneció un poco y pareció atraparse.

“¿Estás bien?” le preguntó ella.

“Sí. ¿Es solo que me siento... agotado?”

“Oh. ¿Por qué no entras en el reino fantasmal y descansas?”

“¿El reino fantasmal?”

“Sí, ya sabes, a dónde puedes ir y se parece a este lugar, pero no hay nadie allí.” Parecía que no tenía idea de lo que ella estaba hablando. “¿No lo sabes?”

“No. Te lo dije, no me he dado cuenta.”

“¿Voy a tener que enseñarte cómo ser un fantasma? Bueno, suerte para ti, no eres el primer espíritu con el que me he encontrado y es posible que no haya aprendido mucho, pero aprendí una o dos cosas.”

Rosie le explicó sobre el éter, el reino fantasmal donde los espíritus iban cuando su energía fantasmal se agotaba. Podrían descansar allí y recuperar su fuerza. Una vez que se sintiera mejor, podría regresar y perseguirla. Ella podría ver que él no quería ir, pero la verdad es que no creía que tuviera una opción. Eventualmente, él perdería su control sobre el reino de los vivos y de todos modos sería absorbido por el éter. Mejor que lo hiciera sabiendo en lo que se estaba metiendo.

“Deberías irte, Alex. Solo cierra los ojos y relájate. Deja que te atraiga.” Finalmente, él asintió y cerró los ojos. “Te veré más tarde,” le dijo ella y él desapareció de su vista.

Alex se sintió deslizarse de un mundo a otro, la sensación tan extraña e anormal que se alarmó y alcanzó a Rosie, pero ella ya no estaba allí.

Miró alrededor del espacio oscuro en el que había entrado. ¿Era este el éter? No se parecía en nada a lo que ella había descrito. Rosie había dicho que todo se vería igual, la casa, las calles, pero que carecería de vida.

En cambio, estaba en una habitación, no, no una habitación, era un abismo. No había luz ni sonido, ni paredes, aunque todavía se sentía prisionero.

Sintió que el miedo invadía su corazón; miedo y desesperación. Aunque se sentía a sí mismo descansando, menos agotado, todavía existía esa constante atracción que sentía en su alma.

No había mentido cuando dijo que no se había dado cuenta de que el tiempo había pasado mientras estaba dentro del reloj, pero hubo momentos de conciencia, breves en realidad, pero cada uno parecía nunca terminar. Se había sentido atrapado, encarcelado en una cueva oscura en la que no podía ver ni un solo fragmento de luz. Había sentido terror, angustia y una absoluta desesperanza que casi lo llevó a la locura. Pero luego desaparecería, y él también.

Ahí es donde estaba ahora, se dio cuenta. En lugar de meterse en el éter como se suponía, debe haber sido absorbido nuevamente en el reloj.

Intentó con todas sus fuerzas liberarse de su agarre, pero era demasiado débil.

Tendría que esperar. Mientras tanto, podía permitir que el reloj lo volviera loco, o podía pensar en su situación.

Era un espíritu. Un hecho con el que ya había llegado a un acuerdo, aunque no tenía idea de cómo había terminado en ese estado.

Dos siglos habían pasado. Aunque todavía tenía muchas preguntas para Rosie, había podido suponer que el mundo había cambiado por completo.

Todo tipo de razas se mezclaban, eran amigos y familiares. Las mujeres ocupaban puestos que antes solo estaban reservados para un hombre. Rosie era una profesora brillante, incluso si ella pensaba que no lo era. Era dueña de propiedad y vivía sola.

El pensamiento de ella calentó su corazón y algo de la desesperación se disipó. Cómo le hubiera gustado haberle dicho lo que sentía antes por ella.

Quizás entonces todo esto podría haberse evitado. Él la amaba. Había sido un tonto por no haberlo visto antes. Y ella también lo había amado, de eso estaba seguro.

Marie. Mi Marie. Ella era la única cosa que no había cambiado. Todavía era tan luchadora como siempre, y tan hermosa. Pero, ¿cómo había terminado también en este mundo?

Estaba completamente confundido cuando ella lo había liberado por primera vez, pero la había visto y la había seguido en un estado de aturdimiento. Fue cuando se dio cuenta de que ella llevaba tan poca ropa, que él por fin presto atención. Quería arrojarle mantas para cubrir su cuerpo expuesto y exigir que se vistiera. Fue entonces cuando echó un vistazo a su alrededor y encontró cosas que le hablaban del paso del tiempo.

¿Y qué pasa con el reloj? ¿Cómo se había encontrado atrapado en él? ¿Quién le había hecho esto y por qué? ¿Y qué significaban las palabras grabadas en su superficie? ¿Fue una maldición?

Pensó en esa noche, hace tanto tiempo. Recordó la lluvia, la boda. Recordó el dolor en su corazón y el dolor en sus ojos. ¿Pero entonces, qué? Él la había estado buscando, eso lo sabía. ¿Pero la había encontrado?

En cierto modo, no importaba cuándo o dónde estuviera, siempre que estuviera con ella. Era todo lo que le importaba, incluso si parecía no poder recordar quién era ella e insistía en que la llamara Rosie. Él nunca haría eso, por supuesto. Era su Marie, siempre lo sería.

Había tantas preguntas que responder, y ella había prometido ayudarlo. Esperaba que encontraran respuestas pronto, porque con cada hora que pasaba sentía que su fuerza menguaba mas y más, algo que no creía que se suponía que debía suceder.

Sin embargo, a él le parecía extraño que lo que ella pretendía, era enviarlo al más allá tan pronto como fuera posible. Marie hubiera querido estar con él para siempre, no librarse de él. Un terrible pensamiento se arrastró por su mente mientras contemplaba eso. ¿Y si realmente no era Marie? Ella lo llamaba Alex, mientras que Marie siempre se había negado a usar su apodo.

No podría ser. Su alma cantaba cuando él estaba cerca de ella. ¡Tenía que ser ella! Simplemente tenía que recordarle quién era y qué significaba el para ella, y sabía exactamente cómo hacerlo.

CAPITULO 5

Viernes...

Rosie se quedó debajo del relajante chorro de agua caliente por un largo tiempo. Después de haber calificado una montaña de trabajo matemático, se había mantenido despierta hasta altas horas de la madrugada enviando correos electrónicos a un par de clarividentes que había encontrado en línea e investigando sobre espíritus que estaban atascados en el “intermedio.”

Hasta el momento, no había encontrado nada remotamente similar al caso de Alex, pero había encontrado que podía estar adolorida en lugares que ni siquiera sabía que existían. Su cuello estaba rígido, le dolían los hombros y pensaba que la espalda se le iba a jorobar permanentemente de tanto tiempo que paso encorvada sobre su computadora portátil.

Había dormido cerca de dos horas, lo que significaba que sería un día muy, muy largo. Soltó un suspiro y cerró los ojos deseando poder volver a la cama.

“¡Sabía que eras Marie y esto lo prueba! Si no eres tú, entonces explícame cómo tienes esta marca.”

Los ojos de Rosie no solo se habían abierto, sino que casi se habían salido de su cabeza. Se quedó completamente sin palabras y no pudo moverse. Alex estaba en la ducha con ella. Llevaba puesta la ropa y el agua no la afectaba por completo, pero ella estaba mojada y tan desnuda como el día en que nació.

Pero eso no era lo que la había congelado en su lugar. Lentamente ella miró hacia abajo, su mirada siguiendo el brazo de él, hacia su dedo que descansaba sobre una peca. Una peca que, por suerte, estaba situada aproximadamente a media pulgada por debajo del pezón en su seno izquierdo. Y Alex lo estaba tocando. Con su dedo. Estaba tocando con su dedo su pecho.

Sintió que su rostro se encendió, ya sea por pura furia, por vergüenza o por la llama blanca y caliente que sentía al contacto, no podía decirlo.

De cualquier manera, ella finalmente encontró su voz. “¡Salte!”

“¡Pero tú eres Marie!”

“¡No me importa, vete!” ordenó mientras lo empujaba. Todavía podía oírlo al otro lado de la cortina. “Hasta a fuera,” le gruñó.

Él me vio desnuda, Dios mío, Dios mío. ¡Tocó mi teta!

Quería estrangularlo. “Mucho bien me va a hacer, de todos modos. Él ya

está muerto.”

Tan rápido como pudo, se secó y se envolvió en su toalla blanca. Estaba sentado en su cama cuando ella salió, pareciendo dulce e inocente. *¡Parece la mera verdad!* pensó. No había un hueso inocente en su cuerpo.

Caminó al pie de la cama varias veces mientras él la observaba. Finalmente se detuvo y tomó una agradable y calmada respiración antes de comenzar.

“Aunque me alegro de que te hayas familiarizado con tus habilidades fantasmales, entres y salgas de lugares, debo insistir en que cumplas con las reglas de la casa.”

“¿Reglas de la casa?” preguntó.

“Sí, ya sabes, las que te mencioné.” Él la miró con una clara confusión. “Sabía que no estabas prestando atención. Te las diré de nuevo, luego las escribiré y las publicaré en cada habitación en caso de que lo olvides. Realmente, no debería tener que recurrir a ese tipo de cosas, pero como parece que no puedes recordar.

“Número uno, no entrarás en una habitación que está cerrada sin tocar primero. Ah Alex, ¡presta atención!”

“Por favor, *mon amour*, ¿por qué debo tocar a mi propia casa?”

“No, mira, aquí es donde te equivocas. Esta casa es mía. Yo la compre. Con mi dinero. Y este trabajo al que estás a punto de atrasarme es lo que paga por ella.”

“Sí, pero tú eres mía.”

“Oh-no-o-o,” lo estiró para darle énfasis.

“Sí, eres mía. Soy todo tuyo. Nos pertenecemos, Marie.”

“Me doy por vencida. Solo, por favor, quédate aquí mientras termino de prepararme. Tengo que irme a trabajar. Te mostraré algunas cosas que pueden mantenerte ocupado durante el día hasta que regrese y podamos investigar más.”

Alex observó cómo Rosie caminaba por la casa y se preparaba para el día, y sonrió. Cuando regresó de su “descanso” y escuchó correr el agua, supo exactamente lo que estaba haciendo. No pudo evitar entrar, se sentía tan atraído por ella.

Y entonces había visto ese cuerpo glorioso. Él conocía cada centímetro de su suave piel, lo había amado, lo había acariciado, lo había adorado. Había amado esa marca de belleza, la que estaba debajo del pico de su pecho izquierdo que tenía la forma de un pequeño corazón. Lo había besado tantas veces y ella

siempre le pedía más. Si hubiera tenido alguna duda sobre quién era ella, desaparecerían en el momento en que la había visto. Simplemente quería que ella también recordara.

Y ahora se estaba preparando para irse a la escuela. Aunque se sentía revitalizado, no sabía si sería capaz de luchar contra el tirón del reloj de nuevo. No podría ir con ella. Justo entonces tuvo una gran idea.

Mientras ella no miraba, él tomó el reloj, luchando contra las ganas de dejarlo caer cuando parecía que le chamuscaba la piel, y lo colocó en la pequeña maleta que sabía que ella llevaría. El reloj cayó al fondo y fuera de la vista.

Alex sonrió una vez más mientras le mostraba cómo funcionaba la televisión. No lo necesitaría; la única cosa que él estaría viendo sería ella.

“Bien, ahora, si todos pueden pasar a la página veintidós de sus libros de trabajo, allí encontrarán otro ejemplo de la ecuación que les acabo de mostrar.” Rosie voltio hacia la página y volvió a verificar para asegurarse de que les enseñó correctamente antes de continuar. Sí, parecía estar bien. ¡Pero realmente odiaba las matemáticas!

“Basándose en ese trabajo, quiero que resuelvan estos próximos cinco problemas. Quiero ver el desglose real, para ver cómo los resolvieron, así que no calculadoras, por favor.”

Se volvió hacia el pizarrón y comenzó a escribir los cinco problemas que quería resolver. Podía escuchar a algunos de los jóvenes gemir, mientras que otros charlaban entre ellos aprovechando el hecho de que todavía no los conocía lo suficiente como para saber quién la estaba interrumpiendo mientras hablaba durante la clase. Gracias a Dios era su último día en esta clase.

“Está bien, por favor... ¡Ah!”

La mitad de la clase saltó de sus asientos cuando ella gritó. “Yo... eh, lo siento. Pensé que había visto una avispa.” Había sido lo peor que podía haber dicho. Tres chicas casi se desmayaron y una salió corriendo de la habitación.

Tomó un tiempo lograr que todos se sentaran una vez más. Rosie tuvo que ir tan lejos como para abrir las ventanas y fingir ver al insecto volar antes de que la clase estuviera convencida de que nada estaba mal. Bueno, al menos para ellos. Para Rosie, la cosa era muy diferente.

Alex se encontraba en el extremo más alejado del aula, observándola con una sonrisa en su rostro que deseaba poder borrar. Intentó indicarle que se retirara de su clase, pero él simplemente no entendía la insinuación.

“Necesitas volver al éter o algo, Alex. ¡Me distraes demasiado!” le dijo

ella durante el primer período de descanso.

“Pero quiero estar contigo,” le respondió, inmóvil.

La verdad era que, si la distraía, pero ella no sabía si en realidad era algo que la molestaba, o era que le gustaba demasiado. Caminaba alrededor de la clase, a través de escritorios, flotando ligeramente sobre el piso mientras probaba una nueva habilidad encontrada. Le hacía caras, miraba los papeles de los estudiantes y negaba con la cabeza o daba su aprobación a su trabajo. La hizo reír unas cuantas veces lo suficientemente fuerte como para estar segura de que la clase pensó que se había vuelto loca.

Luego llegó el momento en que vio que ella estaba resolviendo un problema incorrectamente. Él tomó suavemente su mano y la corrigió. Los estudiantes no podían verlo, por supuesto, pero ella podía. Y también podía sentirlo. Su gran mano callosa empujó su propia, el calor de su pecho en su espalda la chamuscó hasta el hueso, y su aroma, todo masculino y especiado, llenó sus fosas nasales hasta que se sintió demasiado mareada como para preguntarse cómo era posible que ella lo sintiera en absoluto.

“Alex, ¿extrañas a tu familia?” le preguntó durante el almuerzo.

Se sentó con una ensalada que había hecho por la mañana y que en realidad no era muy buena. Se quitó los zapatos y dejó caer sus doloridos pies sobre su escritorio.

Alex sonrió y apoyó la cadera contra el mueble, luego tomó un pie delicado y comenzó a frotarlo. Los ojos de Rosie se posaron en la parte posterior de su cabeza ante la increíble sensación y el alivio general de su pie.

“Tú eres mi familia, Marie. Mientras te tenga nada más importa.”

“Pero no tienes hermanos o hermanas? ¿Que hay de tus padres?”

“Tengo... tuve tres hermanas,” se corrigió. “En cuanto a mis padres, solo digamos que raramente nos vimos cara a cara. Ni parecíamos a una familia.”

Rosie lo observó mientras trabajaba en sus pies, su toque enviando escalofríos de calor y placer hacia arriba y abajo de su cuerpo. Realmente tenía algunas características bonitas, no demasiado hermosas, sino atractivas.

Sus pestañas largas se abanicaban en sus mejillas mientras miraba a sus pies. Él sonrió satisfecho, como si todo lo que necesitaba en la vida, o ella supusiera en su caso después de la muerte, fuera tocarla. Su sonrisa era torcida, acentuando la gordura de ese labio inferior que ella quería morder.

¿Por qué estaba tan atraída por él? Antes había salido con hombres guapos, hombres mucho más guapos que Alex, pero nunca antes había sentido algo así.

Era extraño los sentimientos que parecía despertar dentro de ella, sentimientos que ella ni siquiera sabía que era capaz de sentir. Ningún hombre la había hecho desear nunca. No sabía porque, pero lo deseaba. Desesperadamente.

Rosie le quitó el pie de las manos. No podía entregarse por completo a un hombre que podría dejarla, ciertamente no podía hacerlo con uno que ya se había ido.

Fue aproximadamente en el quinto período cuando finalmente se había acostumbrado a la idea de que estaba estancada con Alex durante el día, no que le importara tanto. Fue también alrededor de esa época cuando ella comenzó a notar que sus niveles de energía disminuían. Parecía letárgico, se sentaba más y no estaba sonriendo tanto. Incluso parecía tener círculos oscuros bajo sus hermosos ojos azules.

Se preguntó si el fantasma de Selena también tenía una batería tan baja. Cómo deseaba poder hablar con ella sobre esto.

“Alex, ¿por qué no vas al éter y te recargas?” le dijo ella después de que sonó la campana del quinto período. “Te ves muy cansado.”

“Lo siento, *mon amour*, pero no quiero dejarte. Perdí tanto tiempo y no quiero cometer el mismo error.”

Rosie ahuecó su mejilla con su mano y levantó su rostro hacia el de ella. “Necesitas descansar. Te veré esta noche en la casa, ¿de acuerdo? Tengo una idea que quiero probar después del trabajo.”

Alex asintió. Su imagen parecía desvanecerse antes de que realmente estuviera listo para dejarse ir, pero no era lo suficientemente fuerte como para permanecer en su mundo.

“Sabes qué hacer, así que hazlo ya.” *Pitido.*

“Hola Mike. Desearía que hubiera una manera de hablar contigo sin tener que dejar mensajes en tu teléfono. Espero que estés donde estés, estés bien. Te extraño. Realmente necesito un amigo en este momento. No creerías la situación en la que me he puesto ahora. Bueno, quien sabe, probablemente si lo creerías. Te amo.”

Estaba de vuelta en casa y ya se había bañado, quitándose el día de encima. Se había puesto su atuendo favorito, unos vaqueros desgastados con agujeros en las rodillas y una camiseta. Rosie ahora estaba sentada esperando a Alex para que pudieran ir a su cita, lo cual, según su reloj, le daba quince minutos.

“¿Alex?” llamo cinco minutos después. Pulsó su reloj y esperó cinco

minutos más antes de ponerse de pie y comenzar a caminar. “Alex, ¿puedes escucharme? Tenemos que irnos.” Todavía nada.

Iban a llegar tarde a la cita que podría responder a todas sus preguntas. La sentía en su corazón, una urgencia que no podía explicar de resolver este misterio del reloj de bolsillo y por qué Alex no podía irse al más allá, especialmente después de la forma en que se veía esa tarde en la escuela.

Tenía que irse, decidió, con o sin él. Agarró las llaves y la bolsa y se dirigió a la puerta.

“¡Ah!” gritó cuando él apareció justo delante de ella. Se llevó la mano al pecho y trató de mantener su corazón en su lugar. “Alex, ¡no hagas eso! Me vas a dar un ataque al corazón.” Lo miró con suspicacia. “Al menos que... Eso no es lo que estás tratando de hacer, ¿verdad?”

“Por supuesto que no, mi amor,” dijo mientras movía ese rizo ingobernable de su ojo. Lo había visto pero lo había dejado allí para darle una excusa a Alex de tocarla, no es que ella lo admitiera a sí misma.

“Está bien, Alex, tenemos que irnos,” dijo ya a medio camino al coche. Esperaba que ninguno de sus vecinos la estuviera mirando o que pensarán que estaba loca por hablar consigo misma. Probablemente tratarán de hacerla ir al doctor como le había hecho a Selena.

“¿A dónde vamos?”

“Eeh! ¡Alex, para eso!” gritó otra vez cuando él se acomodó en el asiento junto a ella.

“Perdóname, *amour*.”

Respiró hondo para calmarse. “Está bien, de verdad, me alegro de que estés mejorando en eso de aparecerte por donde quieras. Pero estoy ansiosa por llegar a nuestra cita.”

“Bienvenida, señorita Clarke. Soy Ramona, y seré tu guía espiritual esta noche.” Una mujer alta y redonda de unos cuarenta y cinco años, Ramona vestía exactamente lo que uno esperaría que fuera un disfraz de adivina. Llevaba una bufanda de satén alrededor de su cabello canoso, grandes pendientes de monedas con collares y pulseras a juego. Rosie pensó que también debía tener tobilleras debajo de su larga falda desgarrada, porque se estremecía con cada paso que daba.

“Por favor pasa.”

Rosie entró, seguida de cerca por Alex, a la tienda olorosa de la psíquica. Era un pequeño espacio hecho aún más pequeño por la cantidad de

desorden que la mujer había esparcido. Estantes alineaban tres de las paredes llenos de velas, cristales y pequeñas estatuas de dioses y diosas que Rosie no reconoció. La abrumadora esencia de pachulí la hizo estornudar varias veces antes de que finalmente se acostumbró al olor.

“¿Se supone que es una bruja?” preguntó Alex y ella lo calló por lo bajo.

“Por favor, siéntate.” La mujer indicó una pequeña mesa redonda con la obvia bola de cristal en el centro.

Rosie se sentó mientras Alex estaba detrás de su silla con las manos sobre sus hombros. Ramona tomó su mano y cerró los ojos. Rosie podría haber jurado que escuchó una música espeluznante cuando la adivina comenzó a murmurar.

Después de unos momentos ella comenzó a hablar, su voz ahora extrañamente una octava o dos más baja.

“Estás aquí porque necesitas algo.”

“Sí,” dijo Rosie y se sentó más recta. “¿Qué sabes sobre fant...”

“Sh, no, no me digas. Siento espíritus en la habitación con nosotros, ellos me guiarán a la respuesta que buscas.”

Rosie miró a Alex y él se encogió de hombros. ¿Podría la mujer posiblemente estar sintiendo la presencia de Alex? Entonces se preguntó si él sería capaz de mostrarse a otras personas o si solo ella podía verlo. Tal vez esa era una habilidad fantasmal que tenía que aprender. Y para el caso, ¿por qué podía verlo? Tal vez tuvo algo que ver con el hecho de que ella ya había visto otro espíritu y estaba más abierta a ese tipo de cosas. Pero entonces, ¿eso no significaría que la psíquica debería poder verlo también?

“Estás aquí por un hombre,” dijo Ramona.

“Sí.”

“Un hombre por el que tienes sentimientos.”

“Yo... E,” miró a Alex una vez más. Ella no podría estar desarrollando sentimientos por él tan pronto, ¿verdad? Claro que se sentía atraída por él, ridículamente atraída hacia él, pero ¿sentimientos? No podía ser. Y a la misma vez, ella sabía en su corazón que, si lo negaba lastimaría los sentimientos de Alex, algo que no podía soportar hacer.

Rosie miró hacia atrás y atrapó a Ramona mirándola con un ojo abierto. Lo cerró rápidamente y volvió a su trance.

“No sabes si sientes algo por este hombre,” dijo Ramona. “Necesitas saber que siente por ti antes de que puedas descubrir tus propias emociones.”

“En realidad, ya sé lo que siente por mí. El problema no es eso, es que

está muerto,” explicó Rosie. “Lo que necesito saber es...”

“¡Entonces él es el espíritu que siento en la habitación!” exclamó Ramona y Rosie sintió que Alex se tensaba detrás de ella. Se inclinó hacia delante, toda su atención ahora en la psíquica. “¿Te gustaría estar en comunión con él? ¿Dejaste cosas sin decir?”

“¡Sin decir, vaya! Créeme, hay muchas cosas que se dicen.”

Ramona abrió los ojos y miró a Rosie con simpatía. “Entiendo, señorita Clarke. A veces puede parecer que estamos teniendo una conversación unilateral con los que han pasado, pero le prometo que hay formas en que los difuntos pueden responder.”

Rosie estaba empezando a pensar que ESTA era una conversación unilateral.

“¿Cómo se llamaba?” preguntó Ramona.

“Alex.”

“Entonces vamos a cerrar los ojos. Quiero que pienses en él. Para imaginarlo como era cuando estaba contigo. Cuando estaba vivo. ¿Tienes esa imagen en el ojo de tu mente?”

Rosie sentía a Alex detrás de ella, pero realmente lo veía en su mente. Se imaginó cómo debió haber sido cuando vivió, fuerte, sano, vibrante. Su camisa de lino blanca se tensaba contra su espalda ancha mientras montaba en su yegua negra, los músculos de sus antebrazos flexionándose mientras movía las riendas.

“Lo veo.”

“Bien, ahora mantén esa imagen mientras intentamos hacer contacto. Estamos tratando de hacer contacto con el espíritu de Alex... ¿cuál era su apellido?”

“Boisclair.”

“Estamos buscando hacer contacto con el espíritu de Alex Boclay.”

“Esto es ridículo, esta mujer bruja es obviamente un fraude,” se quejó Alex.

“Si está con nosotros, por favor haga saber su presencia,” continuó Ramona.

“*Madame*,” dijo Alex justo al lado de su oreja.

Rosie lo miró y luchó con todas sus fuerzas para no echarse a reír.

“Estoy justo a su lado. ¿Puede escucharme? ¡*Madame!*” gritó más fuerte.

“Cualquier señal en absoluto,” continuó Ramona.

Con frustración, Alex soplo el aire de los pulmones y se apretó los ojos.

“Te esperaré en tu vehículo,” dijo antes de desaparecer.

“Lo siento mucho, Alex. Esto fue una pérdida de tiempo, por no mencionar el dinero. ¡Ni siquiera me dejaba decir una palabra! Podría haberla estrangulado. De todos los que encontré anunciados, tuve que elegirla a ella. Tendremos que intentarlo de nuevo.”

“Nunca he creído en ese tipo de cosas. El Barrio Francés estaba lleno de gente así cuando yo vivía.”

“Créeme, todavía lo está. ¿Dónde crees que te conseguí?” Rosie lo miró y vio que estaba empezando a verse cansado otra vez. “Sabes que podrías haberte mostrado a ella. A mi me pasó una vez.”

“Lo intenté, pero ella todavía no podía verme.”

“Me pregunto si eso tiene algo que ver con tu inexperiencia como fantasma o el reloj de bolsillo.”

“¿A dónde vamos ahora?” preguntó cuando la vio alejarse y dirigirse hacia el puente que los llevaba a Atlantic Beach.

“Necesito pensar, Alex. Solo desearía que Selena contestara mis llamadas. Sé que Eric sería muy perspicaz. Y te ves cansado. Realmente necesito pensar en cuál debería ser nuestro próximo paso. El océano siempre me ayuda a despejar la cabeza. No puedo explicarlo, pero siento que me estoy quedando sin tiempo.”

Alex asintió con la cabeza y ella supo que él sentía lo mismo.

La playa estaba desierta; el único sonido que se podía escuchar era el balanceo de las olas al romperse en la orilla.

Rosie respiró profundamente. “Me encanta venir aquí por la noche. Sé que suena extraño, pero a pesar de que está desierta a esta hora, nunca me siento sola cuando estoy aquí.”

“¿Vienes aquí a menudo?” preguntó.

“Solo cuando necesito despejar mi cabeza de todo, ver lo que realmente importa. En realidad, lo descubrí por accidente hace dos años. Caminé durante horas hasta que de alguna manera terminé aquí. ¿Has estado alguna vez en el océano, Alex?”

Alex sonrió mientras miraba hacia el mar y respiraba profundamente el aire salado de la noche. “Mi padre construye barcos,” dijo. “Aunque supongo que ya no lo está haciendo.” Bajó los ojos a las manos, pero no antes de que ella pudiera ver la tristeza en ellos.

Rosie se sintió tan mal por él. Su familia también estaba muerta ahora.

Ella ciertamente sabía lo que se sentía al perder a un ser querido, pero no podía imaginar lo que debía sentirse al despertarse un día y todos los que él conocía se habían ido al mismo tiempo, incluido él mismo.

“¿Viajó mucho?” le preguntó.

“Algo. Mi madre despreciaba el mar, pero mi padre nos llevaba con él cuando los barcos eran llevados al mar en carreras cortas. Fue uno de sus barcos que me llevó a estudiar a Francia. Él tiene un... tenía un astillero allí también. Principalmente construyó los barcos para vender, pero tenía una pequeña flota que usaba para la empresa de comercio familiar.”

“Eso suena muy interesante,” suspiró ella imaginando cómo era en esos días, con los grandes cargadores de barcos en el mar en largos viajes.

Se sentaron a la orilla del agua y observaron cómo la luz de la luna bailaba sobre las olas y las estrellas se disparaban a través del cielo nocturno.

“Haz un deseo,” le dijo ella.

“Tengo uno solo. Que yo escuche las palabras que anhelo de tus labios.”

Ella lo miró a la cara y se preguntó cuándo se habría vuelto tan guapo. Sus ojos se posaron en el azul medianoche del océano, su cabello reflejaba la luz plateada de la luna. ¿Siempre se había visto así?

“Alex,” susurró.

“Sh.” Él inclinó su cabeza hacia la de ella. “*Je t’aime, Marie Jolivet.*”

Ella podía sentir su cálido aliento en sus labios y cerró los ojos con anticipación. Pero el beso nunca llegó. Cuando abrió los ojos, él se había ido.

Después de que desapareció de la playa, Rosie se quedó por horas y consideró todas sus opciones. Al final, solo se le ocurrió una solución, un hecho que fue confirmado por el correo electrónico que recibió de una mujer en Texas, una de los clarividentes a las que había pedido ayuda.

“Señorita Clarke, es difícil decir cuál es la naturaleza exacta de su problema desde muy lejos y no me gustaría especular sobre lo que puede estar impidiendo que su amigo siga adelante. Hay muchas facetas en el mundo de los espíritus, que en sí serían una situación complicada. Pero a mí me parece que también están tratando con algo más. Un tercero pudiera decir. Mi sugerencia para usted sería volver al principio. ¿Dice que encontró el reloj en Nueva Orleans? Ahí es donde empezaría.

“Oh, y señorita Clarke, el hecho de que usted pueda verlo, que es algo que ni siquiera yo puedo hacer, me hace creer que tiene una conexión especial con este espíritu. Use eso para su ventaja. Mucho de lo que hacemos está basado en la confianza. Confiando en nuestros instintos, escuchando nuestros corazones

y abriéndonos a las posibilidades.”

Los instintos de Rosie le dijeron que confiara en esta mujer y siguiera su corazón hasta el lugar donde todo comenzó. Nueva Orleans.

“Mmm, que rico se siente,” respiró Rosie.

“*Je t’aime tellement,*” escuchó su susurro en su oído.

Ella se puso de lado para mirarlo, haciéndole detener las ligeras caricias en su espalda. Estaba tumbada en el sofá, con un cojín debajo de la cabeza. Se había acostado a su lado, con la cabeza apoyada en el mismo cojín.

“Alex, no deberías estar haciendo estas cosas,” dijo.

“¿Haciendo qué?”

“Tocándome todo el tiempo. No soy Marie.”

“Sigues diciendo eso,” dijo Alex y comenzó a acariciarle el brazo, trazando suavemente su piel con la punta de los dedos, sobre la palma, el antebrazo, hasta el cuello y la clavícula. Cerró los ojos y suspiró ante la increíble sensación.

“Pero no me crees,” dijo ella.

“No puedo. Debo creer lo que mi corazón me dice.”

Rosie miró el azul de sus ojos y pareció haberse perdido por un momento, porque lo siguiente que supo fue que sus labios habían tocado los suyos, suavemente, tentativamente. Se preguntó si debería alejarse, pero no podría si quisiera. Su cuerpo entero estaba presionado contra la longitud de él, su gran mano tocando cada parte de la piel expuesta.

“Alex,” murmuró contra sus labios mientras acercaba su cara a la de ella.

Ella lo besó con un hambre que nunca antes había sentido por otro hombre. Su beso fue profundo y sensual y ella se sentía completamente fuera de control.

¿Por qué la hacía sentir así? Ella nunca en su vida había sentido ese fuego con alguien más.

Paso las manos por debajo de su camisa y sintió que sus músculos se flexionaban bajo su piel. Cuando se colocó sobre ella, se abrió a él, y pensó que conocía a este hombre. Era una familiaridad que no podía explicar.

Rosie gimió cuando él presionó su erección contra ella.

“Marie, por favor no me rechaces.”

El sonido del nombre de la otra mujer rompió el hechizo en el que estaba Rosie. Bueno, al menos un poco.

“Alex, tal vez no deberíamos estar haciendo esto,” dijo, pero lo atrajo hacia ella una vez más.

“Sí, deberíamos.”

“Bueno, supongo que un poco de diversión no haría daño, ¿verdad?”

“No, *mon amour*, solo se sentiría bien,” dijo contra su garganta. Su boca trazó su clavícula, luego bajó al valle entre sus pechos. Jalo una correa de su camiseta elástica sobre su hombro y expuso su pecho izquierdo. “Qué hermoso,” dijo antes de besar la parte inferior increíblemente sensible de su pecho donde estaba su peca.

Rosie casi saltó de su pijama y se puso sobre él. Nunca había sabido lo sensible que podía estar allí. Por mucho que odiara esa peca, principalmente porque un viejo novio le había dicho que parecía que tenía dos pezones, ahora le encantaba. ¡Deseaba tener una en el otro pecho también!

“Alex,” susurró cavando sus manos en su suave cabello para mantener su boca allí. Él ligeramente rozó su piel con sus dientes, luego lamió el lugar y sopló su cálido aliento a través de ella. Era la cosa más erótica que jamás había sentido. Eso fue hasta que su boca se aferró a su pezón. Él la amamantó y ella jadeó por aire.

Rosie se aferró a él. Quería más. Necesitaba más. Esto se confirmó cuando él se agachó y la tocó debajo de sus pantalones cortos. Su dedo se deslizó a través de los pliegues de su sexo directamente en su núcleo.

“Estás muy mojada, *ma douce*.”

“¡Oh Dios mío! Sabes, quizás esta bien si hacemos más que divertirnos un poco, ¿no crees?”

“Por supuesto,” dijo Alex mientras la sentaba para quitarle la camisa, luego se arrodilló ante ella y le quitó el pantalón corto y la ropa interior.

Rosie se sentía tan caliente por este hombre que pensó que seguramente estallaría en llamas si él no la tomaba en ese momento. Pero todavía sentía esa culpa por Marie.

“Además, Marie ya no a estado por dos siglos,” razonó consigo misma.

“Mmm,” estuvo de acuerdo Alex mientras empujaba sus piernas hacia atrás. “Quiero probarte, Marie.”

“Y seguramente ella querría que fueras feliz. Te amaba.”

“Sí, creo que me amabas.” Él besó la tierna carne de sus muslos y se abrió camino hacia arriba. La vista de su cabeza entre sus piernas la hizo jadear.

“¿Qu-qué quieres decir con que piensas?” Su boca se había secado completamente.

“Nunca me lo dijiste, Marie. Pero lo remediamos en breve.”

Rosie echó la cabeza hacia atrás cuando su boca hizo contacto, su lengua profundizando en los pliegues y encontrando su nudo. Lo bromeó, pasando la punta de su lengua sobre él, chupándolo dentro de su boca, y luego se detuvo justo cuando ella estaba por venir. Pero él la había llevado demasiado lejos, e incapaz de detenerse, ella mantuvo su cabeza en su lugar hasta que llegó a su clímax tan intensamente que vio las estrellas.

“Di que me amas, Marie.”

“Pero no soy Marie,” dijo con una sonrisa tonta. ¡Guau! Acababa de sacudir su mundo y eso solo había sido su boca.

“Sé que lo haces, igual que te amo yo.” Alex empujó sus piernas hacia atrás y lo sintió presionar contra su entrada. Ella abrió los ojos. Se había vuelto completamente invisible, pero todavía podía sentirlo tan sólido como el sofá en su espalda. Aun así, era demasiado extraño, pero no tan extraño como para que ella lo rechazara.

Él permaneció en su entrada. Estaba tan desesperada por él que quería empalarse con él, pero cuando se movió, él se apartó.

“Quiero hacerte el amor, Marie. Di que me amas. Necesito oírlo de tus labios.”

“Pero no estamos enamorados,” dijo y lo intentó de nuevo.

“*Oui*, lo estamos. Lo sé, pero necesito oírlo, Marie.”

Rosie cerró los ojos y los oídos a lo que estaba diciendo. Se dijo a sí misma que no había manera de que lo que ella sentía por él fuera amor. Solamente era atracción física, nada más, nada menos. Ella lo acababa de conocer. Y no solo eso, sino que ni una sola vez le había dicho a un hombre que lo amaba. Aparte de su padre y su hermano, pero eso era completamente diferente.

Alex la besó profundamente, con tanta pasión que le provocó un sollozo. ¡Se estaba volviendo loca!

“Te amo, Marie. Dime que me quieres. No perdamos más tiempo.”

Rosie negó con la cabeza, pero a la misma vez lo abrazó con más fuerza, envolviéndolo con los brazos y las piernas, pero él no unió sus cuerpos.

“Lo siento, Alex. No puedo decir lo que quieres escuchar. ¡No soy Marie!”

Y entonces, justo así, se quedó sin nada más que aire.

Rosie sintió que la cama se hundía con su peso y rápidamente se secó las

lágrimas que le manchaban las mejillas. No tenía idea de por qué estaba llorando, pero no había podido parar desde que Alex había desaparecido de sus brazos.

“¿Estás llorando, *chère*?” le preguntó y la hizo rodar para que lo enfrentara.

La habitación estaba oscura, pero ella podía ver su silueta recortada por la luz de la luna que se derramaba a través de las persianas medio abiertas de su ventana.

“No, no estoy llorando. Solo tengo muy malas alergias.”

Él limpió las lágrimas de su cara con sus pulgares y le besó la frente. “Ah, Marie, me duele tanto verte llorar.”

Rosie se acurrucó en él y le permitió abrazarla. Ella ya se sentía cien veces mejor teniéndolo cerca.

“¿A dónde fuiste?” preguntó un poco más tarde. Sus párpados eran pesados, pero luchó contra dormir para poder disfrutar del calor de su abrazo.

“Fui a ese lugar. Estaba muy cansado.”

“¿Al éter? Alex, estoy un poco preocupada por eso. Parece que vas a menudo. No sé si se supone que eso suceda.”

“No te preocupes. Solo dormí.”

“Háblame de Marie,” le dijo unos minutos más tarde.

Alex se rio entre dientes y la abrazó más cerca. Ella sintió su risa que retumbaba profundamente en su pecho y puso su oreja ahí, el sonido reconfortante calmándola.

“Si te lo digo ¿prometes dormir?”

“Sí,” dijo ya casi dormida.

“¿Qué quieres saber sobre ti?”

“Quiero saber cómo nos... quiero decir, cómo conociste a Marie. ¿Cómo era ella? ¿Y por qué dijiste que nunca te había dicho que te amaba?”

Alex colocó su barbilla sobre su cabeza e inhaló. “Nos conocimos hace mucho tiempo, pero me parece que solo hace unos días...”

CAPITULO 6

Barrio Francés, Nueva Orleans 1821...

“Alex, debes ir conmigo. ¡Te lo ruego!”

“Sabes que desprecio estas fiestas.”

“Desprecias cualquier evento social, pero no harías esto por ti mismo, lo harías por mí como un favor.”

Alex había resoplado molesto. “Muy bien, pero te prometo que esta será la última vez,” le dijo a su amigo.

Ahora, aquí estaba otra vez esperando en el balcón mientras Christophe se pavoneaba como un pavo real frente a su espejo de cuerpo entero. Se preguntó si el espejo era lo suficientemente ancho como para acomodar su circunferencia cuando su amigo giró de un lado a otro y se inspeccionó a sí mismo para detectar cualquier arruga que pudiera haberse atrevido a dañar su chaleco azul oscuro.

Christophe agregó un prendedor de zafiro y un anillo grande grabado con la cresta de su familia, ambos hechos solo para él en una de las joyerías de Pelletier para esa misma noche. Él sonrió e inspeccionó sus dientes y nariz. Alex resopló su impaciencia.

Con un último pellizco de su cabello rubio, Christophe vio que todo estaba bien y asintió con la cabeza en señal de aprobación. Alex puso los ojos en blanco y recogió sus cosas agradecido de que finalmente estuvieran en camino.

“Realmente deberías prestar más atención a tu apariencia, Alex,” le dijo Christophe una vez que estaban en el carruaje Pelletier.

Alex se miró a sí mismo y no encontró nada ofensivo. “Me veo bien.”

“Mira, justo ahí, tu collar se ha torcido y se ve desagradable.” Christophe intentó arreglarlo por él, pero Alex lo espantó.

“Me veo muy bien. Además, eres tú quien busca atraer, no yo.”

“Bueno deberías, mi amigo. ¿No has visto a estas mujeres?”

“Las he visto bien. Pero no me interesa. Encuentro todo el sistema desagradable. ¿Por qué llevarla a tu casa cuando sabes que al final solo terminará en desdicha para todos los involucrados?” preguntó Alex.

“Conozco a muchos que son tan felices como pueden ser,” respondió Christophe.

“Y yo conozco a muchos más que son miserables. No, *mon ami*, esa no es la vida que quiero. Ya estoy comprometido para hacer a una mujer miserable,

no quiero añadir otra a mi conciencia.”

“Eso es solo porque no has encontrado una que haya llamado tu atención.”

“¿Y tú lo has hecho?” Alex levantó una ceja.

“*Oui*, lo he hecho. Ella es la más hermosa de todas y sé que estará allí.”

“¿Y cómo es eso? ¿Has hablado con ella entonces?”

“Una vez, pero vi en sus ojos que tenía interés por mí. Henri dijo...”

“Christophe! Dijiste que no volverías a ver a ese hombre brujo. Sabes que solo dice que quieres oír.” Alex sacudió la cabeza con incredulidad. Christophe tenía una terrible adicción y necesitaba romperla. “Solo quiere tu dinero.”

Henri dijo," Christophe continuó como si Alex no hubiera hablado, “que vería la chispa del verdadero amor en su forma más pura esta noche. Alex, ¿sabes lo que eso significa? ¡Finalmente estaré con ella!”

“¿Y crees que esta es la chica de la que habló?”

“¡Sé que lo es!”

Alex se rio entre dientes de su amigo. Siempre había sido el romántico desesperanzado, pero parecía que tenía mejor suerte con la comida que con cualquiera de las hermosas criollas que cortejaba. Aunque eso podría ser porque tenía la mala costumbre de cortejar a más de una a la misma vez.

Y ahora iba a probar su mano con una de las sirenas en el Salón de Baile de Orleans. Se preguntó cómo pensaba que podría manejar una *Placée* y una esposa al mismo tiempo.

Esperaron en una fila de carruajes fuera del gran edificio durante lo que parecieron horas. Alex se movió incómodamente en su asiento, sintiendo que el aire dentro del carro se hacía más y más caliente a medida que pasaban los minutos. Cómo deseaba haber venido montado por separado sobre Leah, su yegua.

Miró a un sonriente Christophe y frunció el ceño. Tal vez era él quien lo hacía tan intolerable, con su respiración pesada.

“Por Dios, Christophe, deja de respirar o abre una ventana.”

Christophe no sonrió, pero si abrió la puerta. Nunca fue alguien cuyas plumas se agitaban fácilmente. “No es necesario, *mon ami*. Estamos aquí. Pero, por favor, trata de encontrarlo dentro de ti para pasar un buen rato esta noche. Nunca sabes, puede que te sorprenda lo que la noche nos traiga.”

Lo que la noche parecía tener reservado para ellos, pensó Alex, era un montón de empujones mientras se abrían camino a través del salón de baile,

decorado de forma elaborada y mullido. Varios conocidos los detuvieron a saludar, y Alex se preguntó por la cantidad de hombres que ya tenían familia, pero que todavía estaban buscando algo más.

Dejó escapar un suspiro de alivio cuando finalmente llegó a las puertas francesas abiertas donde una brisa soplabla. No era aire fresco de ninguna manera, pero ciertamente era más fresco que la humedad que parecía haberse acumulado dentro de las paredes del salón de baile.

“¿Ya la viste?” Alex preguntó.

“¿A quién?” Christophe estaba positivamente mareado cuando saltó sobre las puntas de sus pies y saludó a alguien en la distancia.

“Tu chica. La que se supone que es el amor más puro de todos, o lo que sea que el hombre brujo te haya dicho.”

“No, aún no. Pero estoy seguro de que ella estará por aquí en breve.”

Alex accidentalmente hizo contacto visual con la madre de una de las niñas. Era hermosa y Alex estaba seguro de que su hija sería igual, pero él rápidamente desvió su mirada cuando ella lo saludó con su abanico. Simplemente no podía hacer lo que estos hombres y mujeres iban a hacer. Ya estaba dispuesto a casarse con una mujer que no amaba, y agregar otra a la mezcla solo empeoraría las cosas.

“¡Boisclair! Qué sorpresa verte aquí.”

Alex gimió cuando salió de la puerta abierta para enfrentarse a un hombre que podía soportar incluso menos que a su prometida. “Dubois,” saludó.

“Entonces, qué te trae... oh, perdóname, no te vi allí, Pelletier.”

“Extraño, ya que casi me pisaste los pies para hablar con Alex,” respondió Christophe.

“Ahora sé por qué estás aquí. La mariposa social debe haberte arrastrado. Eso explicaría la cara larga,” sonrió Lammert.

“Chris, ahora no es el momento,” Alex contuvo a su amigo cuando había inflado su pecho y se había puesto de pie por sí mismo. Era más para proteger a Christophe que cualquier otra cosa. Lammert Dubois tenía fácilmente cuatro pulgadas más que su amigo.

“¿Y por qué estás aquí, Lammert? Pensé que ya tenías una chica en Bienville,” dijo Alex.

“Ah, sí, pero ¿quién dice que solo puedo tener una?”

“Tu esposa puede estar dispuesta a aguantar una, pero ¿podrá soportar más?”

“Elizabeth no tiene nada que decir en lo que hago. Además, he tenido mi

ojo sobre una en particular durante mucho tiempo. Es la que realmente quería, pero ha estado haciéndose la difícil. Aunque últimamente... bueno, digamos que sé a ciencia cierta que ella será mía esta noche.”

“¿Y quién podría ser esta pobre alma con la que terminarás esta noche?” preguntó Christophe.

“Marie. Marie Jolivet,” dijo Lammert con una sonrisa maliciosa. “Ella es solo la mujer más hermosa de todo Nueva Orleans. Luisiana, incluso. Debes conocerla, por supuesto.”

“Sé de ella, sí, pero nunca la he conocido,” dijo Alex.

“Conocí a su padre una vez, cuando era un niño. Pero eso fue hace mucho tiempo,” respondió Christophe.

“Bueno, mi amigo redondo, si la vieras, sabrías quién es ella. Pero debo advertirles a los dos, ya está tomada. Ya hice los arreglos con su madre y Marie estuvo de acuerdo. Lo formalizaremos esta noche cuando la lleve a la casa en Bienville.”

“¿Y qué hay de tu otra chica?” preguntó Alex.

“Ya he trasladado a ella ya su mocosa de regreso a la casa de su madre. Ahora, si me disculpan, creo que caminaré para ver qué otros bocados puedo encontrar antes de que llegue mi premio.”

“¡Ese hombre es despreciable!” exclamó Christophe cuando Lammert no podía escuchar. “Ese mocoso, dice. ¡Es su mocoso también!”

Alex concordaba de todo corazón. Se sentía muy mal por la señorita Jolivet y por el destino que la esperaba al lado de Dubois.

Alex no podía respirar. Las paredes parecían cerrarse a su alrededor y los cuerpos lo aplastaban y lo sofocaban hasta que sintió que iba a estallar. Se había parado en la parte superior de los escalones que conducían al balcón, medio adentro, medio afuera, durante el mayor tiempo posible. Podía escuchar los sonidos de placer y alegría que venían desde dentro, pero era detestable echar un vistazo.

Pero a medida que avanzaba la noche, más y más de los clientes llenaron las puertas y el balcón hasta que se congestionó tanto que fue empujado fuera del camino y regresó al interior.

Siempre había odiado a las grandes multitudes, tratando de evitarlas lo más posible. ¿Pero grandes multitudes en un espacio confinado? Simplemente no podía soportarlo más.

“Chris,” interrumpió a su amigo y su... amiga. Parecía que Christophe

finalmente se había encontrado con la chica encantadora y no la había dejado ir durante la última hora. “Debo salir afuera. El aire está demasiado grueso aquí.”

Christophe asintió con la cabeza. Él era el único que sabía de la aversión de Alex al confinamiento.

Se abrió paso a través de la multitud e incluso eludió a una mujer, la misma con la que había hecho contacto visual antes, cuando ella se había puesto delante de él. Sabía que había sido grosero dejarla de pie, a mitad de la palabra y con la boca abierta, pero necesitaba salir de allí.

Aunque la galería de la recepción carecía de gente, no era suficiente. Alex cruzó las puertas que conducían a un exuberante patio en la parte trasera, donde un camino pavimentado se abría paso a través de todo tipo de árboles y plantas. Aunque los bancos estaban esparcidos y una hermosa fuente grande estaba de pie en el centro del patio, llenándola de una neblina celestial que enfriaba el área varios grados, el lugar estaba vacío.

Alex se recostó contra el edificio y dejó que el aire de la noche lo inundara y calmara los nervios que se habían puesto de punta.

Su calma fue interrumpida rápidamente, sin embargo, cuando un chasquido, seguido de un grito, atrajeron su atención hacia arriba sobre su cabeza. Para su sorpresa y asombro, vio un delicioso destierro de una mujer colgando precariamente de un tiro de canaleta un momento antes de que cayera sobre su cabeza.

Todo sucedió tan rápido que no tuvo tiempo de reaccionar. Fue golpeado hacia atrás y se sintió como si todos los huesos de su cuerpo se hubieran estremecido y sus dientes hubieran chasqueado cuando su cabeza hizo contacto con el suelo.

“¡Oh!”

Sintió las manos sobre su pecho mientras quienquiera que había aterrizado sobre él trató de enderezarse. Empujó las capas y las capas de tela que cubrían su rostro, pero terminó empujando a la hembra cuando su rodilla hizo un contacto desafortunado con su ingle.

“¡Mierda!”

La niña se echó hacia atrás mientras se paraba y comprobaba que sus partes de hombre todavía estaban intactas.

“Bueno, ¡pero que grosero!” oyó decir la voz ronca de una mujer. Era un sonido exótico que venía de las sombras donde ella había caído.

Él extendió su mano hacia ella. “Por favor, *mademoiselle*, le pido perdón.” La niña vaciló mientras esperaba con su brazo extendido. “Toma mi

mano, *mademoiselle*. Puedes confiar en mí,” animó.

Tentativamente, una pequeña mano enguantada se extendió desde la oscuridad y sostuvo la suya. Pulgada por maravillosa pulgada fue iluminada por el suave resplandor de las lámparas que se alineaban en el patio mientras él la ayudaba a levantarse. Su piel era del color del café cremoso y se veía más suave que la seda más fina. Ella tenía una cintura pequeña que él no dudaba pudiera rodear fácilmente con ambas manos, un hecho acentuado por los senos que eran redondos y llenos.

Pero lo último de ella en ser iluminado, lo que casi lo derribó una vez más fue su rostro. Rizos oscuros y saltones rodeaban una cara tan perfecta en su sensualidad que se preguntaba si quizás estaba mirando la cara de una diosa, o un demonio. Una pequeña nariz flotaba sobre los labios bien formados y llenos que le hacían agua la boca para probar su sabor. Los ojos grandes y claros, aunque era demasiado oscuro para discernir exactamente de qué color, le recordaban a un gato; misteriosos, seductores, depredadores.

Sintió que su temperatura subía, entre otras cosas, de una manera que nunca había experimentado en su vida. Él había dejado de respirar y no podía apartar sus ojos de los de ella, un hecho que no se había dado cuenta hasta que sintió que intentaba jalar su mano de la suya.

Alex frunció el ceño ante la ninfa sexual que sostenía de la mano. Ella no estaba haciendo nada bueno, de eso estaba seguro, podía verlo en sus ojos traviesos.

“Gracias, señor,” dijo mientras retiraba su pequeña mano de la suya. “Por favor, discúlpeme.”

Lo dejó mirándola fijamente mientras caminaba más hacia el patio. La siguió, incapaz de detenerse, y la vio muy atrás arrastrando un banco a la pared de ladrillo que rodeaba el espacio.

“¿Puedo preguntar qué estás haciendo?”

Ella lo miró mientras se esforzaba por empujar el pesado mueble en su lugar. “Me voy,” dijo de hecho.

“¿Por qué estás haciendo eso? ¿No estás disfrutando del baile?” preguntó.

“Si lo estuviera, ¿crees que estaría haciendo esto?” Se acercó y la observó mientras ella resoplaba e hinchaba, finalmente rindiéndose y pateando el banco. “¿Puedes ayudarme, por favor?” le preguntó.

“Hay puertas perfectamente buenas dentro. Mucho más fácil de salir por allí.”

“Sí, pero luego mi conductor me vería, y como estoy huyendo, eso sería contraproducente.”

“Ah, ya veo.” Alex la movió a un lado y empujó fácilmente el banco en su lugar, luego le ofreció su mano para ayudarla a subirse en el banco.

“Espera, ¿qué estás haciendo?” La joven intentó empujarlo cuando él había subido tras ella.

“Necesitarás ayuda para superar ese muro, incluso con el banco. Además, odio estas fiestas, también. Me imagino que podríamos huir juntos.”

Ella lo miró como si estuviera loco. “¿Por qué estás huyendo? ¿No estás aquí para una *Placée*?”

“Me vi obligado a venir por un amigo. Nunca he disfrutado de estos eventos. ¿Puedo preguntar por qué estás huyendo tu? Eres fácilmente la mujer más bella aquí. Podrías tener a cualquier hombre que quisieras. Nombrar el precio que quisieras.”

“¿Y a ti? ¿Puedo tenerte a ti?” le preguntó ella.

Alex permaneció en silencio por un largo rato mientras contemplaba su pregunta. Su boca se había secado por completo simplemente pensando en la posibilidad de tenerla, pero se recordó a sí mismo el hecho de que odiaba ese sistema.

Ella sacudió su cabeza. “No quiero esto. Quiero elegir a quién quiero, ya sea blanco, mixto o de color. Y quiero amor, señor. ¿Crees que es mucho pedir?”

“Lo es en nuestro mundo.”

“Entonces no quiero vivir en este mundo.”

“¿Y tu partida no tendrá consecuencias? ¿No sufrirá tu madre?” Alex sabía que en muchos de los casos eran las madres las que necesitaban desesperadamente la ayuda financiera, especialmente si el padre había muerto o los había abandonado. Basado en su vestido, él pensó que no era el caso con ella, pero no se sentiría obligada a encontrar un protector sin una razón.

La niña lo miró con ojos desafiantes. Podía ver que había mucha ira mientras luchaba una batalla interna dentro de sí misma. Sus ojos brillaron y se los frotó con frustración antes de que dejara escapar un suspiro.

“Mi hermana,” dijo. “Solo tiene once años y sé que mamá la traerá aquí el año que viene, si no antes. No quiero esto para ella, pero no puedo llevarla conmigo. Y si la dejo, es posible que no tengan comida porque mamá es demasiado terca para vender la casa.”

Alex se levantó del banco y la ayudó a bajar. Se sentó y jalo de ella hacia el banco también.

“Tendré que quedarme. Abandonaré mis sueños de felicidad y *Maman* elegirá para mí un hombre que desprecio.”

“Entonces elige uno por ti misma,” dijo Alex. “Toma el control de los aspectos de tu vida en lo que puedas.”

“¿A quién elegiría?” preguntó mirándolo con grandes ojos llorosos.

“Elíjame,” respondió antes de saber lo que estaba haciendo. Sus ojos se agrandaron mientras miraba su rostro, buscando algo. “Te protegeré, *chère*. Compraré una casa para ti y cuidaré de tu madre y tu hermana. Puedo darte lo que quieras.”

“¿Y qué hay del amor?” preguntó ella.

“Me temo que no puedo darte eso, *mon chérie*. No es algo que pueda dar, y tú tampoco puedes hacerlo.”

“¿Estás casado?”

“No. Pero estaré el año que viene. Es un matrimonio de conveniencia, como parece ser todo en mi vida.” Levantó su rostro hacia el suyo cuando apartó la mirada. “Nunca te mentaré. Te protegeré a ti y a cualquier niño que puedas tener. Instalaré cuentas que lo ayuden a ver el resto de su vida en caso de que algo me suceda. No es amor, pero haré todo lo posible para que te sientas cómoda, para que nunca desees nada.”

“Y si nunca te amo...”

“No te hará daño cuando me vaya,” terminó por ella.

Ella lo consideró durante mucho tiempo. “Si acepto, ¿qué sacas de esto, señor?”

“Te tendré a ti.” La escuchó respirar con fuerza al oír sus palabras y sintió una extraña emoción al dejarle saber exactamente lo que había estado pensando desde que la había visto por primera vez. “Te deseo. Te deseo como nunca he hecho con cualquier otra mujer.”

Se lamió los labios, su lengua rosada salió disparada y atrajo sus ojos hacia esa boca deliciosa de ella.

“¿Y qué pasa cuando te cansas de mí?”

No creía que fuera humanamente posible cansarse de ella, pero respondió de todos modos. “Es por eso que tendré esas cuentas configuradas para ti. Nunca te quedarás sin dinero.”

“¿Y si encuentro amor?”

Alex sacudió la cabeza con vehemencia. ¡Mataría a cualquier bastardo que se atreviera a tocarla! “¡No!” exclamó. “Si me eliges, y será tu elección, solo estarás conmigo. No te voy a compartir.”

Ella negó con la cabeza a cambio. “Pero tu si podrás estar con tu esposa.”

“Es diferente. Yo no la amo. Es el negocio lo que nos une, nada más. Esa es mi oferta, *chère*.”

“¿Cómo sé que puedes hacer estas cosas por mí? Ni siquiera sé tu nombre.”

“Mi nombre es Alexandre Boisclair. Mi padre es Rodolphe Boisclair de...”

“Boisclair Trade,” terminó por él.

“Veo que has oído hablar de mí. Entonces sabes que puedo cumplir mi palabra. Tú y tu familia nunca querrán nada. Pero a cambio te exigiría fidelidad.”

Se paseó por el patio mientras parecía sopesar sus opciones. Se habló a sí misma, se rio históricamente unas cuantas veces, mientras Alex la observaba desde su posición en el banco. No sabía lo que estaba haciendo. Se sentía completamente fuera de control, como si alguien se hubiera apoderado de su cuerpo y sus acciones no fueran las suyas.

Había jurado que nunca haría esto. Nunca se pondría a sí mismo o a otra persona en una posición en la que pudiera haber dolor. Pero él había sido honesto con ella. Le contó sobre su inminente matrimonio con Edmée y el hecho de que no podía enamorarse. No se enamoraría. Era una medida de protección tanto para ella como para él.

Se dio cuenta de que mientras la observaba debatir su respuesta, nunca había recibido su nombre. Estaba a punto de tirar por la ventana su opinión sobre *Plaçage* debido a una mujer que no conocía en lo más mínimo. Por mucho que quisiera patearse en el culo por haber hecho la oferta impulsiva, cada parte de su anatomía masculina rezaba porque ella aceptara.

“Estás loca por aceptar esto. ¿Qué hay del amor y el matrimonio y tus sueños de un hombre que te amaría a ti y solo a ti? Pero ¿qué pasaría con Noémie? *Maman* seguramente la usará como un medio para mantener sus lujos si no hago esto.”

Marie jalo de un mechón de cabello que había escapado de su confinamiento y se echó a reír históricamente. Se estaba asustando a sí misma y solo podía imaginar lo que Alex debía estar pensando mientras él observaba su ritmo desde su posición en el banco.

Podía huir y llevarse a su hermanita, pero si no sabía cómo se alimentaría, definitivamente no tenía idea de cómo alimentaría a Noémie. Ni

siquiera sabía a dónde iría. Si ella aceptaba su oferta, Noémie podría tener la oportunidad que le robaran a Marie. Podría vivir su niñez.

Lo miró y se estremeció. ¿Por qué la estaba mirando así? Sus ojos color índigo la penetraron, recorriendo su cuerpo casi como si ya la estuviera desnudando. Sintió su mirada en ella como si fueran manos acariciando su piel.

Siempre había odiado cuando los hombres la miraban de esa manera. ¿Sentía lo mismo con él? No. Más bien le gustaba. ¿Pero por qué? Él no era un hombre guapo. Sí, parecía formidable, alto, ancho. Pero la belleza era algo que él no poseía. Sin embargo, había algo en él que la emocionaba como ningún otro hombre lo había hecho.

Cuando le confesó su deseo por ella, Marie sintió su propia ascensión.

“Este es uno de los privilegios de ser lo que somos, *mon enfant*, de que podamos divertirnos en el dormitorio mientras que las mujeres criollas blancas deben mirarlo con desdén,” había dicho su madre.

A diferencia de las mujeres de la alta sociedad y estiradas que estaban destinadas a casarse con los caballeros ricos que se encontraban en bailes como estos, se esperaba que las mujeres de color criollas destinadas a ser un *Placée* fueran cariñosas y afectuosas. Su madre nunca rehuyó decirle exactamente lo que sucedía detrás de puertas cerradas.

Tal vez, pensó Marie, por eso había querido más. Quería compartir ese tipo de juegos de cama con un hombre que amaba, un hombre al que podía llamar esposo. ¿Estaba dispuesta a hacer esas cosas con Alex?

Lo miró una vez más y su boca se secó al pensar en su cuerpo contra el de ella. ¿Era normal sentir deseo por un hombre que no amabas? En el momento en que escuchó el timbre muy profundo de su voz y vio esos ojos increíblemente azules, sintió que había sido golpeada por un rayo y había viajado a todos los puntos de su cuerpo.

¿Podría ser feliz con él, aunque le prohibieran amarlo? Él mismo lo había dicho, no podía amarla y ella no debería amarlo.

Marie había conocido a muchas chicas en relaciones como estas. Algunas eran felices, otras simplemente contentas, mientras que otras eran completamente miserables. Sabía de un solo caballero que nunca se había casado, él amaba tanto a su *Placée*, pero era uno de los cultivadores de azúcar más ricos de Luisiana y no tenía necesidad de hacer un buen partido o complacer a nadie más que a él mismo.

Alex ya le había advertido que este no sería el caso para ellos. Se casaría el año siguiente. Ella misma había oído hablar de su compromiso con la hermosa

mademoiselle Edmée Comtois.

Había tantos pensamientos conflictivos dentro de su cabeza que sintió que explotaría, pero al final se decidió, aunque solo fuera por su hermana pequeña.

Se puso de pie cuando finalmente y regresó a él.

“Acepto.”

Alex casi saltó de alegría, pero se contuvo y solo sonrió su aprobación. Ella sería un puñado, de eso estaba seguro, pero valdría la pena.

“¿Cómo puedo saber que tomé la decisión correcta?” le preguntó en una voz tan baja que rompió su corazón. Sus ojos estaban muy abiertos mientras lo miraba.

“¿Qué te dice tu corazón?” le preguntó él a cambio.

Ella lo pensó por un minuto antes de responder. “No sé si puedo confiar en mi corazón. Temo que solo me diga lo que quiero escuchar.”

“Entonces confía en mí, *chère*.”

Buscó en sus ojos, él lo sabía, para confirmar que lo que ella sentía en su corazón era verdad. Debió encontrar algo que le gusto, porque asintió.

“Entonces esta hecho,” dijo mientras se acercaba a ella. No se detuvo hasta que estaba de pie sobre ella, sus pechos presionando contra su pecho, y su suave y jadeante aliento en su garganta. “Ahora, *mademoiselle*, que estás de acuerdo, creo que es hora de que me digas su nombre.”

La chica tragó visiblemente mientras él acercaba su boca a la de ella lentamente. “Jolivet,” dijo. “Marie Adrienne Jolivet. ¿Qué estás haciendo?”

“Marie,” susurró contra sus labios que parecían haberse separado instintivamente para él. “Ahora te voy a besar.”

La aplastó contra él y probó su dulce boca por primera vez. Ella dudó por un momento, pero cuando su lengua recorrió la de ella, se fundió en sus brazos y se abrió a él. Lo exploró tanto como él a ella, su pequeña lengua mojada imitando sus movimientos, y se dio cuenta de que nunca antes había sido besada. Pero aprendía rápido.

Con un gemido, la soltó y presionó su frente contra la de ella. Marie respiraba tan pesadamente como él y parecía tan aturdida por la lujuria. Él había elegido bien.

“Debemos detenernos, Marie, antes de que te tome aquí en este jardín. No es que me importe, pero primero debemos hablar con tu madre.”

Sonrió mientras la acompañaba de regreso al interior, su brazo a través

del suyo, y pensó en al menos un hombre que se sentiría muy decepcionado cuando se diera cuenta de que le habían robado a Marie justo debajo de su nariz.

Y era un hombre que se les quedó mirando a los dos desde las sombras. Un odio que nunca antes había sentido, cobró vida en lo más profundo de su corazón y creció aún más cuando Alex besó a Marie, ese primer beso que debería haber sido suyo.

CAPITULO 7

Tiempo Presente. Sábado...

“Sabes qué hacer, así que hazlo ya.” *Pitido.*

“Hola, Mike. Dios, cómo desearía poder hablar contigo realmente,” Rosie dejó escapar un suspiro deseando que fuera posible que él respondiera, que realmente le hablara. “Voy a salir de la ciudad por unos días. Tuve que sacar más de ese dinero que me dejaste en esa cuenta de ahorros. Sé que dijiste que era solo para emergencias, pero estoy empezando a sentir que esta es una. Usé todo mi dinero cuando fui a ver a Selena. Vale, solo quería que lo supieras. Te amo.”

Rosie se despertó temprano en la mañana para encontrar que Alex se había ido, pero había colocado el reloj en la almohada junto a la de ella. Pensó que era muy dulce por un segundo, hasta que tuvo un pensamiento terrible. ¿Qué pasaría si en lugar de ir al éter para recargarse, volviera al reloj? Qué horrible sería eso.

Sabía que no le gustaba sentirse atrapado o confinado desde que había sido atrapado en una dependencia en el verano cuando era un niño. Espera, ¿cómo lo sabía? se preguntó. Debía haber sido parte de la historia que le había contado la noche anterior de cómo él y Marie se habían conocido.

Trató de no insistir en eso y trabajó en la solución para ayudarlo. Lo primero que hizo fue llamar al banco para transferir dinero de la cuenta que su hermano había creado para ella cuando él había tenido la edad suficiente para custodiarla. Mike había hecho depósitos durante años y ella había podido usar una gran parte de él como pago inicial en su casa.

Ahora lo estaba usando de nuevo. Después de ese fiasco de su viaje a Nueva Orleans, ella estaba completamente destrozada. Había jurado nunca volver y aquí estaba ni una semana más tarde reservando hotel y vuelo.

Si solo Selena siguiera hablando con ella, podría quedarse con ella y ahorrarse el dinero para hotel. Como era, el vuelo le costó más de mil dólares para reservar, así tan a último momento.

Buscó hoteles en los sitios de viajes, pero descubrió que eran demasiado caros. A continuación, buscó casas de huéspedes anunciadas en un sitio de alquiler local del Barrio Francés. En la última página encontró el lugar perfecto. Claro, no estaba calificado tan bien y parecía estar en una necesidad desesperada de renovación, y probablemente no pasaría una inspección estructural de

sorpresa, pero era barato y en el área que buscaba.

Después necesitaba reservar el vuelo.

“¿Qué estás haciendo, *chère*?”

“¡Ah!” Rosie saltó tan alto que casi cayó de espaldas de la silla de su oficina, pero Alex la atrapó antes de que cayera al suelo y la enderezó.

Perdóname, *mon amour*. Traté de llamar tu atención, pero estabas tan fascinada por tu...”

“Computadora portátil. Se llama una computadora portátil.”

“¿De verdad?”

“Sí, de verdad. Pensarías que ya estarías acostumbrado a eso.”

Alex se arrodilló ante ella y miró su pantalla. “¿Vuelo?” preguntó él.

“Oh sí. Um, es otra forma de transporte, como mi auto que ya has visto, pero en el aire.” Cuando frunció el ceño, confundido, agregó, “Como un pájaro.”

“¡*Mon Dieu!*” exclamó con los ojos casi saltados. “Las cosas que tienes en estos tiempos son increíbles. ¿Puedo ver un vuelo?”

“En realidad se llama un avión, y sí, verás uno muy pronto. Estoy reservando un vuelo para nosotros, aunque afortunadamente solo tendré que pagar un boleto.”

“¿A dónde vamos?” preguntó.

“Vamos a donde todo comenzó.”

“Nueva Orleans,” dijeron al unísono.

Alex siguió a Rosie a través del pequeño “aeropuerto” como lo había llamado, a través de seguridad, y ahora a un área de espera llena de filas de sillas de vinilo azul y gris.

Ella le había advertido que no podían hablar o de lo contrario pensarían que estaba loca y tal vez la verían como una amenaza. Tenía tantas preguntas que hacerle sobre las cosas que estaba viendo y realmente no creía que nadie se diera cuenta si ella simplemente asentía o negaba con la cabeza. Le parecía que todos estaban demasiado ocupados buscando en que ocuparse como para molestarse en mirar hacia ella.

“¿Cómo vuelan?” le preguntó. Miraba por las ventanas del piso al techo a los dos aviones que se estaban preparando para la salida. Ella le había explicado un poco de lo que verían en su camino allí, pero él todavía estaba asombrado. Dijo que tomarían un pequeño avión desde allí y se subirían a uno más grande en Charlotte. Si eso era pequeño, se preguntaba cuán monstruosos podrían ser los grandes.

“¿Esos son los motores a reacción de los que hablas?” Voltio hacia ella y vio que estaba llena de nervios. Miraba de un lado al otro mientras se agarraba de su asiento con los nudillos blancos. Corrió a su lado completamente asustado por la forma en que se veía. “*Chère*, ¿estás bien?”

“Sh,” dijo, luego lo escondió con una tos.

Cuando finalmente subieron al avión, Alex no tuvo más remedio que permanecer de pie por el pasillo. Era eso o sentarse en el regazo del gran caballero que fácilmente rivalizaba con Christophe en circunferencia, parte de la cual parecía caer sobre el asiento de Rosie.

Sin embargo, en el segundo vuelo, el avión estaba medio vacío y Rosie se sentó junto al pasillo para darle la oportunidad de mirar por la ventana. Se había quedado sin palabras mientras observaba grandes y brillantes nubes hinchadas desde ángulos en los que nunca había soñado que pudiera ver. Algunas estaban muy por debajo de él, mientras que otras estaban tan cerca del avión que estaba seguro de poder alcanzarlas y tocarlas.

Cuando atravesaron una formación particularmente densa, se atrevió a travesar la mano por la ventana y tocarlas, pero como con cualquier otra cosa que no fuera Rosie, se sentía como la nada. Aun así, no se decepcionó.

El voltio a verla y observó cómo sus ojos pasaban de ser de un frío gris a un cálido jade cuando ella le sonrió. Apretó su mano en reconocimiento a la maravilla que él sentía.

Pero incluso la maravilla del cielo no se comparaba con las emociones que lo atravesaron cuando tuvo la primera visión de Luisiana como nunca la había visto antes. Era tan vasto, pero desde el cielo todo también parecía tan pequeño. Podía ver edificios, casas, arroyos y pantanos. Vio áreas tan densas con árboles que no podía ver la tierra debajo, y otras tan pobladas que no podía ver un solo árbol.

Sin embargo, lo que casi sacó las lágrimas de sus ojos fue el gran río Mississippi, que una vez le pareció tan inmensamente grande, y serpenteaba a través de Luisiana. Él había navegado en ese río, lo había llevado hasta el mar.

“Puedo verlo todo desde aquí arriba. Todo,” le dijo y ella asintió.

Qué maravillosa experiencia, una que tuvo la suerte de haber compartido con Rosie. Pero ahora, mientras esperaban su equipaje en el aeropuerto Louis Armstrong, Alex se sentía tan agotado como parecía. Había estado libre por horas. Sentía el jalé del reloj, pero había luchado para que pudiera experimentar el vuelo. Pero ya no podía hacerlo.

“Marie,” dijo y alcanzó su mano. Se sintió desvanecerse cuando ella lo

miró y asintió, entendiendo lo que ya no tenía fuerzas para decir.

“Te veré más tarde,” susurró ella.

Y con el recuerdo del cielo para mantenerlo cuerdo, Alex permitió que el reloj lo llevara a su oscura prisión.

Rosie esperó en línea a que llegara el siguiente taxi. Cuando fue dirigida por la asistente en el aeropuerto, jalo su equipaje negro demasiado grande por la acera y hacia el coche que esperaba.

El taxista salió de su auto para ayudarla con el equipaje, la miró y comenzó a sacudir la cabeza con vehemencia. “¡Oh, no, no, no, no!” Era el mismo taxista que la había llevado al aeropuerto hace menos de una semana. “¡Quédate lejos de mi auto, señora!”

“¡Oye!” Se había alejado tan rápido que casi corrió sobre su pie. “¡Bueno, yo jamás!” exclamó Rosie indignada mientras arrastraba el equipaje de vuelta a la acera, donde se vio obligada a ir a la parte de atrás de la fila para esperar otro taxi.

“¿A dónde vas?” preguntó el taxista cuando finalmente entró en una minivan azul desteñida.

“¿Sabes dónde está *La Grande Maison*?”

“¿Sip, en Orleans por Rampart, correcto?” preguntó.

“Creo que sí.” Buscó el mapa por su bolso y en ese momento casi la arrojaron de su asiento cuando la camioneta despegó sin previo aviso. “¡Demonios!”

Se agarró de cualquier superficie que pudo y se enderezó, poniéndose rápidamente el cinturón de seguridad. El conductor del taxi se desvió por un lado y otro, casi atropellando una motocicleta en su prisa. Rosie envió una rápida oración, la primera en dos años, para que llegara al Barrio en una sola pieza.

“¿Esta es tu primera vez aquí?” preguntó tan tranquilo como pudo ser.

“No, en realidad tengo... ah! ¡Dios mío, voy a morir!”

“No te preocupes. Todos conducimos así aquí. Así que has estado aquí antes, ¿sí?”

Respiró hondo y trató de calmar sus nervios. ¿Debería pedirle que se detenga a un lado de la autopista y que la deje caminar el resto del camino? se preguntó a sí misma.

“Yo... sí, he estado aquí antes.” Lo escuchó hacer algunas preguntas más, pero estaba tan aterrorizada por su forma de conducir que realmente no podía distinguir a ninguna de ellas. Ella debió haberle contestado porque él le sonrió y asintió.

Cuando finalmente se detuvo frente a la casa de huéspedes, Rosie casi se cayó del auto y besó el suelo. ¡Había sobrevivido!

El conductor del taxi sacó su equipaje y ella le dio una propina considerable, aunque solo porque estaba sorprendida de que él hubiera sobrevivido tanto tiempo.

La Grande *Maison* era todo menos eso. En la esquina de la calle Orleans e inclinada ligeramente hacia la calle Rampart, estaba en un estado mucho peor de lo que las imágenes en línea habían mostrado. Rosie gimió mientras caminaba hacia el edificio de ladrillo rojo.

Ojalá fuera esa bonita casa amarilla al otro lado de la calle. Rosie se detuvo y miró con nostalgia la pequeña casa de dos pisos con su puerta negra brillante y su intrincado balcón de encaje. Se preguntaba quién podría vivir allí, qué aspecto tenía el interior de la casa, cómo olía.

Antes de que supiera lo que había hecho, había cruzado la calle, con su maleta pesada a cuestas, y en realidad había girado el pomo de la puerta. Para su sorpresa, la puerta se abrió. Se quedó en el umbral mirando hacia adentro. “Hola,” llamo, pero no hubo respuesta.

Ella estaba loca por hacer esto, lo sabía, y probablemente terminaría siendo escoltada por la policía, pero no podía evitarlo.

Poco a poco entró, pasando por el pequeño vestíbulo y luego a la sala de estar. Miró alrededor del pequeño, pero abierto espacio. Un tono más claro de amarillo, más como un color crema, en las paredes hacía que el espacio pareciera alegre y luminoso, mientras que una chimenea blanca de gran tamaño con varias sillas y un sofá esparcido sobre la habitación hacían el cuarto más acogedor. Las finas puertas francesas que se abrían a un patio en el costado de la casa estaban cubiertas por cortinas de encaje que soplaban ligeramente con la brisa que entraba a través de las puertas de malla a juego.

Rosie apartó el fino material y miró hacia afuera, donde había una mesa de bistró y sillas en medio de varias macetas.

“¿Puedo ayudarte?”

Se giró rápidamente hacia una mujer con cabello plateado y recogido en un moño suelto en la parte posterior de su cabeza. Estaba elegantemente vestida con un traje de pantalón gris, perlas grandes en su garganta y muñeca.

“Oh, yo, eh... lo siento muchísimo. No quise entrar de esta manera. Probablemente piensa que soy cualquiera de la calle, y supongo que sí, pero no quise hacer ningún daño, así que no llame a la policía, ¿vale?”

La mujer la miraba con humor en sus ojos. “No llamaré a la policía si

me dices qué te hizo entrar, en primer lugar. Y para el caso, ¿cómo entraste exactamente?”

“La puerta estaba abierta.”

La mujer parecía desconcertada y frunció el ceño. “Eso es extraño. Estaba segura de que la había bloqueado detrás de mí.”

“Bueno, lamento haberla molestado. Realmente es un hogar encantador. Supongo que algo me atrajo aquí. Me quedo justo allí, al otro lado de la calle,” señaló Rosie en dirección a la casa en ruinas.

“¿En 'La Grande *Maison*?’” preguntó la mujer entre comillas.

“Oh, sí,” se rio nerviosamente. “No tengo muchos fondos, así que ya sabe.” Rosie agarró su bolso y comenzó a caminar hacia la puerta.

“Señorita, espera, por favor.” Rosie se detuvo y miró a la mujer. “Mi nombre es Catherine Johansen,” dijo la mujer.

“Encantada de conocerla.”

“Si prefieres quedarte en un lugar... más seguro, podrías quedarte aquí. Esta es una casa de huéspedes también, aunque generalmente no se anuncia debido a nuestro tamaño y siempre parece que estamos reservados. Pero como sucede, uno de mis invitados tuvo que irse inesperadamente.”

Rosie miró a su alrededor con nostalgia. “Desearía poder, señorita Johansen, pero me temo que probablemente no podría costearlo incluso si no hubiera pagado mi habitación en su totalidad al otro lado de la calle.”

Catherine miró alrededor de la casa y sonrió. “Sabes, esta casa tiene un alma, siempre he dicho. Creo que a veces elige quién quiere dentro de sus muros y quién no. Creo que estás destinada a estar aquí, y yo, por mi parte, no la cuestionaré.”

“¿Ella?” Rosie preguntó. “Usted cree que esta casa está viva.”

“En cierto modo, supongo. Quizás sean las almas de aquellos que han vivido aquí antes. Tal vez es solo que hay tantos recuerdos que un espacio adquiere una vida propia. Quién sabe. Lo único que sé es que tu dinero no sirve para nada aquí de todos modos.” Catherine tomó la pesada maleta de Rosie y comenzó a ascender por la estrecha escalera de madera en el pasillo central de la casa. “Te mostraré tu habitación.”

Eran casi las nueve cuando Rosie se acomodó en su habitación. Caminó hasta el mercado de la esquina más cercana y se compró un emparedado pre envasado y una cola dietética, que ahora disfrutaba sobre su cama con dosel.

No había televisión ni internet en su habitación, así que no tenía más

remedio que mirar a su alrededor mientras devoraba su comida. Pensó que quien haya decorado el lugar debe haber sido una persona muy feliz. Su habitación también era amarilla. Diferentes tonos del color alegre se alineaban en las paredes, gruesos paneles de seda enmarcaban las puertas francesas que conducían al balcón en la parte delantera de la casa, también en amarillo, un bonito contraste con el cobertor blanco bordado en su cama y el sillón blanco en forma de ala de damasco.

En el centro del cuarto estaba una enorme cama de cerezo con mosquitero alrededor de sus postes frente a una gran chimenea con un espejo dorado sobre la repisa. Realmente era bonito. El amarillo siempre había sido su color favorito. Le recordaba al sol y la felicidad, los días en que su madre recogía margaritas de su jardín para llenar la casa.

“¡Jesucristo!” Escupió y tosió a través del bocado del emparedado que se había atascado en su garganta. “¿Cuánto tiempo has estado de pie allí?”

“Sólo un momento,” respondió Alex. Pasó la mano por el cobertor y la madera de cerezo, y la red de mosquitos entre sus dedos. “Marie, estamos en casa.”

Alex se quedó en silencio en la cabecera de la cama donde Rosie estaba sentada comiendo. Cuando finalmente tuvo la fuerza suficiente para romper el control del reloj, no quería nada más que verla y tomarla en sus brazos. Pero en cambio, se quedó en completa y absoluta confusión.

¿Había sido todo un sueño? Él estaba de vuelta en casa, en su dormitorio, con ella. ¿Se había imaginado simplemente todos los eventos que habían tenido lugar en los últimos días? Mientras miraba alrededor del espacio que le resultaba tan familiar como Rosie, comenzó a ver las sutiles diferencias que le indicaban que, aunque la habitación era igual, el tiempo había pasado.

La cama era la misma, pero la colcha, aunque similar a la que Marie había hecho para ellos, no lo era. Las cortinas eran del mismo tono amarillo, su favorito, pero de nuevo eran diferentes en material y diseño. E incluso la silla que estaba en ángulo junto a la chimenea no era la misma.

“¡Jesucristo!” Escupió y tosió. “¿Cuánto tiempo has estado de pie allí?”

“Sólo un momento,” respondió Alex. Pasó su mano amorosamente sobre el cobertor y la madera de cerezo, pasó la red de mosquitos entre sus dedos, sin ver realmente con sus ojos, sino con su mente. Tantos recuerdos estaban encerrados dentro de estas paredes; recuerdos de Marie, su belleza mientras se retorció debajo de su cuerpo. En esta misma habitación, él le había enseñado a

amar con su cuerpo y ella, sin saberlo, le había enseñado a amar con su corazón y su alma.

“Marie, estamos en casa,” dijo.

“No, en realidad esta es una casa de huéspedes. Por suerte para mí, estoy lo suficientemente loca como para entrar a la casa de un extraño y, en lugar de ser arrestada, me quedo aquí. ¡Gratuitamente!” dijo con un pequeño meneo.

Alex la miró sin decir una palabra. Caminó por la habitación, tocando las paredes, recogiendo objetos pequeños y examinándolos, luego, finalmente, se paró junto a las puertas que daban a la calle y observó cómo pasaban los vehículos y los peatones. Tan diferente, pensó, pero igual.

“Alex, ¿estás bien?” Caminó hacia él y colocó su pequeña mano en su hombro. Que ella estuviera preocupada por él le calentaba el corazón.

Se dio la vuelta y pasó sus brazos alrededor de su cintura. Ella dejó que la acercara, hasta que sus pechos se apretaron contra su pecho y él sintió que su calor penetraba a través del delgado material de su camisa.

Hizo a un lado ese rizo ingobernable que se negaba a ser confinado. “Recuerdas, *amour*, que fue en esta misma habitación que te amé tantas veces. En esta misma habitación adoré tu cuerpo como lo hiciste con el mío.” Él inclinó la cabeza y besó la piel aterciopelada de su cuello. Olía a cielo, a calor y sol.

“¿A qué te refieres con aquí? ¿Esta misma habitación?”

“*Oui, chère*. ¿No te acuerdas? Esta fue la casa que compré para ti, y la convertiste en un hogar para nosotros.”

“Pero, eso no es posible. Fue solo una coincidencia que elegí este lugar,” sus ojos estaban muy abiertos al darse cuenta de lo que estaba diciendo.

“No. No es una coincidencia. Tu eres Marie, *chère*. Escogiste este lugar porque en tu corazón recuerdas quién eres.” Presionó la palma de su mano contra su pecho cuando dijo esto y sintió que el latido de su corazón se aceleraba.

Rosie buscó en sus ojos y le pareció que podía ver directamente hasta su alma. Él quería que fuera así, que ella viera lo que él veía, que recordara lo que él recordaba. Pero en lugar de eso, se apartó. Se sentó en la cama con las rodillas contra el pecho y los brazos envueltos alrededor de sus piernas.

“Alex, dijiste que Marie nunca te dijo que te amaba.”

“*Oui*. Y nunca te lo dije tampoco, un error que nunca volveré a cometer. Te diré que te quiero hasta que no quede más aliento en mi cuerpo, por decirlo así.”

Rosie se mordió el labio inferior y él podía ver las ruedas en su bonita cabecita girando, pensando en más preguntas.

“¿Por qué nunca le dijiste cómo te sentías?” preguntó.

Le dolía pensar en las muchas razones idiotas por las que había negado los sentimientos que eran tan obvios para todos los demás, pero podía ver que ella necesitaba una explicación. Tal vez era el alma de Marie que necesitaba escuchar esto, pensó mientras se sentaba a los pies de la cama y la enfrentaba.

“La vida era diferente entonces, *chère*. Estabas atrapada en un mundo con reglas injustas y crueles. Yo también. Todos lo estaban. Había jurado nunca ser parte de ese sistema, nunca ponerme en una posición en la que pudiera lastimarme. Pero luego te conocí, y tenía que tenerte. Debo haber reconocido el riesgo que presentabas para mi corazón y por eso establecí las reglas desde el principio, pensando que evitaría cualquier dolor futuro.”

“Pero te enamoraste de ella de todos modos,” dijo.

“Sí.”

“¿Por qué tenías tanto miedo del amor?” le preguntó.

“No era que tuviera miedo del amor. Era que sabía lo que podía hacer el amar a alguien que estaba prohibido amar. Lo había visto suceder antes. El dolor y la agonía de ello. No quería eso para mí, especialmente porque había estado comprometido para casarme con otra persona.”

“¿A quién conocías que le pasó esto, Alex?”

“A mi padre.”

Los ojos de Rosie se agrandaron y dejó caer su mandíbula. “¿Tu padre?”

“*Oui*. Verás, mi padre también tenía un *Placée*. Su nombre era Cerise.”

“¡Oh, tu pobre mamá! Su corazón debe haberse roto.”

Alex se rio sarcásticamente de eso y sacudió la cabeza. “No, Marie, el corazón de mi madre no estaba roto. Creo que necesitas tener uno para que eso suceda.”

“¿Tu madre era mala?”

“Mi madre fue cruel, *chère*.”

“Está bien, entonces, ¿por qué se casó con ella y cómo terminó con Cerise?”

“Mi padre tuvo a Cerise muchos años antes de casarse con mi madre. Verás, amaba tanto a Cerise que nunca tuvo la intención de casarse con otra persona. Era ilegal que se casara con ella por su color, pero él podía dedicarse a ella, comprometerse a estar solo con ella. Y lo había hecho. Pero mi madre tenía otros planes. Ella deseaba la riqueza y la posición de mi padre. Quería eso para sí misma. Pero mi padre no deseaba, ni necesitaba el dinero de mi madre y la rechazó.”

"Pero Adèle Bisset no sería disuadida tan fácilmente. Ella inventó un plan para enmarcar a Cerise de robo y obligó a mi padre a casarse con ella a cambio de la libertad de Cerise."

"¡Eso es horrible!" exclamó Rosie, ahora sentada hacia delante, claramente cautivada por su historia.

"En verdad lo fue, pero esto no alejó a mi padre de Cerise. A mi madre no le importó siempre que tuviera una hermosa casa en el río y dinero para gastar, aunque hizo todo lo posible por mantener a mi padre alejado de Cerise. Fui el primero en nacer y luego mis hermanas. Mi madre no nos amaba, no tenía tiempo para los niños y todos lo sabíamos. Ella fue cruel con nosotros. Nos castigaba por el más mínimo de los males en las formas más duras."

"Ella fue la que te encerró en la dependencia, ¿verdad?" preguntó Rosie con total disgusto en su voz.

Alex asintió y se encogió ante el recuerdo. Había sufrido lo peor, teniendo demasiado miedo de contárselo a su padre. Su madre seguramente solo lo habría empeorado. Cuando creció lo suficiente como para no temer a su madre y poder ayudar a sus hermanas, su padre era un hombre quebrantado, por lo que Alex nunca le había contado la malicia de su madre.

"Cuando mi padre nos llevó al Barrio Francés y nos reunimos con Cerise, ella nos dio todo el amor que nuestra madre no pudo, simplemente porque llevamos la sangre de mi padre."

"¿Así que conociste a esta mujer?"

"Mi padre nunca nos dijo quién era ella cuando éramos niños. No fue hasta que crecí que él me confesó quién era. Simplemente pensábamos que era una sirvienta en su casa, aunque la queríamos igual. Pero a medida que pasaba el tiempo, su negocio y su familia exigían más y más tiempo y la veía cada vez menos. Aunque sabía que él nos amaba, siempre veía una tristeza en sus ojos que no entendía cuando era niño.

"Cuando Cerise quedó embarazada, la primera vez, mi madre hizo casi imposible que la viera. Cerise murió dando a luz sola en su casa y mi padre nunca se perdonó por ello. A veces creo que murió junto con Cerise. Caminaba sin alma, sus ojos sin vida mientras mi madre tomaba el control de todos los aspectos de su vida. Simplemente no le quedaba ninguna voluntad de vivir, creo."

"Oh, Alex," dijo y él pudo escuchar el dolor en su voz. Un dolor que también él sentía cuando pensaba en la agonía en la que había vivido su padre porque había amado a alguien que no debería.

“Y por eso, *chère*, no pude decir las palabras. Tenía tanto miedo de lastimarme y lastimar a alguien que amaba. Pero no era tonto, sabía muy dentro de lo que estaba sucediendo. Intenté negarlo, pero lo sabía. Durante seis meses vivimos felices, como lo harían un esposo y una esposa, aunque mantuve mi casa en Rue Bourbon para las apariencias.

“Vi ese mismo sentimiento reflejado en tus ojos, pero me dije a mí mismo que no podía ser. Habías jurado, como yo, nunca enamorarte. Iba a casarme con Edmée Comtois, una mujer que no me gustaba, una mujer que me recordaba mucho a mi madre. Nuestros padres habían arreglado el matrimonio cuando éramos niños.

“A medida que se acercaba la boda, ella comenzó a exigir más y más de mi tiempo. No sabía cuánto era a propósito hasta que por casualidad nos encontramos contigo en el Barrio Francés y me di cuenta de que ella sabía quién eras tú. Y también me di cuenta de que estábamos condenados a repetir la historia si me permitía sentir esas cosas por ti.”

CAPITULO 8

Barrio Francés, Nueva Orleans 1822...

Edmée Comtois, que pronto será du Boisclair, era hermosa. Marie observó a la mujer con los rasgos exquisitos acentuados por el largo cabello dorado y la piel tan clara que parecía de porcelana, paseando frente a la chimenea, con sus faldas de color rosa satinado blandiendo sobre delicados pies.

Edmée lo tocaba todo, alzando una pequeña mariposa de porcelana, recorriendo con el dedo la repisa de la chimenea y apreciando su propia belleza en el espejo.

“Tu hogar es... pintoresco,” dijo con un toque de disgusto en su sonrisa.

Marie no era lo suficientemente estúpida como para creer que esta fue una visita amistosa. Solo unas horas antes se había encontrado con Alex y Edmée frente a su panadería favorita. Ella sabía que él estaría en la ciudad, por supuesto, Alex nunca había ocultado la verdad de su vida. Pero saber y ver eran dos cosas completamente diferentes.

Nunca en su vida había imaginado la avalancha de emociones que habrían estallado en ese momento o en su reacción física. Se sentía como si alguien hubiera vertido un cubo de agua fría sobre su cabeza, le había robado el aliento, la había apuñalado en el corazón y le había dado una patada en el estómago al mismo tiempo.

Alex había estado tan congelado como ella, con el brazo de Edmée a través de él. Entonces Edmée miró en su dirección y se rio, literalmente rio a carcajadas ante su angustia.

Alex le arrancó el brazo y metió a Edmée en su carruaje antes de caminar hacia Marie que todavía estaba sin habla.

“Marie... yo...” tartamudeó.

“Está bien, Alex. Ambos sabemos que esto es así. Nunca me mentiste,” dijo cuando finalmente encontró su aliento.

Él frunció el ceño y asintió, y ella vio algo en sus ojos que parecía reflejar la misma tortura que sentía dentro de sí misma. “Te veré en unos días. Debo ir a Rosabel. Regresaré tan pronto como pueda.”

Esto era exactamente por lo que no quería esto, pensó Marie. Sólo traía dolor, y si ella sentía dolor, solo podía significar una cosa. Había sido lo suficientemente tonta como para enamorarse de él a pesar de que él le había

dicho que no lo hiciera. ¡Maldito sea su corazón!

Con Alex en Rosabel, la casa de Edmée, nunca esperó ver a la mujer en la puerta de su casa.

“¿Qué estás haciendo aquí, Edmée?” Marie preguntó perdiendo la paciencia.

“Vaya, no sabía que nos estábamos tuteando.” Edmée se rio y continuó su exploración, contaminando un espacio que Marie había venido a ver como sagrado, solo para ella y Alex. “Simplemente quería conocerte, después de todo, eres la amante del hombre con el que pronto me casaré.”

Marie tragó saliva. No quería pensar en Alex en los brazos de otra mujer. El pensamiento era mucho más de lo que podía soportar.

Edmée se sonrió cuando vio la angustia de Marie. “Oh, querida, ¡no me digas que te has enamorado de él!”

“¡No!” gritó Marie. Nunca podría admitir que amaba a Alex. Él no sentía lo mismo por ella.

“Bueno,” dijo Edmée, con el rostro serio ahora. “Si, bien entiendo que Alex tiene ciertas necesidades que aún no puedo satisfacer, ese no será el caso una vez que nos casemos. Sé que él tiene un contrato contigo y que debe seguir pagando por ti, pero pronto no tendrá necesidad de tus... servicios. Te sugiero que no te acostumbres demasiado. Además, no seré humillada sabiendo que mi esposo me engaña con putas...”

“¡No soy una puta!” Marie se puso de pie y enfrentó a la mujer malvada cara a cara.

“Oh, pero lo eres. ¿Quién más que una puta vende su cuerpo a cambio de dinero? Te mantiene aquí en su casa y paga por tu comida y vestidos, te da dinero para gastar. Eres una puta, Marie Jolivet, tal como era tu madre y su madre antes... ¡Ah!”

Marie abofeteó a la bruja con todas sus fuerzas. Edmée se llevó la mano a la mejilla y Marie tuvo la satisfacción de saber que su mano ahora estaba marcada de rojo brillante en esa piel de marfil.

“Si soy una puta, entonces tú lo eres aún más, Edmée. Te venderás por el dinero de Alexandré y por todas las cosas bonitas que él puede comprarte. Te prostituirás con un hombre que no amas y que todo New Orleans sabe que no soporta verte. Todo por el título de esposa.”

Edmée se quedó sin aliento, toda su cara y su pecho se volvieron carmesí, ocultando la marca que Marie había dejado en su mejilla. “¿Cómo te atreves?”

“Me atrevo porque sabes que es cierto. Él no te ama, y puede que tampoco me ame a mí, pero al menos me quiere. El me desea. ¡No me sorprendería si te arrojara una manta sobre la cara y fingiera que está conmigo cuando te folla!”

¡*Tortazo!* La cabeza de Marie casi se torció sobre su cuello, aunque sus ojos parecían rodar de esa manera, con el golpe de cabeza que Edmée le había dado. Oyó que la puerta se cerraba de golpe mientras sostenía su palpitante cabeza con una mano y la repisa de la chimenea con la otra.

Puede que allá sido un poco dura con Edmée, pero Edmée tampoco se contuvo. Marie se rio histéricamente de su situación, una risa que se convirtió en un grito absoluto cuando cayó de rodillas.

Edmée tenía razón, una vez que Alex se casara con ella, Marie lo perdería. Incluso si él todavía se acercaba a ella, ¿cómo podía dejar que la tocara después de haber estado con otra persona? Quizás si no hubiera sido lo suficientemente estúpida como para enamorarse de él, sería diferente, pero su corazón estaba involucrado ahora. El dolor por el que había luchado tanto para prevenir la envolvía.

Había una pequeña cantidad en la cuenta que Alex había abierto para Marie. Una vez que se hubiera casado ella se iría. Abordaría el primer barco y llevaría a Noémie con ella. Ya lo había decidido.

Viajaría a Francia, pero dejaría su corazón y su alma atrás, en Nueva Orleans.

Alex se sentó en su oficina en Boisclair Trade. Era un pequeño espacio sobre el almacén que se usaba como almacenamiento para los envíos entrantes y salientes. Desde su escritorio, ubicado junto a una gran ventana arqueada del piso al techo, podía ver cómo los grandes barcos Boisclair cargaban y descargaban su carga.

Desde su punto de vista, también podía ver cómo llegaba Christophe y entregaba las riendas de su caballo a un niño pequeño, el hijo de uno de los marineros, que claramente no tenía idea de qué hacer con la bestia. En todo caso, a Alex le pareció que el niño temía al animal que ahora estaba olfateando su cabeza y mordiéndose su pequeña gorra. Alex sacudió la cabeza y esperó a que su amigo hiciera su gran entrada.

Con su habitual destello, Christophe abrió la puerta de la oficina de Alex y se sentó en la silla que había dejado libre, mientras Alex mismo les servía un trago de whisky.

“Escuché de tu incómodo encuentro hoy,” dijo Christophe y se tragó todo el contenido de su vaso.

“El chisme viaja rápido, ¿no?”

“Lucy estaba al otro lado de la calle,” dijo hablando de su *Placée*. “¿Cómo está Marie?” preguntó Christophe.

“No lo sé. No he tenido tiempo de verla todavía. Pero ella sabe que estoy finalizando los detalles de la boda esta semana. Solo desearía que hubiera prestado atención a mi advertencia y se hubiera quedado en casa, aunque supongo que nunca hubiera esperado encontrarnos tan cerca de la casa.”

“¿Y cómo te sientes?”

Alex miró su vaso, pero no respondió.

Christophe se rio. “*Mon Dieu*, Alex, ¿no me digas que has roto tu propia regla y te has enamorado de la niña!”

“No seas ridículo, Chris. Ese es un error que no cometeré.”

Christophe lo observó con tanta intensidad que Alex se puso nervioso y comenzó a caminar. “¿Qué harías, Alex, si te enamoras de ella? ¿Romperías el compromiso con Edmée?”

“¿Qué harías, Chris, si tú te enamorarías de Lucy?”

Christophe frunció el ceño. “No estamos hablando de mí. ¿Te has enamorado de la niña, Alex?”

“No. Ambos juramos no dejar que nuestros corazones se involucren en esta relación y ella no ha dado ninguna indicación de que sienta algo más que confianza y amistad por mí.”

“Ah, ya veo,” dijo Christophe, claramente sin creer una palabra que dijo Alex.

“Y no puedo romper el compromiso. Perderíamos la mitad de Boisclair Trade si lo hiciera.”

“Esa fue probablemente una de las negociaciones más idiotas de las que he oído hablar.”

Era verdad, pensó Alex, dando todo el crédito a su madre. Siempre había estado tan hambrienta de dinero que no pensó en las consecuencias. Y su padre le dejó hacer lo que ella quisiera.

Incluso con la fortuna de Boisclair, Adèle no estaba satisfecha. Quería más. Así que usó a Alex y el nombre de Boisclair para obtener lo que quería. Negoció el matrimonio entre Alex y Edmée hace muchos años.

Maurice Comtois no podría haber estado más emocionado de que su hija se casara con la familia Boisclair y estuviera dispuesta a ofrecer casi cualquier

cosa como parte de su dote, incluido un gran porcentaje de los beneficios de Rosabel, su plantación de caña de azúcar, que se pagaría a los Boisclairs trimestralmente.

Pero, el hombre no era tonto. Como una forma de garantía, Maurice exigió que todas las ganancias pagadas a la familia Boisclair fueran reembolsadas con un interés del veinticinco por ciento si Alex rompiera el compromiso. Dado que esos dineros se habían usado para enfrentar los tiempos difíciles hace unos años, así como casi doblar el tamaño de Boisclair Trade, significaría un golpe casi aplastante para la compañía si tuviera que devolverse.

“Lo hecho, hecho está. Para ser sincero, si no fuera porque no quiero ver a mi padre perder todo por lo que trabajó tan duro, rompería el compromiso sin importar mis sentimientos por Marie. La idea de tocar a Edmée...” Se estremeció visiblemente. “Simplemente no sé cómo me las arreglaré para tener herederos con una mujer que no puedo soportar. Tan solo su voz ruge en mis nervios. Y ella me llama Lexi cuando está sola y trata de tocarme de una manera en que ella realmente no sabe nada.”

Christophe se rio. “Oh, lo he visto una o dos veces. Ha estado enamorada de ti desde antes de que estuvieras comprometido.”

Alex se secó la cara con las manos y se dejó caer en la silla destinada a los invitados. “Estoy condenado, Chris, condenado a la miseria, y me temo que Marie también. Me temo que Edmée hará de su vida una pesadilla viva tanto como mi madre le hizo a Cerise. Tal vez nunca debería haberla arrebatado justo debajo de la nariz alta de Lammert.”

“¡Estas loco! Él la habría usado y se habría deshecho de ella ya. No, *mon ami*, ha estado mejor contigo. Aunque debería advertirte, he oído rumores de que lo han visto cerca de tu casa.”

“No me sorprendería si él trata de quitármela, aunque dudo que sea tan tonto. Además, creo que tiene una niña por allí.”

“Aun así, ten cuidado. Si quieres, puedo vigilar mientras estás lejos.”

Alex asintió y suspiró antes de ponerse de pie y recoger sus cosas. El viaje a Rosabel era largo y se sentiría mucho mejor sabiendo que Christophe estaba cerca. No creía que Lammert se moviera contra Marie, pero era mejor prevenir que lamentar.

Christophe miró a Alex y sintió pena por él, de verdad lo hacía, pero no porque estaba en una posición tan terrible. Sintió pena por Alex porque no podía admitir, incluso a sí mismo, que amaba a Marie. ¿Cómo podía tener a alguien tan

maravillosa como Marie y no gritarle al mundo que amaba a esa mujer?

Le hizo sentir envidia de Alex, tener a alguien tan hermosa para amar y que claramente lo amaba a cambio. Por qué, si él tuviera eso para sí mismo, nunca lo dejaría pasar. Christophe haría cualquier cosa para mantener lo que era suyo, cualquier cosa, y condenar al resto del mundo al infierno.

Tiempo Presente...

Rosie se sentó con las piernas hasta el pecho completamente perdida en la historia de Alex. Lo gracioso era que ella podía realmente imaginar todo lo que él le decía tan claramente que daba miedo. Incluso imaginó algunos de los detalles que no había compartido con ella, como la visita de Edmée a Marie. ¿Realmente había sucedido eso, o era todo una imaginación salvaje? Y si sucedió, ¿lo sabía Alex? Si estaba dispuesta a creer que había una posibilidad de que esto hubiera sido un evento real en el pasado que recordaba, entonces tendría que estar abierta al hecho de que lo que Alex estaba diciendo había sido verdad todo el tiempo. Que de hecho era Marie Jolivet.

“Es por eso,” continuó, sacándola de su ensoñación, “Nunca más me abstendré de decir cómo me siento, Marie. Y es por eso que quiero escuchar de tus labios lo que sientes por mí.”

En algún momento, debió haberse movido hacia ella porque ahora estaba tan cerca que sintió que sus rodillas tocaban su pecho mientras él levantaba su rostro hacia él con el pulgar bajo su barbilla.

“Te amo, Marie. Dime que tú también me amas. Necesito escucharlo.”

Rosie lo miró a los ojos y se sintió perdida en sus profundidades azules. ¿Podría ser posible que lo que estaba diciendo fuera verdad? ¿Podría ella ser de alguna manera la Marie que tanto amaba? ¿De qué otra manera podría explicar qué tan atraída había estado a esta casa, qué tan atraída estaba por él?

Alex rozó la piel de su garganta con sus pulgares mientras ella debatía sobre lo que debía creer.

“¿Cómo puedes estar tan seguro de quién soy? ¿Y si te creo y realmente no soy tu Marie, Alex?”

“¿Qué te dice tu corazón?”

“No sé si puedo confiar en mi corazón. Temo que solo me diga lo que quiero escuchar.”

“Entonces confía en mí, *chère*.”

Y lo hizo. Ella confiaba en que todo lo que él decía era verdad. Que ella era Marie y que le pertenecía. No, se pertenecían. Por mucho que lo negara, en el fondo sabía quién era. Se había entregado a él en el momento en que lo había visto, corazón y alma.

Alex estaba cansado, se sentía desvanecerse con cada momento que

pasaba. El jale del reloj sobre él se estaba haciendo más fuerte. Pero él luchó contra eso. Pudo ver la chispa de reconocimiento en los ojos verde gris de Rosie que le dijeron que recordaba algo. Recordó quién era ella incluso si todavía lo negaba.

“*Je t’aime, Marie,*” dijo mientras pasaba su mano por su cabello y acercaba sus labios a los suyos con urgencia, con la necesidad y desesperación de alguien que no sabía cuánto tiempo le quedaba.

Rosie respondió con la misma hambre que sintió y se dio cuenta de que había aceptado, aunque solo por ahora, quién era ella y qué significaba para él.

“Alex,” susurró contra sus labios y él profundizó el beso, empujándola sobre las suaves almohadas.

Ella se abrió a él, abrazándolo y apretándolo para hacerle saber cuánto lo necesitaba. Cómo amaba a esta mujer. Si solo hubiera sido lo suficientemente fuerte como para admitirlo antes. Él tartamudeaba tratando de quitarse la ropa mientras ella hacía lo mismo con él.

Estaba desnuda debajo de él antes de que él lo supiera y lo atrajo hacia ella. “Alex, te necesito,” le dijo, rogando por lo que ambos querían, pero él se contuvo.

“Ha pasado tanto tiempo, *chère*, me temo que no podré aguantar mucho.” Le besó la garganta, probó su piel sedosa y se aferró a la parte más oscura de su pecho. Él la amamantó y ella gritó su nombre.

“¡Esto es una tortura, Alex!” Ella se agachó y envolvió su pequeña mano alrededor de su eje hinchado. Él gimió y encontró su propio centro mojado con sus dedos. Jugó suavemente con su protuberancia mientras continuaba amamantándola y ella se retorció debajo de él justo como él recordaba que lo había hecho antes. Le arañó la espalda e hizo todo lo posible por acercarlo a ella, pero él quería llevarla al borde antes de que finalmente la tomara.

La miró a la cara y cuando vio sus ojos cerrados, se dio cuenta de que había perdido su capacidad de ser visible para ella, pero al menos él todavía estaba allí, aún capaz de tocarla.

“Dime que me amas, *chère*,” le dijo mientras se colocaba en su entrada, pero ella no dijo nada. Todavía estaba luchando contra eso.

Sin embargo, a diferencia de antes, no podía controlar su deseo de tomarla, y con un rápido empuje entró en su apretada funda. Justo como lo había advertido, se sintió al límite y tuvo que luchar por control para que no dejara a su mujer deseando.

Rosie debió haber sentido esto, y tomó el control haciéndolo girar de

espaldas y montándolo. Ella era una diosa por encima de él mientras se mecía en su polla y pasaba sus dedos por el cabello castaño que cubría su pecho. Todavía tenía los ojos cerrados, lo que él odiaba porque le encantaba ver cómo el color en sus ojos cambiaba de esmeralda a un gris tormentoso cuando se venía.

Pero estaba empezando a desvanecerse, incluso para sí mismo. Se negó a irse sin hacer que ella llegara a su clímax. Tenía que sentirla destrozada a su alrededor, sentir cómo su vaina se contraía alrededor de su polla mientras montaba las olas de éxtasis. Así que concentró toda su fuerza en la sensación de la piel bajo sus manos, las suaves curvas de sus caderas y su *derrière*, la hinchazón de sus senos perfectos.

Se perdió en ella, el pasado y el presente combinándose hasta que no supo cuál era cuál y dónde estaba. Se sentía borracho, al ver a Marie como una vez había estado en esta misma habitación, montándose en él como Rosie lo hacía ahora. Su cabello era más largo y llevaba un gran camisón que no ocultaba nada de su visión. Y luego volvió a estar en el presente, con Rosie desnuda encima de él, con los ojos cerrados mientras lamía sus labios y acariciaba sus pechos.

La habitación también cambió, y vio que los artículos aparecían y desaparecían, las luces iban y venían, hasta que todo nadaba ante él y lo deliraba.

“¡No!” gritó dentro de su cabeza y cerró los ojos contra el dolor cuando el reloj estiró su ser, llamándolo de vuelta a la prisión. Solo un momento más, por favor, solo uno más.

Entonces sintió que Rosie se aflojaba contra su pecho, el calor de su humedad rodeándolo como un capullo protector contra cualquier tormento que el reloj pudiera infligirle. Alex se soltó, feliz de saber que la llevaría con él a donde quiera que fuera, aunque solo fuera en su corazón.

CAPITULO 9

Domingo...

Los sonidos de risas, tintineos de plata y camiones ruidosos llegaron a Rosie y la levantaron temprano por la mañana. El sol apenas comenzaba a brillar a través de las cortinas medio abiertas de sus puertas francesas cuando se sentó y estiró los pliegues causados por un sexo muy enérgico.

Incapaz de eliminar la sonrisa increíblemente cursi de su rostro, ella le dio un ligero beso en la superficie cálida del reloj que yacía en la almohada junto a la de ella. La había despertado dos veces durante la noche y le había hecho el amor; lentamente una vez y luego deliciosamente áspera la segunda vez. La había retorcido en posiciones en las que ni siquiera sabía que podía entrar, empujó sus piernas hacia atrás y la llenó de una manera que nunca antes había estado, tanto física como emocionalmente.

Pero cada vez que él había desaparecido, aguantando hasta que ella hubiera alcanzado su clímax al menos una vez, pero desapareciendo antes de que pudiera encontrar su propia liberación. Aun así, la mirada en su rostro de amor puro y felicidad simplemente por estar con ella calentó su corazón.

Cada vez que él le pedía que dijera que lo amaba. ¿Por qué no podía hacer eso? Lo quería hacer, pero no podía. Era casi como si ella necesitara decirlo tan desesperadamente que en realidad tenía que cerrar la boca con fuerza para evitar hacerlo. Pero en vez de eso se apagaba y lo negaba. ¿Por qué?

En realidad, si sabía por qué. Estaba aterrorizada de lo que sentía. Incluso si realmente era Marie, apenas conocía al chico. No tenía recuerdos de una vida pasada. Si no había podido enamorarse de sus viejos novios, hombres con los que había salido durante largos períodos, ¿cómo podría ser posible que estuviera enamorada de Alex?

Entonces se le ocurrió otra idea. ¿Y si lo dijera y él se iba? De por sí que ya lo sentía desaparecer de su vida, el pensamiento tan insoportable para ella que se le hacía difícil respirar. Si se permitía sentir algo por él, seguramente moriría sin él. Mucha gente se había ido, pero era su ausencia lo que iba a acabar con ella.

Sacudiendo el pensamiento de su cabeza, Rosie se preparó para el día, atando la cadena del reloj de bolsillo a través de un cinturón de sus pantalones vaqueros. Era domingo y el ayuntamiento y la biblioteca, los dos lugares con

más probabilidades de tener información sobre la familia de Alex y lo que les pasó a ellos estaban cerrados hasta mañana.

Hoy ella pasearía con la esperanza de encontrar algo. Recordó haber visto unos cuantos puestos con lectores de tarot y palmeras. Tal vez uno de ellos podría ayudar. En una ciudad tan llena de magia, espíritus y vudú, seguramente surgiría algo.

Rápidamente pasó la mesa del desayuno donde Catherine entretenía a sus invitados. El olor a huevos con salchicha de Andouille y papas, buñuelos y café de achicoria flotó hacia ella y casi babeó. Pero no quería responder demasiadas preguntas sobre su estadía, acabaría asustando a los otros huéspedes y tal vez incluso perdería su habitación libre.

Rosie saludó al grupo mientras pasaba e ignoró el gruñido de su vientre hasta el mercado de la esquina donde se compró una barra de desayuno y una cola de dieta.

Los camiones se alineaban en las calles con sus entregas matinales mientras los empleados de las tiendas lavaban las aceras con agua y jabón. Rosie saltó sobre charcos y bailó alrededor de carretillas y mangueras mientras avanzaba por el Barrio hacia Jackson Square.

Ella estaba bastante familiarizada con las calles de su visita anterior. A medida que más negocios comenzaron a abrirse, Rosie buscó, entrando y saliendo de las tiendas con la esperanza de encontrar algo mágico. Incluso visitó dos de las casas que estaban abiertas al público, una de las cuales se jactó de historias de fantasmas, pero al último se encontró justo donde había comenzado.

Más tarde, entró en una pequeña tienda que apestaba a humo y moho y se llenó hasta el borde con artículos asociados con el vudú; pequeñas cabezas de plástico, cuentas y muñecas vudú. El joven, o mujer, no podía distinguir, que estaba sentado detrás del mostrador tenía unos veinte aretes solo en la cara.

“¿Puedo ayudarla?” dijo, con voz áspera que lo delataba como hombre.

“Hola, me preguntaba si ustedes tienen cosas de vudú de verdad. Y tal vez un verdadero sacerdote vudú, creo que eso es lo que ustedes llaman.”

El niño parecía confundido y con sueño al mismo tiempo. “Lo siento, señora, esto es lo que tenemos. Mi padre regresa en una hora si quiere volver para hablar sobre los espíritus oscuros.”

“Está bien, gracias.” Se fue sabiendo que definitivamente no regresaría a esa trampa para turistas. Ya había visitado una psíquica falsa, y ahora estuvo en una falsa trampa de vudú para turistas. Ambos se aprovechaban de la fascinación de la gente por la magia y el otro mundo. Ella necesitaba la cosa real, ¡maldita

sea! ¿Donde estaban los verdaderos brujos?

En el almuerzo, agarró a un perro caliente y se sentó en uno de los bancos frente a la catedral de Saint Louis para disfrutar de su merienda mientras escuchaba a una banda que tocaba a Zydeco. Dio unos golpecitos con su pie en sintonía con la música y metió el resto de su perrito caliente en su boca.

“Es extraño que todo se vea igual, pero tan diferente. Es desconcertante para mí.”

Rosie estaba orgullosa de sí misma, solo había saltado un pie esta vez y ni siquiera se había ahogado con su comida. Miró a Alex, que estaba sentado a su lado en el banco y sonrió, recordando todas las cosas traviesas que habían hecho la noche anterior. Pero pronto su sonrisa se convirtió en preocupación cuando vio que él no solo tenía círculos debajo de los ojos, sino que también era bastante transparente, incluso para ella.

“¡Alex, te ves terrible!” Él sonrió y tomó su mano para besarla. “Oh, Dios mío, tenemos que hacer algo.” Quería llorar por pura desesperanza. Se sentía tan pequeña e indefensa y sentía como si nada de lo que ella hiciera lo salvaría de lo que estaba pasando.

“No te preocupes, *mon amour*, lo resolveremos,” dijo y sonrió. Tocó la punta de su nariz con un guiño. “Me estás hablando en público.”

“Oh sí. Me imagino que nadie va a echar un ojo aquí si me ven hablando conmigo misma. Además, te apuesto cualquier cosa a que muchas personas en Nueva Orleans tienen su propio fantasma. Quiero decir, mira a ese tipo,” dijo señalando a un hombre con ropa muy sucia que parecía que no se había bañado en años. Estaba teniendo una conversación muy animada con una persona que claramente estaba sentada a su lado pero que nadie más podía ver. “Apuesto a que tiene un fantasma.”

Alex miró en su dirección por un momento, luego volvió su mirada a ella con un movimiento de cabeza. “No, creo que él simplemente está loco. No tiene un espíritu con él. Esa mujer, sin embargo, trae uno.”

Rosie giró su cabeza tan rápido hacia donde Alex estaba señalando que su cuello se resquebrajó. “¡Ay!” chilló masajeando su cuello mientras buscaba entre la multitud. “¿Quien? ¿Dónde?”

“Esa mujer allí, con el pelo dorado. ¿La ves?”

“Oh, Dios mío, Alex, ¡esa es Selena!”

“¿Tu amiga?”

“Sí. ¿Puedes ver a su fantasma?”

“Sí. Al principio no estaba seguro, pero sentí una energía diferente a la

de ella.”

Rosie vio que Selena cruzaba la calle y se dirigía hacia una de las pequeñas tiendas de la calle Chartres. Ella no podía ver a Eric, pero la forma en que Selena habló en voz baja le hizo saber que, de hecho, él estaba con ella.

“¡No los aparte!” dijo con lágrimas de alivio en sus ojos.

Justo entonces Selena se detuvo e inclinó ligeramente la cabeza.

“Su espíritu le está diciendo algo,” dijo Alex al narrar lo que Rosie no podía ver. “Él está mirando hacia nosotros.”

El corazón de Rosie se aceleró cuando Selena la miró también. “Te apuesto a que puede verte, Alex. Probablemente le está diciendo que tengo mi propio fantasma.”

Ella debe haber tenido razón. Selena sonrió a Rosie y asintió con comprensión y perdón antes de desaparecer en la pequeña tienda.

“Tal vez debería seguirla,” dijo Rosie y se puso de pie. “Ella podría ser capaz de ayudarnos, o tal vez Eric pueda.” Pero justo cuando ella hizo caminar, una pequeña figura envuelta en un chal de color burdeos se cruzó en su camino. Rosie agarró la muñeca de Alex. “¡Conozco a esa viejita!”

Él siguió su mirada hacia la antigua mujer morena que nadie más parecía ver. “¿Esa?” Alex señaló.

“Sí. Vamos. Tengo la sensación de que algo tiene que ver con todo esto.”

Rosie se abrió paso entre las hordas de turistas que ahora bordeaban la calle frente a Jackson Square. Se preguntaba si tal vez la anciana fuera otro fantasma, pero mientras la seguía pudo ver a hombres y mujeres inconscientemente alejarse de su camino como si fuera una fuerza invisible. Si era un fantasma, sería capaz de atravesar a toda esa gente, pensó, sin tener que apartarlos del camino. ¡Y mierda, pero se movía rápido!

“¿A dónde se metería?” preguntó Rosie. Apenas había despejado la plaza y estaba de pie en medio de la calle Chartres viéndose perdida mientras buscaba a la mujer.

“¡Ahí!” Alex señaló una pequeña tienda que no tenía letrero, y el vidrio de las ventanas y la puerta estaban oscurecidas por completo.

Se acercaron cautelosamente al espacio.

“Creo que estamos en el lugar correcto,” dijo.

Rosie empujó la puerta para abrirla. Una pequeña campana sonó para anunciar su presencia, pero a quién no podía saber. El interior de la tienda estaba oscuro y vacío, excepto por una silla y un mostrador en la parte de atrás.

“Hola,” Rosie gritó una vez dentro. Pasaron unos minutos antes de que

sus ojos se ajustaran a la penumbra del espacio y viera una puerta detrás del mostrador.

“¿Qué quisiste decir cuando dijiste que crees que estamos en el lugar correcto?”

“Sentí algo. Una presencia.”

Sin pensarlo dos veces, Rosie abrió la puerta y la atravesó, y casi se cayó del shock de lo que vio.

En completo contraste con la tienda a oscuras, parecía como si acabara de entrar en la brillante cocina/comedor de los cincuenta, completa con azulejos a cuadros blancos y negros, encimeras redondeadas y taburetes de vinilo rojo. Pero fue la familia de siete personas que se sentaba alrededor de una gran mesa rectangular, todos con ojos dorados misteriosamente hermosos, que la hizo retroceder hacia la puerta.

Todos lo miraron fijamente, algunos con sus cucharas congeladas hasta la mitad de la boca mientras ella intentaba hacer su salida apresurada.

“Oh, lo siento mucho,” dijo Rosie retrocediendo hacia la puerta. “Parece que estoy haciendo esto a menudo. Prometo que no soy una vaga de la calle. Por favor, disfruten su comida. Me mostraré fuera.”

“¿No se unirán a nuestra cena tú y tu amigo, *s'il vous plaît*?” preguntó la mujer que estaba sentada a la cabecera de la mesa con una cálida sonrisa de bienvenida.

“Oh, no, no quisiera interrumpir... un momento, ¿puede verlo?” preguntó Rosie.

Seis mujeres, todas de diferentes edades que indicaban varias generaciones, y un niño pequeño asintieron. Alex se desplomó ligeramente contra Rosie. Ella sabía cómo se sentía él. Esta era su primera señal de esperanza de que finalmente habían encontrado a alguien que pudiera ayudarlos.

“Por favor toma asiento. Mi nombre es Dania Tasse y esta es mi familia.”

Todos en la mesa se presentaron uno por uno, aunque sabía que nunca recordaría sus nombres. El grupo conversaba en un idioma que no entendía, pero obviamente era francés porque Alex, quien estaba detrás de ella, también se unió a la conversación, mientras disfrutaba su tazón de gumbo de conejo, arroz sucio y hojas de berza.

Cuando terminó la comida, Dania los acompañó a través de una puerta y al salón. Allí, en un sillón reclinable de color burdeos que hacía juego con su chal, estaba sentada la anciana quien miraba el Canal del Tiempo con una suave

sonrisa desdentada en su rostro.

“Rosalie, este es mi *grand-père*.”

“¿Abuelo? ¿Es eso lo que dijiste? Rosie miró a la antigua figura en el sillón reclinable en shock total. No era una viejecita después de todo. Ahora que sabía que en realidad era un hombre, podía ver su error. Lo que originalmente creía que era un vestido largo era, de hecho, una bata. Ella recordó la ronquera en su voz y ahora podía ver incluso unos pocos bigotes grises en la barbilla y el labio superior.

Rosie había cometido un error, pero era fácil ver por qué. El hombre era tan antiguo, su cuerpo tan completamente marchito y frágil que fácilmente podría haber pesado la mitad de Rosie.

“Señorita Tasse, creo que conozco a su abuelo,” dijo Rosie después de que su shock inicial se disipó.

Dania se acercó a su abuelo y se agachó para que su boca estuviera justo al lado del oído del anciano. “¡*Bon-papa!*” Dania gritó tan fuerte que Rosie saltó. “*Bon-papa,*” repitió cuando no llamó su atención la primera vez. El anciano se volvió y pareció sorprendido de que ahora había gente en la habitación con él. “¡Esta joven dice que te conoce! ¿Has estado fuera cuando no deberías?”

“¿Eh?” dijo su abuelo y se llevó una mano temblorosa a la oreja, sus ojos lechosos parecían centrarse en Rosie y Alex.

Dania negó con la cabeza. “Se nos escapó dos veces en las últimas dos semanas,” le dijo a Rosie y luego se volvió hacia su abuelo. “¿Sabes que no debes irte sin uno de nosotros! ¿Podrías ser herido, *Bon-papa!* Perdió su audífono anoche. De todos modos, tomen asiento. ¿En qué puedo ayudarles? Es obvio por la apariencia de tu amigo que están aquí por una razón.”

Rosie sacó el reloj que se había metido en el bolsillo y se lo entregó a Dania. Dania a su vez lo dejó caer en el momento en que lo tocó.

“Perdón,” dijo y lo recogió de nuevo. “No esperaba eso.” Dania dio vuelta al reloj, leyó la inscripción en voz alta, pasó un dedo por su superficie, luego lo abrió y sacó el mechón de pelo que contenía, mientras fruncía el ceño con profunda concentración. Sus ojos dorados casi parecían brillar, adquiriendo un tono más amarillo que el de la miel, y luego de vuelta cuando puso el reloj en la mesa de café de pino. “¿Dónde encontraste este reloj?”

“No estoy segura al cien por cien por ciento, pero creo que de alguna manera tu abuelo lo metió en mi bolsa de baño. Me encontré con él la semana pasada, y realmente tengo que decir que para un hombrecito tan frágil me golpeó bastante fuerte,” dijo Rosie.

“Parece que estoy apegado a él,” Alex intervino luciendo peor por el desgaste.

“Eso lo agota, creo, y se ve cada vez peor. Es casi como si le estuviera quitando la vida, por decir,” dijo ella mirándolo. “No lo has dicho, pero cuando te vas, entras al reloj en lugar del éter, ¿verdad?”

Dania llevó el reloj a su abuelo y trató nuevamente de llamar su atención. “¡*Bon-papa!* ¿Has visto este reloj antes? ¿Lo pusiste en el bolso de Rosalie?”

El abuelo Tasse sonrió y señaló el reloj, finalmente mostrando un signo de reconocimiento que se desvaneció con la misma rapidez y volvió a su programa de televisión.

Dania suspiró y sacudió la cabeza. “Que *pouvez-vous faire?* Parece que estamos solos,” dijo caminando hacia un armario de esquina que hacía juego con la mesa de café. Lo abrió y Rosie vio que los tres estantes del interior estaban llenos de recipientes de vidrio y cajas de metal, lo que parecían ser hierbas en pequeñas bolsas de almacenamiento y velas de todas las formas y colores. “No me sorprendería si realmente fuera *Bon-papa* quien te dio ese reloj, aunque me temo que nunca sabré de donde lo consiguió o porque te lo regalo,” dijo Dania dándoles la espalda.

“¿Qué está haciendo?” preguntó Alex.

“No tengo idea.”

Rosie pudo ver que Dania tomó un pequeño mortero y lanzó algunas hierbas, algo líquido, dijo algunas palabras y las mezcló antes de traerles la mezcla de olor fétido. Se paró frente a Alex y cantó algo en un idioma completamente extraño para Rosie.

“Preferiría que no hicieras eso. No creo en...” Alex comenzó a informarle y Rosie trató de pellizcarle el muslo, pero lo encontró un tanto insustancial.

Los ojos dorados de Dania brillaron cuando lo detuvo a media palabra. “¿En qué? ¿No crees en los espíritus? ¿Que hay cosas más allá de este mundo que no entiendes?”

“Alex, por favor, deja que te ayude,” suplicó Rosie.

“¿Y si no puede?”

“Me pediste que creyera algo loco, Alex, que soy tu Marie desde hace doscientos años. ¿Por qué no puedes creer en Dania?”

“Tengo miedo,” admitió y le dolía el corazón por él. Ella también tenía miedo.

“Lo sé. Pero yo creo, Alex. Creo que ella puede ayudarnos.”

Alex asintió y se volvió hacia Dania. "Si Marie confía en ti, yo también."

Antes de que pudiera cambiar de opinión, Dania encendió el contenido del cuenco y lanzó el humo hacia Alex. La niebla gris lo rodeo y lentamente penetro su ser, volviéndose uno con él, fortaleciéndolo. Su cuerpo se solidificó, los círculos oscuros bajo sus ojos se desvanecieron, y el azul de sus ojos se iluminó.

“¡Alex, estás curado!” Rosie lloró y se lanzó sobre su forma. Cubrió de besos su cara y cuello mientras lo apretaba con todas sus fuerzas.

Alex se rio entre dientes y la apartó. “Supongo que debería escucharte más a menudo,” dijo.

“Es sólo un respiro temporal,” dijo Dania, decepcionando a los dos, sus sonrisas desvaneciéndose lentamente.

“¡Pero se ve mejor!”

“Solo lo he fortalecido por ahora. Estoy segura de que ya te habrás dado cuenta de que hay una maldición sobre él, Rosalie, pero no sé si eres consciente de cuán poderosa es la magia.”

Rosie tragó saliva y tomó la mano de Alex. Le apretó la mano tranquilizadamente. “Todo estará bien, *mon amour*, ya verás.”

“¿Hay alguna manera de romper la maldición?” pregunto Rosie a través de un nudo en su garganta.

Dania se sentó junto a Rosie, levantó el reloj y lo examinó una vez más. “Es difícil decir exactamente qué es sin tener más tiempo, lo cual no creo que tengamos. Las palabras me llevan a creer que mientras él estaba encerrado, su alma estaba segura, por así decirlo. Atrapado, pero seguro. La libertad será su desaparición, dice.”

“¿Cómo fue liberado?” preguntó Rosie.

“Bueno, mi conjetura sería que lo hiciste tú. De alguna manera, tenías el poder para hacerlo, ya sea por voluntad o leyendo las palabras en el reloj.”

“Yo... creo que hice las dos cosas. ¿Es culpa mía?” Rosie quería llorar. ¿Podría haberle hecho esto a él? “¡Oh Dios mío, todo esto fue mi culpa!”

“No, *mon amour*, no fuiste tú quien me maldijo. ¡No es tu culpa!”

“No sé cómo pudiste liberarlo, o qué papel juegas en esto, pero eso ya no es importante. ¿Ves esto?” Dania señaló los dos juegos de manos en el reloj de bolsillo. “Están corriendo hacia atrás, contando hacia algo. El grande es obvio, cuenta las horas.”

“Si, concluí lo mismo. Era la mano pequeña que no podía entender,” dijo Rosie.

“Eso es porque no hablas francés, ¿correcto?” Rosie asintió. “Para mí, y creo que estoy en lo cierto, esta pequeña mano está contando los días. Cada letra es la primera letra de los días de la semana en francés.”

“Oh,” dijo Rosie.

“¿Qué día dijiste que recibiste el reloj?” preguntó Dania.

“El lunes, pero no lo vi hasta el martes.”

“Eso es pasado mañana. Esto no está bien. Si el reloj le está drenando lentamente la vida, creo que tendrá todo su efecto en ese momento.”

“¿Y si está equivocada? ¿Qué pasa si tenemos dos semanas o más y el reloj simplemente seguirá girando hacia atrás?”

Dania negó con la cabeza. “No, puedo sentir su poder crecer mientras hablamos. Y solo necesitas mirarlo para saber que se le está acabando el tiempo.”

“¡Oh no! Esto no puede estar pasando. Dania, tiene que decirme qué hacer, haré cualquier cosa.” Rosie se sintió histérica. Las lágrimas corrieron por su cara, sobre su mandíbula y gotearon de su barbilla mientras miraba de Dania a Alex. “¡Alex!”

Él la abrazó y trató de consolarla mientras era él quien estaba condenado. ¿Por qué estaba tan destrozada? No podía entenderlo, pero tampoco podía controlarlo.

“¿Hay algo que podamos hacer?” Alex preguntó con una voz tan tranquila que sintió la necesidad de abofetearlo.

Dania pensó por un momento antes de responder. “Hay dos opciones que podrían funcionar. Como dije, sin el tiempo para estudiar bien la maldición no lo puedo decir con certeza, pero es tu mejor apuesta.”

“¿Qué es?” Rosie preguntó a través de sus sollozos. “Haremos lo que sea necesario.”

“Lo primero sería la sangre que lo maldijo en primer lugar. Mira aquí,” señaló al reloj, “dice, ‘No sea que la sangre del verdadero sea sacrificada.’ Podría estar equivocada, pero creo que podría romper el hechizo.”

“¿La sangre del que lo maldijo? ¡Pero si esa persona ya está muerta y enterrada!”

“Sí, pero puede haber descendientes. Si tienes una manera de averiguar quién lo hizo y encontrar su linaje, entonces puedes tener una oportunidad.”

“¿Y cuál es nuestra otra opción?” Alex preguntó frotando una mano

sobre el hombro de Rosie de una manera calmante que finalmente había aplacado sus nervios.

“Podrías transferir la maldición,” dijo ella. “Pero tendría que ser alguien dispuesto a aceptarlo. Alguien dispuesto a morir por él.”

Todas sus esperanzas se desvanecieron con esas palabras, y ella sabía que Alex sentía lo mismo cuando él miraba fijamente la pared.

No había nada que pudieran hacer. Se terminó.

CAPITULO 10

Solo había una palabra que describía a la pareja que salió de la casa de las sacerdotisas esa tarde. Derrotados. Caminaron lado a lado por la calle Chartres en silencio. Aunque Alex sentía una renovada sensación de fuerza por la magia de la mujer, sabía que solo era una ilusión.

No tenía mucho más tiempo, de eso estaba seguro. Lo que se preguntaba era qué pasaría con él una vez que la maldición del reloj surtiera efecto. ¿Existiría un trozo de su alma en algún lugar, o desaparecería por completo? Odiaba admitirlo, pero tenía miedo. Estaba aterrorizado de hecho. Pero una mirada a Rosie que caminaba a su lado con esa expresión de pura desesperanza en su rostro lo hizo querer ser fuerte, aunque solo fuera por ella, así que caminó con la cabeza en alto y envolvió su brazo protectoramente alrededor de su hombro.

“Encontraremos la manera,” mintió y le besó la cabeza.

Rosie se detuvo de repente y lo miró, esa mirada desafiante que recordaba tan bien en sus ojos, alzando su barbilla un poco.

“¡Y que no te quede duda de que lo haremos! No hay manera en el infierno de que caeremos sin luchar,” golpeó un pequeño puño en el aire.

Alex se preguntó si se daba cuenta de que se había incluido en la pelea, que se refería a ellos como una unidad. Sonrió a pesar de su situación sombría.

“Está bien, vamos a pensar. Dania dijo que la sangre de los descendientes de quien te haya maldecido podría usarse para levantar la maldición. ¿Tienes idea de quién pudo haber hecho esto?” preguntó.

Alex recordó a todos los que habían sido parte de su vida. Realmente no había tenido ningún enemigo. “Había una persona a quien despreciaba y probablemente no estaba muy feliz conmigo cuando me elegiste sobre él.”

“¿Quién es?”

“Lammert Dubois.”

Rosie abrió los ojos de emoción. “Oh, es cierto. Él es de quien me contaste en tu historia.”

“Sí.”

“Entonces creo que deberíamos empezar allí. Tendremos que comenzar a buscar en línea, pero la casa de huéspedes no tiene conexión a Internet, por lo que tendremos que buscar en otro lugar. Me pregunto si hay un cibercafé o algo por aquí.”

Alex no sabía realmente qué era eso, pero supuso que tenía algo que ver con su computadora portátil. Los dos caminaron por la calle Chartres y subieron por Toulouse mientras buscaba un lugar. Entró en un par de establecimientos, pero no tuvo suerte. La siguió, sintiéndose como un cachorro perdido en un mundo completamente ajeno a él.

Aunque la ciudad en sí había cambiado muy poco, eran las personas que caminaban alrededor con bebidas en la mano y perlas alrededor de sus gargantas, el sonido de la música animada que salía de cada esquina y las calles pavimentadas con sus vehículos abarrotados para pasar, que hicieron a Alex añorar su hogar. Sacó un brazo para detener a Rosie antes de cruzar la calle.

“Marie, quiero ver mi casa,” le dijo a ella.

“Oh, está bien, supongo que podemos hacer eso. ¿Dónde estaba tu casa?”

“Alla, por esa calle a unas cuadras.”

Rosie miró el letrero y todo el color pareció desaparecer de su rostro. “E, oh, esto no es bueno.”

“Sabes, Alex, tal vez deberíamos no ir a la casa. Probablemente no se vea igual de todos modos.”

“Marie, esta es la tercera vez que intentas evitar que vea mi hogar. ¿Hay algo que deba saber?” preguntó Alex.

Rosie miró a su alrededor los establecimientos que bordeaban la calle Bourbon y se preguntó cuál de ellos sería su casa. “Es solo que la mayoría de las casas en esta calle se han convertido en bares y otros tipos de lugares con los que quizás no estés tan entusiasmado.”

“¿Como qué?” exigió.

Rosie miró detrás de él y observó cómo uno de esos establecimientos abría sus puertas y una joven muy bien dotada, vestida con un sujetador de lentejuelas y una tanga a juego, se paró en los escalones como una especie de publicidad en vivo. ¡Alex se giró para ver qué había llamado la atención de Rosie y sus ojos casi se salieron de su cabeza!

“¿Qué está pasando?” preguntó. Todavía no había apartado la mirada de la joven y Rosie tuvo la urgencia de golpear su hombro.

“Oye, sólo son bailarines. Estoy segura de que viste una o dos cosas así en tu día. En realidad, probablemente era peor en ese entonces. Vamos,” dijo agarrando su muñeca y alejándolo de ahí.

“Nunca vi algo así,” dijo con asombro cuando pasaron por otro club.

“Bueno, entonces bienvenidos a la calle Bourbon del siglo XXI,” resopló Rosie. No sabía por qué estaba tan molesta con el hombre, pero no quería que mirara a ninguna otra mujer. ¡Si él quisiera ver a alguien desnuda sería ella!

“Cabaret Muslo Alto de Noche,” leyó Rosie en voz alta. “¡Oh, Alex, lo siento mucho!”

Se encontraban ante el encantador edificio encalado de cuatro pisos con ventanas arqueadas y una sola puerta flanqueada por dos lámparas de gas de gran tamaño y columnas redondas y gruesas. Una chica muy bonita vestida con un sexy vestido victoriano corto en la parte delantera para lucir sus medias y botas altas que estaban despojadas, se paró afuera y saludaba a los turistas que pasaban.

“Al menos se ve bonito por dentro,” trató de consolarlo mientras se asomaba por la puerta abierta a un vestíbulo con grandes baldosas de mármol blanco y negro, un gran candelabro de cristal y una mesa redonda de madera con grandes Lirios en el centro. “Es agradable.”

Alex no pareció encontrar esto como un consuelo.

“¿Te gustaría entrar?” le preguntó la joven a Rosie. “Es noche de damas.” La niña sonrió coquetamente a Rosie y ella le devolvió la sonrisa nerviosamente.

“Bueno, ¿qué piensas?” le preguntó a Alex en voz baja. “¿Quieres entrar?”

Rosie se giró cuando no obtuvo respuesta y lo encontró alejándose.

“Perdóname. Esperaba que mi hogar de alguna manera siguiera siendo el mismo. No sé por qué esperaba. Ya nada es igual,” dijo cuando ella lo alcanzó.

Rosie no sabía qué decirle. Su mundo había cambiado tan completamente y él se estaba perdiendo. Lo que quería era algo a lo que aferrarse.

“Tengo una idea.” Tomó su mano y caminaron por Bourbon hasta la calle Orleans. No se detuvo hasta que estuvieron frente al hotel Bourbon Orleans. Al instante, los ojos de Alex se iluminaron y también el corazón de Rosie. “Ay que entrar,” le dijo ella.

“Es un hotel ahora,” dijo Alex una vez que estaban dentro.

“Sí, aunque no creo que les importe si miramos a nuestro alrededor un poco. Pero por si acaso tratemos de permanecer discretos.”

Alex se rio. Se preguntaba con qué frecuencia iba a lugares a los que no

debía ir. Cerró los ojos y dejó que el entorno familiar lo envolviera. La galería principal seguía siendo tan impresionante como siempre, con grandes macetas y hermosas áreas de descanso, un gran piano en una esquina.

Aunque Rosie se pegó a los bordes de la habitación, Alex no podía verse y tenía más libertad para caminar. Pasó su mano sobre las teclas del piano y una mujer que entraba en el hotel saltó ante el sonido y aplaudió. “¡Te dije que este lugar estaba encantado!” le dijo al hombre que estaba a su lado. Él no se veía tan emocionado como ella, sus ojos buscando al fantasma. Alex pasó por delante de ellos sin ser visto.

Rosie también exploró y saltó las escaleras cuando sintió que nadie estaba mirando, seguido de cerca a Alex.

“Creo que el salón de baile se supone que está arriba,” le susurró ella.

“Si lo está. Bueno, en mi tiempo lo estaba.” Alex la llevó al lugar.

“¡Guau, este lugar es hermoso!” exclamó mientras caminaba y se paró en el centro de la habitación vacía en la pista de baile de *parquet* y miró alrededor del gran espacio con asombro reflejado en su hermoso rostro.

Alex caminó alrededor también. “Es extraño, tantas veces como vine aquí nunca lo aprecié de verdad. Siempre estaba tan lleno de gente que apenas podía esperar para irme. La mayor parte del tiempo pasé con la cabeza fuera de esas puertas,” dijo señalando su lugar favorito junto a las puertas francesas que conducían al balcón.

“Así que aquí es donde tú y Marie se conocieron,” dijo Rosie.

“En realidad, tú y yo nos encontramos abajo, en el patio.”

“Oh, es cierto. Aunque creo que ahora hay una piscina allí.”

Alex caminó hacia ella, su sonrisa brillante, sus ojos llenos de amor. Pensó que parecía una diosa, atenuando la belleza de esta gloriosa habitación con sus candelabros de cristal, paredes doradas y cortinas de seda.

Hizo a un lado el rizo que tanto amaba, el que reflejaba su personalidad, ingobernable y desafiante, luchando contra todo lo que ella veía como encierro.

“Eres tan hermosa,” dijo mientras miraba las profundidades de sus luminosos ojos.

Rosie se mordió el labio inferior juguetonamente mientras miraba alrededor de la habitación. “Sabes, nunca tuvimos la oportunidad de bailar aquí.”

“¿Cómo lo sabes?” preguntó, aunque ya sabía que era porque ella era Marie, incluso si todavía tenía dudas.

“Yo... supongo que debiste haberme dicho.” Él negó con la cabeza y ella frunció el ceño. “Estoy segura de que lo hiciste. De cualquier manera, ¿qué

mejor momento que el presente para nuestro primer baile?”

Alex estaba de acuerdo. La tomó en sus brazos y ella se apretó contra él, ajustándose perfectamente a su cuerpo. Perteneecía allí. Fue hecha sólo para él. Muy pocas personas tenían la oportunidad de conocer a esa persona especial, y él saborearía hasta el último momento que tuviera con ella, aunque fuera solo por un día más.

La abrazó más cerca e inhaló su sutil aroma. Rosie tarareó una melodía que nunca antes había escuchado, pero él sintonizó fácilmente su ritmo y bailaron lentamente, casi sin moverse.

“Puedo escuchar el latido de tu corazón, Alex. ¿No es extraño que en realidad no tengas uno? ¿Por qué supones que es eso?”

“No lo sé, *mon amour*. Tal vez sea el amor dentro de mi pecho que oyes. O tal vez recuerdes haberlo hecho antes.”

Rosie respiró hondo y llevó sus preciosos labios a su garganta. Ella lo besó y permitió que sus dientes le rozaran la piel ligeramente mientras se movían. “Sabes tan rico,” dijo en un gemido. “Salado, sexy.”

Alex gimió y sintió que el calor corría por su ingle y lo llenaba de necesidad, la necesidad de poseerla, de reclamarla una vez más, de entregarse a ella. Dejó que sus manos vagaran por su cuerpo, deleitándose con la suave caricia sobre su sensible piel, pero fue cuando ella pasó un dedo a lo largo de su eje y lo ahuecó cuando casi perdió la razón.

“Marie,” él respiró en su oído. “Si continúas haciendo eso, me temo que pueda avergonzarme.”

Levantó los ojos hacia él, ahora un peltre oscuro que rodeaba sus pupilas dilatadas, y lamió sus deliciosos y gruesos labios.

“Alex, si necesitas algo a lo que aferrarte, aférrate a mí,” susurró ella.

Entonces la besó furiosamente, quitándole todo lo que pudo, anclándose dentro de ella. Ella le pasó los dedos por el pelo, lo abrazó y le dio voluntariamente lo que él le exigía.

A medida que el beso se profundizaba y ardía, ya no podía diferenciar a la Rosie del presente de la Marie del pasado. Los recuerdos lo abrumaron y escuchó voces que iban y venían, risas, música, y ya no sabía dónde estaba ni cuándo, pero eso no importaba. Todo lo que importaba era que ella estaba en sus brazos.

“Alex, llévame a casa,” dijo Rosie con una voz sin aliento. Él colocó su brazo alrededor de sus hombros y la acompañó a la salida donde rodearon a una futura novia sin palabras y a sus tres compañeras que obviamente estaban allí

para planear una recepción de boda.

Rosie rio una vez que estuvieron afuera. “Solo Dios sabe lo que acaban de ver. Debo haber parecido bastante graciosa besándome con el aire.”

“Entonces, asegurémonos de cerrar con llave la puerta de tu tocador, porque si alguien entra, te vera follada por él.”

Rosie voló por las escaleras hasta su habitación en la casa de huéspedes en la calle Orleans. Alex había regresado al reloj para descansar unos momentos mientras ella llegaba a su habitación, pero en el momento en que cerró la puerta por detrás, él estaba sobre ella.

La amo con una desesperación nacida de saber que esta podría ser la última vez. En torno ella le devolvió sus hambrientos besos con la misma desesperación. Alex la presionó contra la pared, sus manos recorriendo su cuerpo mientras sus lenguas bailaban en sintonía con los movimientos ondulantes de sus cuerpos.

Se sentía sin aliento, pero no podía alejarse de su boca pecaminosa. No fue hasta que él arrastró besos ardientes por su garganta que ella finalmente contuvo el aliento, solo para que se lo quitara de nuevo cuando él le levantó la camiseta y le bajó el sujetador para exponer esa peca con la que parecía tan fascinado. La lamió, su cálida y húmeda lengua se deslizó por encima de su pezón endurecido y extremadamente sensible, luego sopló el aliento sobre él causando que el pico se endureciera aún más.

Rosie se aferró a él, agarrando todo lo que pudo mientras él le llevaba el pezón a la boca. Le agarró la cabeza para mantenerlo allí, luego a sus hombros e incluso a la pared cuando él la mordió ligeramente y envió una oleada de placer por todo su cuerpo que la hizo jadear.

“Alex,” suspiró.

“¿Mmm?” dijo contra su otro pecho mientras se aseguraba de que el otro pezón no se quedara fuera.

“Quiero saborearte.”

Él gimió contra ella y levantó sus pesados ojos hacia los de ella.

“Por favor,” le suplicó.

Se puso de pie y se alejó un paso de ella y cerró los ojos mientras ella presionaba los botones de su pantalón negro. Desde su punto de vista de rodillas ante él, parecía aún más grande, más impresionante e irresistiblemente masculino. Ella nunca en su vida había querido probar a un hombre. Siempre había parecido que era más una obligación. Pero con Alex era diferente. Lo

deseaba en todas las formas en que un hombre y una mujer podían encajar. Complacerlo era un pensamiento tan embriagador como él ser complacida.

Su polla se liberó cuando le bajó los pantalones sobre sus nalgas apretadas, que ella apretó de inmediato. Sin dudarlo, se lo llevó a la boca y gimió ante el sabor de él, picante y cálido y todo hombre. Su olor la envolvió, llenó sus fosas nasales hasta que se deliró con eso. Su propia lujuria crecía mientras lo trabajaba.

“Más lento, mi señora,” le ordeno y sostuvo su cabeza para estabilizarla. “A ese ritmo no duraré otro segundo.”

Él guio suavemente su cabeza, sus dedos sosteniendo su cabello hacia atrás mientras la observaba. La forma en que la miraba, como si ella lo fuera todo para él, como si pudiera manejar algún tipo de magia sobre su ser y brindarle el mayor placer imaginable, la llevó al borde de su propio clímax.

“No de esta manera,” dijo y se sacó de su boca, dejándola gimiendo por la pérdida que sentía. “Ha pasado demasiado tiempo.”

Él la tenía de pie y apoyada contra la pared antes de que ella supiera lo que estaba haciendo. Buscó a tientas el botón y la cremallera de sus pantalones, pero lo resolvió y se los quitó, ropa interior y todo. Rosie ayudó a patearlos cuando se dio cuenta de lo que estaba haciendo y, con las manos en el trasero, la levantó hasta que pudo envolver sus piernas alrededor de su cintura.

Con la pared en su espalda para apoyarse, Alex enterró su polla dentro de ella hasta la empuñadura. Rosie envolvió sus brazos alrededor de sus hombros y apago su grito de puro éxtasis en su cuello. La sensación de él, profundo y duro, mientras conducía hacia ella, era tan intensa que le salía lágrimas de los ojos.

Empujo contra ella fuertemente, con su espalda golpeando la pared con cada empuje, causando que una de las piezas de arte enmarcadas cayera y se rompiera. Pero ni siquiera eso fue suficiente para detenerlos.

Rosie llegó al cielo, montando olas de éxtasis más altas de lo que había experimentado en su vida. Y entonces ella lo sintió. Alex se estaba desvaneciendo otra vez, tal como lo había hecho cada vez que habían tenido relaciones sexuales. Ella lo abrazó, deseando que se quedara. Deseando que su propia fuerza y esencia vital lo llenara.

“Quédate conmigo, Alex. Aférrate a mí. No me dejes ir. Quédate,” le rogó.

Y él lo hizo. Alex se estremeció y se vertió en ella mientras gritaba su nombre y la besaba, un beso destinado a anclarlo, un beso destinado a aguantar

todo su ser.

Rosie se deslizó por sus piernas, el sudor aferrándose a ella y el olor de su amor espeso en el aire. Apoyó la frente en su pecho mientras él se posaba contra la pared.

“Todavía estás aquí,” dijo ella.

“Te sentí, Marie. Sentí que tu fuerza vital me mantuvo aquí.” Él besó la parte superior de su cabeza y ella vio que, aunque finalmente había alcanzado su propia liberación, ahora se estaba desvaneciendo. “*Je t’aime, Marie*. Dime que me amas. Necesito escucharlo. Por favor.”

“Yo...” comenzó ella, pero él ya había desaparecido de nuevo en su prisión dorada.

CAPITULO 11

Lunes...

“El buzón al que ha llegado está lleno y no puede aceptar mensajes nuevos. Por favor, intente su llamada de nuevo más tarde.”

Rosie se sentó en su cama, el reloj de bolsillo a su lado como siempre, mientras las lágrimas corrían por sus mejillas en un flujo constante que no se había detenido desde que Alex había desaparecido la noche anterior. Qué desastre era ella. Necesitaba desesperadamente una amiga.

Marcó el número del correo de voz del teléfono celular de su hermano, le puso el pin cuando se le pidió, procedió a borrar todos los mensajes no escuchados que había dejado en las últimas semanas y luego volvió a marcar su número.

“Sabes qué hacer, así que hazlo ya.” *Pitido.*

“Oye, Mike, soy yo otra vez.” Hizo una pausa para soltar un sollozo que había ahogado sus palabras y limpiarse el moco de la nariz. “Creo que cometí un gran error. Yo... creo que me enamoré de un chico que también me va a dejar. No hay nada que pueda hacer y me siento tan indefensa y mientras me siento aquí llorando como una idiota, él trata de ser fuerte, ¡aunque él es el que va a morir! Bueno, él ya está muerto, pero creo que algo aún peor le va a pasar.

“Mike, si escuchas este mensaje, por favor, te lo ruego, ayúdame. Ayudar a Alex. Ayúdanos a los dos. Pero tienes razón, necesito sacar mi trasero de la cama y hacer lo que pueda. Esto es ridículo. Nunca he sido de las que andan lloriqueando. No lo haré, me niego a dejar que esa maldición me lo quite. ¡Simplemente no me lo quitaran!” Golpeó la cama enojada, sus lágrimas de dolor convirtiéndose en lágrimas de absoluta furia. “Está bien, Mike, gracias. Te llamaré más tarde. ¡Te amo!”

Al sentirse nuevamente revitalizada por la indignación de que alguien se atrevería a maldecir a Alex, hizo un plan de acción y se preparó para el día. Primera parada, ayuntamiento.

Bajó corriendo las escaleras y se detuvo momentáneamente para saludar a los otros huéspedes que se encontraban en la sala de estar y en el área de desayuno. Ella notó que parecían mirarla de esa manera sabia y sintió que sus mejillas ardían. Seguramente habían escuchado el alboroto, los gritos de placer y, definitivamente, la imagen devastadora.

“¿Te unirás a nosotros para el desayuno, señorita Clarke?” preguntó Catherine saliendo de la sala de desayunos.

“No gracias. Tengo algunos recados que hacer.”

“¿Señorita Clarke?” Catherine la detuvo antes de salir por la puerta principal.

“Sí.”

“¿Te gustaría que el servicio de habitaciones ayude a limpiar el... vidrio?”

¡Dios mío, habían oído! Rosie tragó saliva y asintió con la cabeza, sí, antes de completar su camino de vergüenza por la puerta.

Una vez afuera paró un taxi.

“¿A dónde?” preguntó el conductor y ella reconoció de inmediato la voz.

“¡Tienes que estar bromeando!”

“¡Tú!” acusó él. “No, no, no. Tienes que salir y encontrar a alguien más,” dijo sacudiendo la cabeza.

“Escucha, amigo, no tengo tiempo para esta mierda. Solo llévame al ayuntamiento y no te molestare me.”

“Está bien.” La llevó allí en silencio, aunque la miraba por el espejo retrovisor como si esperara que ella hiciera algo que le diera crédito a su idea de que estaba loca.

“¡Boo!” le dijo haciéndole burla y él pisó el acelerador para llevarla a su destino en menos de cinco minutos.

Una vez allí, una mujer ayudó a señalarla en la dirección correcta. Pasó la mayor parte de la mañana revisando censos y registros de viviendas que no tenían ningún sentido para ella. Podrían haber sido escritos en chino o francés, por lo que ella entendía.

Alex se mostró una vez mientras ella estaba allí, pero no se demoró y ella pensó que tenía algo que ver con el hecho de que no había nada que pudiera hacer para ayudarla de todos modos. Bien, podría guardar su fuerza para más tarde.

Dejó el ayuntamiento sin más información de la que había empezado acerca de Lammert Dubois, que era absolutamente nada. Su siguiente parada era la biblioteca. Una mujer allí le había ayudado a desenterrar información sobre Eric Mercier no hace mucho. La mayoría eran rumores y recortes de periódicos, pero esperaba poder encontrar algo sobre Alex o Lammert.

Betsy estaba sentada detrás del mostrador de madera cuando Rosie entró.

“Oh, hola otra vez, señorita...”

“Señorita Clarke, pero puede llamarme Rosie.”

“Bienvenida de nuevo, Rosie. ¿Estás aquí de nuevo para obtener más información sobre la familia Mercier? Espero que lo que te di fuera útil.”

“Oh, sí, muchas gracias. Fue muy útil.” Tan útil que la ayudó perder a su mejor amiga, pensó. “Bueno, en realidad estoy aquí por otra razón. He estado tratando de encontrar información en línea sobre la familia Boisclair, pero no he podido obtener nada. Tenían una compañía llamada Boisclair Trade, creo, a principios de la década de 1820.”

Betsy tomó notas sobre todo lo que Rosie necesitaría. “¿Eso sería todo?”

“Hay una cosa más. También estoy buscando una familia Dubois, descendientes de Lammert Dubois. Fui al ayuntamiento para intentar averiguar si todavía están cerca, pero para ser sincera, no sabía lo que estaba haciendo.”

“Muy bien. Veamos qué podemos encontrar.” Betsy desapareció durante tanto tiempo que Rosie se preguntó si algo le había pasado. Cuando regresó, tenía diez rollos de película, que colocó sobre una mesa al lado del espectador. “Estos son periódicos correspondientes al período de tiempo que me diste y que no se han cargado en nuestros archivos en línea. Mientras miras a través de ellos, yo puedo revisar los que están en línea. Aunque para ser honesta, creo que puedes tener mejor suerte tú ya que todavía no acabamos de agregarlos a la base de datos electrónica. Mientras estoy en ello, verificaré acerca de la familia Dubois. Conozco bastante bien los registros del ayuntamiento.”

Rosie miró a la mujer mayor con asombro. Se oía tan experta en tecnología.

Se pusieron a trabajar. Fue largo y tedioso e increíblemente aburrido, pero se mantuvo firme, revisando con detalle cada página. No podía permitirse perder ni siquiera la cosa más pequeña que podría llevar a una respuesta.

Dos horas en la búsqueda y Betsy llegó a la mesa con malas noticias.

“No pude encontrar a ninguno de los descendientes de Lammert. Es posible que nunca haya tenido hijos, o se extinguieron.”

El corazón de Rosie se hundió. Había puesto la mayor parte de sus huevos de esperanza en esa canasta. “Gracias, Betsy.”

Al verla tan aplastada, la anciana apretó su mano con simpatía. “No te des por vencida. Seguiremos buscando.”

Rosie asintió y volvió a su trabajo. Parecía que pasaban las horas, escuchaba a la gente ir y venir, abrir y cerrar libros, pero no podía alejarse de la investigación que podría salvar a Alex.

Se frotó los ojos para aclarar su visión borrosa cuando finalmente tropezó con un artículo que llamaba la familia Boisclair. Estaba tan emocionada que casi saltó de su silla y gritó, pero su entusiasmo duró poco cuando en realidad leyó lo que decía.

“Alexandré Boisclair fue encontrado muerto a manos de su inquilina, *mademoiselle* Marie Adrienne Jolivet.”

Rosie sacudió la cabeza negando lo que estaba leyendo. ¡Esto no podría ser! Marie nunca hubiera hecho algo tan horrible. ¿Oh si lo haría? ¡Maldición! Si realmente era Marie, ¿por qué no podía recordar algo, cualquier cosa que ayudara?

“¡Esto tiene que ser un error, lo tiene que ser!” se dijo a sí misma. La señora sentada a su lado rápidamente recogió sus cosas y se dirigió a otra mesa. A Rosie no le importaba; no tenía tiempo para preocuparse de si estaba asustando a la gente o no.

Renovó su búsqueda de algo más, algo que exoneraría a Marie. Ella tenía que haber sido enmarcada. Sus ojos volaron por la pantalla mientras veía página tras página, luego volvieron a mirarla hasta que encontró lo que estaba buscando. Solo que no era lo que ella quería encontrar en absoluto.

CAPITULO 12

Nueva Orleans, 27 de noviembre de 1822...

La cuadrilona Marie Adrienne Jolivet, encontrada muerta!

Marie Adrienne Jolivet, mejor conocida por su participación en la desaparición de Alexandre Boisclair, fue encontrada muerta esta mañana por el guardia de día en la cárcel donde esperaba juicio. Paul, el joven, encontró a la difunta en su celda, aunque no se sorprendió en lo más mínimo ya que la asesina no había bebido ni comido en días.

No hace falta decir que sus acciones solo confirmaron su culpabilidad, y su cuerpo será eliminado de una manera acorde con su crimen.

Aunque todos estamos tristes por la pérdida de uno de nuestros ciudadanos más respetados, todos podemos respirar aliviados ahora que se ha hecho justicia.

“La cosa va de mal a peor,” le dijo a nadie en particular.

“¿Pudiste encontrar algo?” Betsy le preguntó desde atrás, sorprendiéndola con su presencia. “¿Estás bien?”

Rosie se llevó una mano al pecho para calmar su corazón. “Lo siento Betsy, me asusto mucho. Si encontré algo. ¿Me puede mostrar cómo imprimir esto?”

Betsy imprimió los artículos que había encontrado y compartió sus propios hallazgos con ella, que eran completamente irrelevantes para Rosie. Era un censo y registros de propiedad de la familia Boisclair, documentos que mostraban el cierre de Boisclair Trade y algunas de las propiedades de Alex.

Rosie metió las impresiones en su bolso y se fue. Ya había perdido un día entero y no había encontrado nada que pudiera ayudar. En todo caso, sentía que había empeorado las cosas. Había descubierto que Marie había sido la arrestada por el asesinato de Alex. No quería creerlo. No podía creerlo. Si Marie realmente lo hubiera amado, entonces no habría hecho tal cosa.

La propia Rosie nunca podría hacerle algo así a otro ser humano. De repente, deseó que Alex nunca hubiera plantado esa semilla en su cabeza de que pudiera ser Marie reencarnada. Rosie se preguntó si podría volver a creer con vehemencia que era Rosie. Sólo Rosie.

Pero ¿y si Marie no hubiera amado a Alex? ¿O qué si ella hubiera sido lastimada hasta el punto de la locura? Si Marie fue la que mató a Alex, entonces ella también podría haber sido la que lo maldijo. Solo había una forma de averiguarlo.

Compró una navaja de afeitar y alcohol en la farmacia local y regresó a la casa de huéspedes para realizar su experimento. Esperaba que Alex no apareciera y la obligara a explicar sus hallazgos.

Se paró en el fregadero y sacó sangre de su pulgar. Sin estar segura de cuál sería el resultado que tendría, corrió su sangre sobre la superficie dorada del reloj de bolsillo y esperó. Quería desesperadamente liberar a Alex de la maldición, pero si funcionaba, eso significaba que ella era la que lo había iniciado en primer lugar. No sabía si podría vivir con eso.

Rosie tragó saliva mientras miraba el reloj, su corazón latiendo con fuerza en sus oídos. Esperó, y esperó, pero no pasó nada.

“Alex,” susurró. “¿Estás ahí?”

Él apareció ante ella, sus ojos demacrados, y supo con certeza que no había funcionado. Ella no había sido la que lo había maldecido. Rosie se odiaba

a sí misma por sentirse aliviada por eso, pero había demostrado que tenía razón, nunca podría haber lastimado a Alex, ni como Rosie, ni como Marie.

“¿Encontraste algo?” preguntó él mientras la tomaba en sus brazos.

“No,” dijo Rosie. No sabía por qué mentía, pero temía lo que él podría pensar si él supiera que Marie había sido culpada por su muerte. ¿Y si él lo creyera?

“Está bien, *mon amour*,” le susurró él y ella comenzó a llorar. Lo abrazó con más fuerza, sabiendo que podía irse al día siguiente. Era más de lo que podría soportar. Le había fallado.

Esa noche Alex le hizo el amor. Era un acoplamiento apasionado, desesperado y doloroso. Rosie se aferró a él con todas sus fuerzas mientras él se movía profundamente dentro de ella, esperando contra toda esperanza que pudiera mantenerlo allí para siempre. Que una mera maldición no podía llevárselo.

Pero como siempre sucedía, Alex se fue, chupado por el reloj contra su voluntad.

“Sabes qué hacer, así que hazlo ya.” *Pitido*.

“No puedo respirar, Mike. ¿Por qué duele tanto? No sé si sobreviviré. ¡Estúpida! ¡Soy tan estúpida!”

Colgó el teléfono y se abrazó el pecho mientras se dejó caer de nuevo a la cama. Ella no quería llorar, no otra vez, no así.

Pasaron horas más tarde antes de que Alex reapareciera. Rosie todavía yacía en la cama, su almohada empapada con las lágrimas que no se detenían.

Se sentó en el borde de la cama y la besó ligeramente. “Estoy aquí ahora. No perdamos más tiempo. Hemos cometido ese error en el pasado.”

Rosie asintió y se sentó, limpiándose las lágrimas de la cara con la sábana.

“Di que me amas, *mon amour*,” suplicó, pero ella no podía hacer nada más que mirarlo. ¿Cómo podría ella decirle eso? Ya sentía que no podía respirar ante la idea de perderlo. Si ella cedía ante la sensación que seguía negando, si decía las palabras, moriría cuando él se fuera. Alex sonrió, pareciendo entender su confusión interna.

“¿Cómo te sientes?” preguntó Rosie.

Alex se encogió de hombros. “No importa,” respondió. Caminó por la habitación y sonrió como si recordara los muchos momentos de felicidad que había tenido allí. “Estabas hablando con alguien antes.”

“Sí. Mi hermano,” dijo.

“Vi una fotografía en tu sala de estar de un hombre con ojos como los tuyos. ¿Es tu hermano?”

“Sí.” Sacó su billetera y dejó su bolso en el borde de la cama. “Este es él,” dijo mostrándole a Alex la fotografía.

Alex tomó la billetera y hojeó las dos fotos que tenía allí. “¿Y ellos quiénes son?” preguntó y señaló a la pareja que les devolvía la sonrisa.

“Esos son mis padres, Mark y Tasha.”

Los ojos de Alex se agrandaron y se veía completamente perplejo con las cejas fruncidas mientras miraba de ella a las fotos. “Pero, pensé.. que eras una cuadrilona.”

Rosie se rio ante su obvia confusión. “No, como puedes ver, mis dos padres eran morenos. Aunque uno nunca se sabe, podría haber habido algún asunto con un hombre o una mujer blanca en el pasado. ¿Es eso un problema para ti, que no soy lo que pensabas?”

“¡No!” dijo sin dudarlo. “No me importaría si fueras púrpura con manchas verdes. Tú eres mi Marie y eso es todo lo que me importa.”

Ella le sonrió, sintiendo lo mismo. Rosie volvió a mirar las caras de sus padres amorosos. “Murieron cuando yo era una niña,” susurró.

“Lo siento,” dijo Alex y tomó su mano.

“Mike tenía solo dieciséis años cuando sucedió. Así que ambos fuimos puestos en cuidado de crianza. No teníamos una familia que pudiera acogernos. Había una pareja interesada en adoptarme, pero no querían a Mike por su edad, así que lo saboté. Cuando Mike cumplió dieciocho años, se hizo cargo de mí. No sé cómo lo hizo, pero fue a la escuela a tiempo completo y trabajó y me cuidó muy bien al mismo tiempo.”

“Suenas como un buen hombre,” dijo Alex y eso calentó su corazón. “¿Dónde está ahora?”

Rosie tragó el nudo que se había formado en su garganta. Había pasado tanto tiempo desde que había hablado con alguien sobre Mike, ni siquiera Selena había logrado que ella hablara. Pero con Alex sintió la necesidad de dejarlo salir, para finalmente liberar el dolor que había estado encerrado en su corazón durante tanto tiempo.

“Cuando me mudé aquí y comencé a enseñar, Mike se mudó a Washington DC y comenzó a trabajar como agente de policía encubierto. Desde que mis padres fueron asesinados por un conductor ebrio, sentía la necesidad de luchar por la justicia. Luchar para proteger a aquellas personas que no podrían

hacerlo por sí mismas. En realidad, él fue el que insistió en que aprendiera a protegerme.” Siempre insistió en enviarla a clases de defensa personal y karate y le enseñó a manejar un arma.

Como si Alex pudiera sentir lo que venía, la abrazó más cerca de él. “Dime, *amour*.”

Rosie sintió que las lágrimas brotaban de sus ojos, sorprendida de que todavía le quedara algo por derramar. Sollozó antes de continuar. “Recibí una llamada telefónica a la media noche hace dos años. Era de su compañero. Me dijo que a Mike le habían disparado durante uno de sus casos. Falleció en camino al hospital.”

“Oh, *mon amour*, lo siento mucho.”

Rosie lloró en su pecho, sollozando y sacudiendo su cuerpo mientras contaba esos momentos de horror al darse cuenta de que la habían dejado sola. “Caminé por horas, aunque ni siquiera recuerdo haber salido de la casa. No creo que haya llorado, solo camine. Tenía muchos conocidos, pero no tenía amigos íntimos y acababa de conocer a Selena, así que realmente no tenía con quién hablar. No podía llamar a nadie y compartir mi pena. Yo no tenía a nadie, Alex. La única persona que amé tanto me dejó.”

“¿Fue entonces cuando terminaste en la playa?”

“Sí. Cuando menos pensé ya estaba allí. Por fin sentí que podía pensar y respirar, ¿sabes? Empecé a ir todas las noches durante semanas. Lo bueno era que él tenía muchos amigos. Ayudaron con el funeral, pero me tocó cerrar todas sus cuentas. Fue entonces cuando me encontré con su teléfono. Todavía tenía su voz en él, y conocía su contraseña de correo de voz porque era la misma que había usado para siempre en todo. Así que nunca lo apagué. Lo he estado pagando desde entonces y solo le dejo los correos de voz. Sé que suena ridículo, pero de alguna manera siento que él los oye. Como si pudiera escucharlos donde sea que esté, incluso si no siempre puede responderlos.”

“No suena ridículo. Estoy seguro de que él puede oírte.”

Tal vez eso era lo que más le molestaba sobre la situación de Alex, no sabía a dónde iría, si quedaría algo de él para escuchar sus mensajes.

Se sentaron por un largo rato, con la cabeza apoyada en su hombro, mientras pensaba en las personas que había perdido y en la persona que pronto se iría.

Alex no podía evitar sentirse culpable por dejar a Rosie atrás, incluso si era contra su voluntad. Él la había empujado egoístamente a decirle que lo

amaba, y aunque todavía no lo había dicho, sabía que lo hacía. Y ahora la dejaría sola de nuevo.

Si solo hubiera sabido de su familia antes, de su pérdida, entonces tal vez habría sabido por qué le tenía tanto al amor. Podría patearse a sí mismo por su estupidez. Hubiera preferido que ella no sintiera nada por él, que saber que su dolor sería mucho mayor cuando desapareciera para siempre.

La meció mientras el calor de sus lágrimas penetraba su camisa de lino y empapaba su piel.

Fue entonces cuando miró su bolso, que ella había dejado a medias al pie de la cama. No había querido espiar sus artículos personales, pero algo escrito en una hoja de papel blanco llamó su atención. No podía verlo todo ya que estaba doblado por la mitad, pero podía ver lo suficiente como para saber que se trataba de él.

“¡Hijo del célebre constructor de barcos, Rodolphe Boisclair, encontrado muerto!” decía.

Moviéndose hacia adelante, sacó la hoja de su bolso y comenzó a leer. Rosie pareció tardar un segundo en comprender lo que había hecho, pero cuando lo hizo, se apresuró a tomar el papel de sus manos.

“¡Alex, no!” gritó y lo alcanzó, pero él se levantó y lo sostuvo por encima de su cabeza.

Leyó los dos artículos escritos después de su muerte. Su mirada se posó en la de ella, pero en realidad no la estaba mirando. De hecho, no estaba mirando nada en absoluto, sino a los recuerdos que se arremolinaban dentro de su cabeza. Intentó recordar algo que le decía que la acusación era una mentira, pero todo lo que podía recordar era la expresión de dolor en los ojos de Marie ese día antes de irse. ¿O había sido la ira?

El dolor atravesó su corazón cuando sus ojos finalmente se enfocaron en los de ella.

“¿Por qué?” preguntó.

Ella agarró su brazo, sus pequeñas uñas clavándose en su piel mientras suplicaba. “No lo creas, Alex. ¡No es verdad!”

Pero él estaba demasiado cegado por el dolor como para oírla. Marie lo había matado, lo había maldecido a un reloj que no solo acabaría con su vida, sino también con su alma. Se había equivocado, ella no lo había amado. Tal vez incluso lo odiaba por atarla, manteniéndola prisionera en un sistema por el que estaba disgustada.

Sordo ante sus ruegos, Alex se desvaneció. Él preferiría ser un

prisionero al reloj por toda la eternidad, que esclavo a su belleza letal ni un momento mas.

CAPITULO 13

Martes...

Se sentó frente a la chimenea de la sala de estar y se miró las manos con horror. Sangre. Había mucho sangre. Cubría el suelo, sus manos, su vestido y la daga que sostenía.

¿Por qué había tanta sangre?

Miró hacia abajo una vez más y lo vio tendido allí en un estanque carmesí. Ella gritó, su rostro contorsionándose con puro horror por lo que vio. Era Alex acostado boca abajo, con la cabeza girada hacia ella. Sus ojos estaban vidriosos y sin ver. Estaban desprovistos de vida, desprovistos de alma.

Gritó y cerró los ojos para apagar la terrible escena mientras negaba con la cabeza. “¡No, no, no!”

“¡Señorita Clarke! ¡Señorita Clarke! ¿Estás bien?”

Rosie se despertó sobresaltada por los golpes en la puerta. Se había quedado dormida después de rogarle a Alex por horas que saliera y hablara con ella. Ya era de mañana. Entrecerró los ojos ante la luz gris que se filtraba a través de los paneles transparentes en las puertas francesas, encontrando la luz demasiado brillante a pesar del día sombrío.

Se paró aturdida y abrió la puerta para encontrar a Catherine con una expresión de preocupación en su rostro. “¿Estás bien, señorita Clarke? Te escuche gritar. Estaba a punto de derribar la puerta.”

“Si, si. Lo siento, Catherine. Debo haber tenido una pesadilla.”

Catherine asintió y se fue, aunque miró hacia atrás varias veces mientras se alejaba, claramente sin saber si Rosie estaba diciendo la verdad o no.

Pero la verdad era que Rosie si estaba viviendo una pesadilla. Solo que no era un sueño, era real. Ahora sabía que era Marie y que lo que había tenido era en realidad un recuerdo. Recordó haber sostenido el cuchillo. Recordó a Alex muerto a sus pies. Podía negarlo todo lo que quería, pero al final todo apuntaba hacia ella. Era responsable de su muerte, y solo había una manera de que pudiera comenzar a compensar un crimen tan abominable.

Rosie sabía que era temprano, la mayoría de las tiendas que pasaba aún estaban cerradas, pero se estaba quedando sin tiempo.

Toco la puerta de la pequeña tienda con el vidrio oscuro en la calle Chartres. El niño pequeño, el que ella había visto comer con su familia, le abrió la puerta. Sus ojos dorados la miraron con lástima, como si supiera por qué estaba allí, y ella se preguntó cuántos años tenía realmente.

Rosie lo siguió a través de la tienda vacía y a través de la cocina de estilo comedor, a la sala de estar. Caminaron en un pesado silencio y ella se sintió como una reclusa en el corredor de la muerte, caminando hacia su final.

Entró en la sala de estar y vio que el abuelo Tasse estaba sentado en el mismo sillón reclinable de color burdeos y miraba el canal del tiempo con una sonrisa desdentada.

“Voy a conseguir a *Mémé*,” dijo el joven.

Rosie se sentó y observó el sombrío pronóstico junto con *Grand-père* Tasse durante unos minutos hasta que entró Dania, con la misma mirada de complicidad en su rostro.

“Necesito su ayuda,” dijo Rosie.

Dania asintió. “Quieres tomar su maldición por ti misma.” No era una pregunta, sino una afirmación.

“Sí. ¿Me puedes ayudar?”

“Tomará un par de horas. Apenas vamos a tener tiempo, pero haré que mi familia me ayude. ¿Estás segura, Rosalie, de que esto es lo que quieres?”

Rosie no dudó. “Sí.”

“Muy bien. Lo arreglaré todo. Solo espera aquí hasta que regrese. Necesito el reloj.” Rosie separó la cadena de sus pantalones y se la entregó. “¿Tienes algún asunto que necesites poner en orden?”

“¿Me voy a morir?” preguntó Rosie.

“No puedo estar segura de lo que sucederá, pero mi sensación es que la maldición está destinada a consumir el alma de Alexandré. Si ese es el caso, entonces será tu alma la que se consumirá una vez que transfiramos la maldición.”

“Lo que significa que voy a morir,” dijo Rosie. “No tengo ningún asunto para poner en orden.” No tenía a nadie de quien despedirse, y ciertamente no iba a llamar a las compañías de tarjetas de crédito.

La espera fue peor que la decisión real de intercambiar lugares con Alex. Estaba cada vez más ansiosa mientras paseaba por la sala de estar. El abuelo de Dania sonreía cada vez que lo miraba y Rosie se preguntaba exactamente cuánto estaba pasando realmente en la cabeza del hombrecito.

Era casi mediodía antes de que Dania entrara a buscarla. “Estamos

listas.”

Rosie cerró los ojos y respiró hondo para calmarse. Tenía miedo, pero sabía que esto era algo que tenía que hacer.

Dania la llevó a una habitación trasera donde su madre, sus dos hermanas y su hija ya esperaban mientras formaban un círculo y cantaban suavemente. El cuarto estaba poco iluminado por unas cuantas velas esparcidas, el aroma de hierbas y especias llenando el aire. Había un altar en un extremo de la habitación donde unas cuantas velas encendían una estatua de lo que Rosie solo podía suponer que era una deidad de ellos. El reloj estaba ante él.

Dania la sentó ante el altar. “Rosalie, hay espíritus a nuestro alrededor. Son buenos espíritus aquí para ayudarnos. Debes decir claramente que esto es lo que quieres.”

“Esto es lo que quiero,” confirmó Rosie. “Quiero liberar a Alex de la maldición, incluso si eso significa que debo asumirla.”

De inmediato, el canto detrás de ella se hizo más fuerte, más excitado, y la atmósfera tan espesa que ella juró que podía sentir los espíritus que llenaban la habitación. Pero no estaba asustada. El canto de las mujeres Tasse era hermoso, calmante y la presencia de los espíritus fortaleció su resolución.

Dania colocó una mano sobre su pecho y la otra sobre el reloj. Cerró los ojos y se unió a sus hermanas en una canción. Rosie sintió que comenzaba una corriente en el punto de contacto de su pecho, una corriente que parecía drenarla, jalar de su fuerza vital y verterla en el reloj.

A medida que se acercaba la hora del mediodía, supo que estaba a unos momentos de la muerte, pero sonrió. Al sacrificar su alma, Alex sobreviviría.

Alex estaba en la oscuridad que era su prisión. Sabía que no tenía más tiempo, podía sentir que su alma disminuía con cada segundo que pasaba.

No importaba. Nada importaba ahora. Incluso el tormento del reloj no era nada comparado con la agonía de saber que la mujer que había amado más que la vida, lo había traicionado.

¿Por qué? ¿Cómo pudo haberle hecho esto? Ciertamente, nunca había admitido sus sentimientos por ella, ni siquiera por sí mismo, pero seguramente había sido bueno con ella. Él había pagado por la casa de su madre, las había mantenido cómodas. Le había dado todo lo que pudo, incluso a sí mismo sin darse cuenta.

Intentó de nuevo recordar los acontecimientos de los últimos días, de esa noche. Era una imagen borrosa, solo fragmentos y piezas sin sentido.

Alex recordó haberla dejado el día anterior. Ella lo había mirado como si quisiera decir algo, pero había cambiado de opinión. ¿Pero entonces, qué?

Vagamente podía recordar a Edmée, con su vestido de novia en la catedral de Saint Louis. Sí, lo recordaba. Luego corría por las calles. Alex se esforzó por recordar el resto y se dio cuenta de que iba a volver. En pedazos, fragmentado, pero definitivamente estaba volviendo.

Había un espejo, el que colgaba sobre la chimenea en su casa y la de Marie. La había estado buscando y gritó su nombre, pero no hubo respuesta. Entonces vio una figura en el espejo. ¿Quién fue? Estaba tan oscuro, tan borroso, pero si lo intentaba un poco más fuerte... La cara se reunió en su mente un momento antes de ver una daga volar, y luego no hubo nada más, solo la encarcelación del reloj.

Todavía se estaba recuperando de la conmoción por el descubrimiento cuando sintió a Rosie. Él siempre había podido sentirla, cuando ella quería verlo, cuando estaba triste o feliz. Ahora, ella estaba en peligro. Se estaba muriendo.

“¡No!” gritó en silencio.

Estaba débil, demasiado débil. Sintió que la desesperación lo consumía sabiendo que no podía hacer nada para ayudarla. Pero justo cuando se había rendido, comenzó a sentirse fortalecido, y el control del reloj se debilitó. Al principio se emocionó y se preguntó si tal vez la maldición hubiera sido levantada, pero luego recordó lo que había dicho la sacerdotisa y supo lo que estaba sucediendo. Rosie se estaba sacrificando por él.

Alex cerró los ojos y rezó por fuerza. Con todas sus fuerzas, empujó a través de la celda que lo sostenía y con un poderoso rugido se encontró en una habitación llena de mujeres cantoras, Dania y Rosie sentadas ante un altar.

“¡No!” Se precipitó hacia las dos mujeres que lo habían mirado, sorprendidas. Los ojos de Rosie estaban muy abiertos y completamente desprovistos de color. El blanco de sus ojos parecía haber invadido sus iris. Arrojó su cuerpo sobre ella y la empujó lejos del altar. Aterrizaron en un montón junto a la pared, pero cuando ella se enderezó y lo miró, él pudo ver el verde gris de sus ojos una vez más.

“¡Alex, gran estúpido! ¿Sabes lo que acabas de hacer?” preguntó enojada.

“Marie, no fuiste tú. ¡No fuiste tú!” le dijo.

“Pero lo vi en mi sueño,” respondió ella.

“*Non, mon amour*, fue...” comenzó, pero no pudo terminar, porque en ese momento el reloj terminó su cuenta regresiva mortal, y la maldición que

lentamente había estado devorando su alma se lo tragó por completo, y Alexandre Boisclair ya no era más.

Rosie se sentó en el suelo en un silencio estupefacto. Miró a las mujeres Tasse y ellas la miraron con lástima.

“Rosalie,” Dania comenzó, pero Rosie levantó la mano para silenciarla y negó con la cabeza.

“No. ¡No, no, no! Esto no está sucediendo. ¡Esto no está sucediendo!” Se apresuró hacia la mesa que sostenía el reloj dorado y lo levantó. “Alex! Alex! ¡Por favor, no hagas esto, oh Dios mío, por favor!” Lo abrió, le gritó, lo golpeó contra la mesa, pero no pasó nada.

Las mujeres observaron a Rosie que gritaba y gritaba en profunda pena.

Pero sin importar lo que hacía, no pasaba nada. No fue hasta que se agotó que se recostó y se llevó el reloj a su corazón. Estaba vacío, esto lo sabía con certeza. Yacía contra su pecho, una cosa fría sin alma. Esa corriente eléctrica que siempre había sentido cuando lo sostenía se había ido. Alex se había ido.

“¿Qué pasó?” preguntó, con los ojos completamente secos. Estaba demasiado enojada para llorar, enojada con el mundo, consigo misma y, sobre todo, con Alex, por haber interrumpido la transferencia de la forma en que lo hizo. Había arruinado su única oportunidad.

“Él interrumpió el proceso,” explicó Dania.

“Y así es como todo se acabó.” Estaba sola otra vez, pero esta pérdida no se parecía a ninguna otra. Amaba mucho a su familia, pero perder a Alex fue un golpe de muerte para ella. Rosie sabía que no lo sobreviviría. Ya estaba muerta por dentro.

“¿Como sigue?”

“Igual. No ha tocado su comida o agua.”

“¿Deberíamos llevarla a un médico? Han pasado casi dos días. Tengo miedo por ella.”

“Vamos a darle hasta mañana. Quizá con un poco más de descanso.”

Rosie podía escuchar las voces a través de la puerta cerrada de la habitación en la que la habían acomodado. Sabía que estaban preocupadas por ella, pero no había nada que pudiera hacer. Se sentía tan hueca por dentro mientras yacía en la oscuridad sobre la cama gemela con forma de automóvil que obviamente pertenecía al nieto de Dania.

Le habían traído comida y bebida, pero su cuerpo no podía soportar la

idea de alimentarse. Ella estaba muerta por dentro.

Una y otra vez repitió todos los momentos que había pasado con Alex. Siempre le pedía que dijera las palabras, pero temía que lo que ella sentía no fuera real. ¿Cómo podría amar a alguien que solo había conocido por días?

Más que eso, tenía miedo del dolor que sentiría cuando él se fuera. Y había tenido razón. El dolor en su corazón era mayor de lo que jamás había pensado que podría soportar y tuvo que preguntarse cómo era posible que todavía estuviera latiendo.

Debería haberle dicho. Debería haberle dicho, ¡maldita sea! Eso fue todo lo que le había pedido y ahora se había ido y ella nunca le dijo cómo se sentía. Qué cobarde había sido.

Rosie estaba cansada, demasiado cansada para pensar y muy débil. Cerró los ojos y pidió que el sueño la alejara del oscuro abismo en el que se había convertido su mundo.

“¿Hola? ¿Hay alguien allí?”

Estaba de pie en medio de una densa niebla blanca que consumía todo lo que la rodeaba. Caminó varios pasos en diferentes direcciones, pero no pudo ver nada, excepto la niebla misteriosa que se arremolinaba alrededor de su cuerpo. Era casi como si fuera una entidad propia.

Habría estado aterrorizada por la presencia que sentía con ella, pero algo le aseguraba que estaba a salvo.

Se quedó quieta y esperó algo, aunque no sabía qué era. Ante ella los zarcillos de niebla comenzaron a separarse cuando la figura de un hombre se le acercó. Era alto y muy delgado, con una hermosa piel oscura y ojos que emitían un cálido resplandor ámbar.

Rosie entrecerró los ojos para ver mejor al hombre guapo a través de la niebla.

“¿Mike?” preguntó. Su corazón saltó ante la idea de ver a su hermano una vez más, pero cuando la alcanzó, vio que no era él en absoluto. De hecho, no era ni alto ni delgado, sino muy pequeño y frágil, con ojos nublados y una sonrisa desdentada. “¿Grand-père Tasse?” preguntó ella.

Él le tomó la mano y sintió que el calor de su piel se perforaba mientras viajaba a través de su cuerpo. Era aterrador, pero permitió que su mano permaneciera sobre la de ella mientras cerraba los ojos y susurraba.

“¿Qu'est-ce que ti ressens pour lui, mon petit?” preguntó con voz ronca y grave.

“Lo siento, no entiendo el francés,” dijo.

Preguntó de nuevo, pero esta vez se dio cuenta de que había entendido cada palabra. “¿Qué sientes por él?” él había preguntado. Abrió los ojos y miró profundamente a los suyos, y mientras lo hacía, las nubes sobre su iris se disiparon, dejando tras de sí charcos de oro hipnótico.

No tuvo que preguntar a quién se refería y, sin dudar, respondió. “Lo amo.”

El asintió. “Bon,” dijo. “L’amour est la seule puissance qui va le sauver maintenant.” Sólo el amor puede salvarlo ahora.

Ella frunció el ceño ante sus palabras. “No entiendo.”

“¿Qué darías a cambio de su vida?” preguntó el señor.

“Cualquier cosa. Yo daría mi propia alma.”

El abuelo Tasse asintió, bajando la cabeza y le susurró al oído. “Recuerda esto, hija mía, y presta atención a mi advertencia. Un alma no puede existir en dos lugares al mismo tiempo. Debes darte prisa, Rosalie Clarke, para que no consuma tu alma antes de que completes tu tarea.”

“¿Darme prisa con que tarea? ¿Quién va a consumir mi alma?”

“Bueno, Marie, por supuesto.” Le besó la mejilla y un escalofrío le recorrió la espalda. “La sangre del verdadero tiene que ser sacrificada. Sangre, Rosalie, solo la sangre desatará el alma.” Comenzó a cantar mientras se alejaba de ella, una canción que no podía entender pero que sabía, sin embargo, que poseía una poderosa magia solo para ella. Miró mientras su forma desaparecía dentro de la densa niebla, pero aún podía ver el brillo de sus ojos y todavía podía escuchar el canto antinatural. La canción se hizo más y más fuerte hasta que se tapó los oídos para ensordecer el sonido, pero incluso entonces podía escucharlo alto y claro, ya que la canción ahora era parte de ella, un hechizo en su alma.

Gritó y corrió y se cayó de la cama cuando se despertó del sueño escalofriante.

Tan cansada como estaba, Rosie no podía volver a dormirse después de ese sueño inquietante. Se levantó y se dirigió a la cocina donde Dania y su hermana estaban preparando el desayuno.

Dania le sonrió en bienvenida. “Estoy muy contenta de verte esta mañana,” dijo. “¿Te gustaría comer algo?”

El estómago de Rosie gruñó mientras el olor a tocino y huevos flotaba hacia ella. ¿Cómo podría tener hambre en un momento como este? Se sentía

culpable de pensar en comer cuando acababa de perder a Alex.

Dania debió haber visto la confusión dentro de ella porque la ayudó suavemente a sentarse en una silla de vinilo rojo brillante. “¿Por qué no te hago algo muy ligero? Han pasado días desde que comiste y no queremos darle una sacudida a tu sistema.”

“Tengo hambre, pero no sé si puedo comer.”

“Por supuesto que puedes. Además, vas a necesitar la energía hoy.”

Dania se puso a trabajar antes de que Rosie le preguntara qué quería decir. La puerta entre la cocina y la sala de estar se había dejado abierta y Rosie podía ver al abuelo Tasse sentado en su sillón reclinable mirando el canal del clima. Él sonreía mientras lo hacía y Rosie no pudo evitar recordar lo que había pasado en su sueño.

“Aquí tienes,” dijo Dania sorprendiendo a Rosie. Le colocó en un plato pequeño con dos huevos escalfados encima de una tostada y un vaso de jugo de naranja.

“Gracias.”

El resto de la familia Tasse entró a la cocina mientras comía sus huevos y tostadas y se sentaban a su alrededor. Todos sonrieron y conversaron alegremente, lo que a su vez la hizo anhelar a su propia familia. A Alex.

Una vez que terminó de desayunar, se preparó, duchándose y vistiéndose con un nuevo cambio de ropa que una de las mujeres había adquirido de su habitación en la casa de huéspedes en la calle Orleans.

“Creo que es hora de que me vaya. No me queda nada por hacer aquí. Gracias por todo, Dania.”

Dania la miró con una especie de complicidad y Rosie no estaba segura de qué hacer, pero le sonrió y la abrazó.

Cuídate, Rosalie.

“Lo haré.” Miró al anciano en el sillón reclinable. “Adiós, *Grand-père* Tasse,” dijo, pero él simplemente miró hacia adelante.

“Todavía no ha encontrado su audífono,” ofreció Dania.

Dania acompañó a Rosie a la puerta que conducía a la tienda vacía y la mantuvo abierta para ella. “Gracias de nuevo, Dania.”

Mientras caminaba por el umbral de la cocina a la tienda en Chartres Street, Dania dijo una última cosa que detuvo a Rosie. “No lo olvides, *mon enfant*. Debes apresurarte con tu tarea, no sea que ella consuma tu alma.”

Si ella hubiera podido, habría girado alrededor de donde estaba, le habría preguntado a Dania qué quería decir. Pero Rosie no podía hacer tal cosa.

Su cuerpo estaba completamente congelado en su lugar, no podía moverse, respirar, gritar.

Un silencio casi insoportable la rodeó, y luego el aire fue expulsado de sus pulmones y sintió que el suelo cedía bajo sus pies. Rosie entró en pánico, pero no pudo hacer nada más que escuchar el canto en su cabeza cuando comenzó una vez más, el mismo de su sueño.

Sintió un grito de terror, lo escuchó en su cabeza, mientras su cuerpo se movía y se contorsionaba. La estaban apretando y estirando, y justo cuando pensó que ya no podía aguantar más, el mundo se enderezó nuevamente y cayó hacia adelante, con la cara aplastada al seno de una confiada ciudadana del siglo XIX.

CAPITULO 14

Barrio Francés, Nueva Orleans 1822...

“Alexandré?”

Alex estaba de pie junto a la puerta abierta de su casa mientras los sirvientes sacaban lo último de su equipaje. Había empacado casi todo, notó Marie con un dolor en el corazón que amenazaba con consumirla, pero supuso que él necesitaría la mayoría de sus cosas. Él y Edmée se casarían al día siguiente, después de lo cual la asentaría en Rosabel hasta que terminara su nueva casa en el río.

Pasarían varios meses antes de que ella lo volviera a ver. La noche anterior habían hecho el amor muchas veces. Él la tomó como un hombre enloquecido una y otra vez y ella se preguntó si quizás él sentía la misma angustia que ella al pensar en su partida. ¿Sentía dolor al pensar en casarse con otra mujer que no era ella?

Marie buscó la respuesta en su rostro, pero justo cuando creyó ver un amor en sus ojos que coincidía con el suyo, un amor que había pensado muchas veces haber visto antes, se desvaneció. Sonrió una sonrisa que no llegaba a sus ojos, sino fría y falsa.

“No te preocupes, Marie. Estarás bien. Chris ha accedido a vigilarte todos los días y asegurarte de que estés bien mientras yo esté fuera.”

Como si lo hubiera conjurado, Christophe entró por la puerta y le sonrió cálidamente a Marie.

“Buenos días, *chère*. Te ves muy hermosa hoy,” dijo sobre su mano antes de besarla.

“Gracias, señor. Es bueno verlo otra vez.”

Aunque lo había visto un par de veces, y una vez antes de haber conocido a Alex, no conocía muy bien a Christophe. Lo había atrapado mirándola una o dos veces mientras visitaba a Alex en su casa, pero por lo regular mantenía su distancia. Y ahora Alex la estaba confiando a alguien que era prácticamente un extraño para ella.

Realmente no importaba, pensó. A esa hora mañana, ella y su hermanita Noémie se habrían ido. Aunque ahora tendría que inventar una mentira para decirle a Christophe que le impida informarle a Alex de que había desaparecido.

Alex la tomó en sus brazos y Christophe tosió y se excusó.

“¿Debes irte hoy? ¿No puedes quedarte hasta mañana?”

Parecía dolido cuando respondió. “Tu sabes que no puedo. Tengo demasiados preparativos esta noche.”

Marie asintió y miró hacia otro lado por temor a que él viera la miseria en su rostro. “Está bien.”

Levantó su rostro hacia el suyo y le dio un suave beso en la frente. “Voy a verte pronto. Cuídate.” Con esas últimas palabras que carecían del amor que Marie había esperado sentir, Alex cerró la puerta. Marie se quedó sola en el completo vacío de su feliz hogar.

Alex entró en su carruaje y se sentó frente a Christophe. Apretó sus palmas mientras miraba hacia la casa amarilla que había compartido con Marie. Había sido su hogar.

“¡Mierda!” Maldijo.

“No te preocupes, *mon ami*. La cuidaré bien.”

Alex no se molestó en intentar sonreír. Él sabía que ella estaría bien. No, eso no era lo que lo tenía de tan mal humor. Fue el torbellino de emociones dentro de él lo que hacía. Quería gritar. Gritar y llorar. Se sintió despedazado, destrozado y completamente incapaz de comprender de dónde venía todo.

“No estoy preocupado por eso, Chris.”

“¿Entonces qué te pasa?”

Alex frunció el ceño mientras veía pasar el paisaje desde su ventana abierta.

“Oh ya veo. Finalmente te has dado cuenta de tus sentimientos por ella,” declaró Christophe.

Alex miró a su amigo. “No puedo permitirme el lujo del amor. Tú lo sabes.”

“Y así lo sigues negando. Lo niegas y en el proceso le traes dolor.”

“¿Qué quieres decir con eso?”

“Si no puedes verlo, entonces quizás sea mejor que te cases con alguien tan insensible como Edmée.”

Alex resopló y siguió mirando por la ventana. No quería escuchar a su amigo más, las palabras golpeaban demasiado.

“Lo que dijiste el otro día, Alex, ¿sigue siendo cierto?”

“¿De qué estás hablando?”

“¿Ya no volverás ver a Marie?”

Se tragó un bulto que de alguna manera se había atrevido a formarse en

su garganta. Si había dicho esas palabras exactas. Lo había desgarrado por dentro tomar esa decisión, pero después de lo que su padre había pasado con Cerise, temía el infierno que Edmée traería a la vida de Marie. No quería eso. Pero la idea de no volver a ver a Marie, de nunca estar dentro de su calor, era más de lo que podía soportar.

“Todavía no he hablado con ella al respecto y yo... no creo que pueda mantenerme alejado de ella,” respondió. Christophe asintió y se quedó callada el resto del viaje.

Alex durmió muy poco esa noche. Se paseaba por el estudio de su casa en Rue Bourbon mientras Christophe observaba desde una silla de la esquina en silencio. Estaba ansioso y se sirvió varios tragos llenos de brandy.

“Necesito verla, Chris,” dijo cuando ya no podía soportar su ausencia de su vida.

“No, amigo mío. Debes quedarte aquí. Ya has tomado una decisión y debes atenerte a ella. Recuerda lo que tu familia puede perder si no lo haces. Deja a Marie en paz. Ella estará más feliz por ello.”

Alex se jalo de su cabello en angustia, pero escuchó el consejo de su amigo. Finalmente, se durmió a altas horas de la madrugada sentado en su silla de cuero azul, con la cabeza inclinada hacia el pecho y los pies apoyados en su escritorio de roble.

“Marie,” murmuró en su sueño. “Marie, te necesito.”

La catedral de Saint Louis se llenó al máximo y una multitud de personas se alinearon en la calle, llenando Jackson Square mientras esperaban para saludar a los nuevos novios. Un rugido de aplausos y vítores resonó y casi ensordeció a Alex cuando llegó en su carruaje acompañado por su padre. Rodolphe Boisclair lucía sombrío como siempre mientras hacía los movimientos para apoyar a su hijo en lo que Alex consideraba el día más trágico de su vida.

Levantó la vista hacia el cielo gris oscuro justo cuando una gota de agua gorda caía entre sus ojos y escuchó los primeros retumbos de truenos a través de las nubes. El clima estaba de acuerdo con él.

Alex empujó a través del grupo de personas que se abrieron camino para felicitarlo o darle una palmada en la espalda. Una vez dentro de la iglesia fue escoltado a una habitación trasera para tomar un refrigerio.

La espera hasta la hora de la ceremonia pareció durar para siempre. Fue una eternidad en la que Alex jugó y repitió el recuerdo del rostro de Marie en su mente, su cuerpo, su olor. En su mente, pasó sus manos sobre su suave piel y

escuchó los tonos roncós de su voz seductora, su risa.

“Es hora,” le dijo el padre De Sauveterre.

Como un hombre que caminaba hacia su propia muerte, Alex siguió al sacerdote, con su padre pisándole los talones.

Se paró ante el altar y examinó los rostros de los cientos de personas que habían asistido al evento. Su madre estaba sentada en la primera fila, su expresión presumida y engréida. Claro, había conseguido lo que quería

Sus hermanas, todas acompañadas por sus maridos e hijos, estaban sentadas junto a su madre, pero, a diferencia de ella, todas tenían expresiones de preocupación. Lo conocían bien. Sabían que él sería miserable en este matrimonio. Paulette, la mayor de las chicas, le había escrito y le rogó que reconsiderara su matrimonio. Él era un hombre, después de todo, y no podía ser obligado a casarse, ella había argumentado. Pero Paulette se había equivocado. Si se sentía obligado por el bien de su padre, un hombre que parecía haberlo perdido todo.

La música empezó y Alex se dio cuenta de que la procesión ya había comenzado. Edmée caminó por el pasillo con su brazo a través del de su padre. Llevaba un vestido azul pálido y su largo cabello dorado estaba enrollado con cintas de satén blancas y azules y trenzado en un giro suelto sobre su cabeza. Su piel de marfil brillaba a la luz de la iglesia y su forma justa parecía deslizarse sin esfuerzo sobre los pétalos de rosa rosa que habían sido dispersados para amortiguar sus pies. Era increíblemente hermosa, un ángel descendió del cielo.

Pero no era un ángel el que Alex quería ver caminar por ese pasillo hacia él, sino una diosa pagana con piel oscura y ojos grises y verdes con manchas de oro que lo hechizaban.

Alex se volvió hacia su padre, que estaba detrás de él, y vio su expresión en blanco. Un hombre que parecía haberlo perdido todo. En esa cara vio su propio futuro. Si se casara con Edmée, él también se vería tal como lo hacía su padre ahora.

Su corazón palpité en su pecho y su pierna tembló incontrolablemente. Cuando Edmée se acercó al altar, Alex pensó en Marie. Ella había querido decirle algo antes de que se fuera, de eso estaba seguro. ¿Podría haber sido lo que él pensó que era? ¿Quería ella confesar sus sentimientos por él? ¿Había sido el amor que él había visto en sus ojos?

Sí, lo había sido. Se había ido tan rápido, completamente absorto en su propia miseria, que nunca le dio la oportunidad de decirlo. Ella lo amaba, él lo sabía con cada fibra de su ser. Lo sabía tanto como ahora sabía lo que sentía por

ella. Ya no podía negarlo.

“Padre,” le dijo con una voz tan llena de emoción y determinación que, por primera vez en años, su padre mostro señales de vida y lo miro directamente. “No puedo hacer esto.”

Los ojos de Rodolphe se agrandaron mientras miraba a su esposa y luego a Alex en comprensión. “La amas,” afirmó.

“Más que la vida, padre. Ella lo es todo para mí. No puedo vivir mi vida sin ella y no me uniré a otra mujer. Sólo pertenezco a Marie.”

Al escuchar la confesión de Alex del amor eterno realizado por la acústica de la iglesia, la congregación observó con incredulidad y anticipación lo que podría ser un tema candente de chismes para el próximo año.

Edmée y su padre se habían detenido a mitad de camino mientras la madre de Alex, Adèle, se levantó y se dirigió hacia el altar. En su prisa por alcanzar a su hijo, se olvidó de caminar como una dama y, en cambio, resopló y se dirigió hacia los dos hombres, su rostro de un rojo brillante que, de no ser por las circunstancias, hubiera parecido cómico.

“Hablaré con ustedes en privado, señores,” dijo entre dientes bien apretados.

“No, *maman*, no hay nada más que decir. No le permitiré dictar cómo viviré mi vida. ¡No me casaré con una mujer que no amo!”

La multitud se quedó sin aliento.

“Oh, papá,” escuchó a Edmée llorar mientras su padre la entregaba a alguien. Sabía que, en tan solo unos instantes, *monsieur* Comtois estaría a su lado para exigirle un castigo por esta humillación por la que Alex la estaba haciendo pasar. Tal vez se merecía lo que le ocurriera, pero mejor eso que tener que vivir con ella por el resto de su vida.

“Alexandré, te casarás con esa chica, así que ayúdame...”

“Oh, cállate, Adèle. El sonido de tu voz me irrita,” le ordeno Rodolphe.

A Adèle le tomó un momento comprender lo que acababa de suceder. “No puede ser. Sólo la vergüenza nos arruinará. Ella no es una de nosotros, Alexandré.”

“No me importa.”

“*Mon Dieu*, perderemos todo ese dinero! Boisclair Trade no puede soportarlo. ¡Perderemos todo! ¿Te importa eso?” le preguntó ella.

“¿Y de quién es la culpa? Te he permitido arruinar mi vida, ¡no te permitiré arruinar la de mis hijos!” intervino Rodolphe.

“¡Qué significa esto!” gritó el padre de Edmée desde detrás de los

cuerpos de cuatro hombres que se habían colocado entre él y Alex. Christophe era uno de ellos.

Rodolphe se volvió hacia su hijo y lo abrazó. “Alex, ve! Ve y quédate con ella. Deja este lugar hasta que las cosas se calmen. La Sirène está lista para navegar. Llévatela y váyanse a Francia. Llévate a tu Marie, Alex, y nunca la dejes ir.”

“Pero, ¿y usted, padre?”

“Estaré bien. Me encargaré de esto y nos encontraremos allí. ¡Ahora ve!”

Alex hizo justamente eso. Salió corriendo por la puerta trasera, los sonidos de gritos, maldiciones y burlas siguiéndolo hasta que hubo puesto suficiente distancia entre él y el error que podría haberle costado todo.

¡Qué tonto había sido! ¿Cómo podría no haberse dado cuenta hasta ahora de que amaba a Marie con todo su ser? Él sabía exactamente cómo sucedió. Luchó contra él mismo, se negó a permitir que sucediera por temor a la miseria que podría traerle.

Pero había fallado. Se había enamorado de ella a pesar de todo, y ahora que lo sabía y estaba tan seguro de que ella lo amaba. No había nada que lo alejara de ella, y maldita sea quien lo intentara.

Alex tomó el primer caballo que encontró que ya estaba ensillado y lo montó sin pensar en ninguna otra protesta que pudiera tener el propietario.

Corrió a casa a toda velocidad y desmontó antes de que la bestia se hubiera detenido. Irrumpió por la puerta de la casa que compartía con Marie. Estaba positivamente radiante de alegría. Era el día más feliz de su vida, el día en que finalmente se dio cuenta de lo mucho que la amaba y celebró sus sentimientos por ella. Quería gritarlo al mundo, mierda, pero si ya lo había hecho, y quería declararse a sí mismo ante ella. Quería decirle que la amaba y no quería nada más que escuchar esas mismas palabras de sus preciosos labios.

Pero Marie no estaba en casa.

“Marie! Marie, ¿dónde estás?” Corrió de habitación en habitación buscándola. Su búsqueda se volvió más frenética al darse cuenta de que no estaba allí. “Marie!”

Corrió por las calles del Barrio Francés, llamándola por su nombre, preguntando a los vecinos si la habían visto, pero nadie pudo ayudarle. Buscó en la lluvia durante horas y el terror ante lo que podría haberle ocurrido se acomodó en su vientre y lo enfermó.

Alex regresó a la casa, su camisa de lino y sus pantalones negros completamente empapados en la piel. Esperaba que ella hubiera regresado mientras él había estado buscando. Si no lo había hecho, él haría sonar la alarma y buscaría en todo Nueva Orleans si eso era lo que hacía falta para asegurarse de que estaba a salvo.

“¡Marie!” gritó cuando entró en su casa. Todavía era de día, pero las nubes gruesas habían bloqueado la luz del sol y la casa estaba a oscuras por dentro, con solo una vela encendida encima de la chimenea.

Alex frunció el ceño mientras miraba la luz parpadeante y se preguntó, ¿había encendido eso cuando se fue? No tenían criados en la casa. Marie había contratado a algunos para hacer tareas y ayudarla a vestirse por las mañanas, pero no vivían allí.

“¿Marie?” llamó de nuevo y miró a su alrededor, pero no hubo respuesta.

Un reflejo cerca de la luz llamó su atención y caminó hacia el manto. Sentado junto a la vela solitaria había un reloj de bolsillo de oro. Alex lo levantó y lo inspeccionó. No era el suyo. Lo abrió para encontrar sus dos manos, una marcando la hora y la otra el día de la semana, completamente detenida. Lo golpeó con un dedo dos veces. Roto, pensó.

Un sonido detrás de él lo alertó a una presencia en la habitación. Miró por el espejo que colgaba sobre la chimenea.

Dentro de las sombras de la habitación vio una figura que solo le llevó un momento reconocer.

“¿Qué estás haciendo aquí?” preguntó.

“Tengo algo para ti.”

Atrapado completamente por sorpresa, Alex no tuvo tiempo de reaccionar cuando un brazo se movió y una daga voló, la pesada empuñadura plateada golpeándolo en la parte posterior de la cabeza con tanta fuerza que lo derribó. Sintió que un líquido caliente se derramaba de su cabeza y sobre su ojo mientras su estómago se agitaba dentro de su vientre.

Unos pasos se acercaron a su cabeza cuando el culpable se inclinó sobre él.

“¿Por qué?” se las arregló para preguntar.

“Por ella, Alexandré. Por a Marie,” escuchó antes de que su mundo se oscureciera y perdió su dominio sobre la conciencia.

CAPITULO 15

¡Pum!

“Ah! Dios mío, ¡un espíritu!”

Rosie se puso de pie, aferrándose al pecho de gran tamaño de la mujer en la que había aterrizado. Estaba completamente desmembrada.

“Oh, lo siento, señora,” se disculpó y se apartó de la mujer asustada.

Rosie miró a su alrededor un entorno completamente desconocido. ¿Dónde estaba? ¿Qué demonios le acababa de pasar?

A juzgar por su aspecto, estaba en una tienda de modistas. La mujer con la que había aterrizado se había pegado a la pared y llevaba un vestido medio abrochado, mientras otra mujer estaba acurrucada en el suelo, tan aterrorizada como se sentía Rosie mientras se cruzaba.

¿Estaba soñando?

“¿Pueden decirme dónde estoy?” preguntó a las mujeres, pero ambas comenzaron a gritar histéricamente en español, asustando a Rosie aún más de lo que ya estaba. Corrió hacia la primera puerta que encontró y les gritó desde ahí, “¡Perdón!”

“¡Ayuda! ¡Ayuda!” una de las mujeres gritó en el momento en que abrió la puerta principal.

“¡Mierda!” Rosie maldijo cuando salió a la calle y se metió en una tormenta de tarde. Miró a su alrededor a través de las hojas de lluvia y el cabello que había sido pegado a su cara, tratando de ver algo que reconocía.

Observó con horrorizada fascinación mientras carruajes recorrían las calles embarradas de lodo, hombres con sombreros de copa y mujeres con vestidos largos esperaban acurrucados bajo los balcones, y los comerciantes se apresuraban a cubrir las mercancías que llevaban en carros de mano.

“¿Qué demonios?” Parecía estar parada durante mucho tiempo con la boca abierta por lo que estaba viendo. ¿Había tenido un ataque al corazón, murió y se fue a una extraña vida después de la muerte?

“Tú ahí, no te muevas!”

Rosie se volvió hacia el sonido y vio a tres hombres, oficiales por su aspecto, doblando una esquina y dirigiéndose directamente hacia ella. Podría haber estado sorprendida y confundida, pero encontró sus pies lo suficientemente rápidos y salió corriendo de allí. No estaba segura de dónde estaba exactamente, pero sabía que no quería que la mandaran a la cárcel.

Corrió tan rápido como sus chancas la llevarían por las calles llenas de lluvia, los hombres acercándose a ella.

Fue cuando pasó por Jackson Square y la Catedral que sus sospechas fueron confirmadas. Todavía estaba en el barrio francés de Nueva Orleans. Así que eso respondió el dónde. Ahora la pregunta era, ¿cuándo?

Paso por callejones y calles y dio la vuelta en tantos círculos como pudo en un esfuerzo por perder su cola. Escuchó jadeos mientras corría junto a la gente del tiempo en el que estaba, y supo sin mirar que todos la estaban mirando boquiabierta. Seguramente nunca habían visto a una mujer morena empapada vestida con unos vaqueros azules desgastados, agujerados de las rodillas y una camiseta blanca de corredor que se pegaba a su cuerpo.

Doblando la esquina, una de sus chancas fue succionada de su pie cuando entró en un charco fangoso, pero siguió adelante. Rosie no prestó atención a las pequeñas y afiladas rocas y grietas que pisó, no tenía tiempo.

“¡Muévase, señorita!” ordeno mientras empujaba entre una mujer y su compañero que esperaba debajo de un balcón por su carruaje.

“Bueno, ¡que descaró!” oyó decir a la mujer detrás de ella.

“¡Pagana!” oyó al hombre.

Estaba jadeando por aire con una puntada a su lado haciéndola inclinarse contra su voluntad. Finalmente se detuvo y miró hacia atrás. ¡Los había perdido! Rosie se apoyó contra la gran ventana de vidrio de un edificio y respiró hondo varias veces. Se volvió para mirar dentro de la tienda donde estaba parada y encontró a un hombre grande que la miraba fijamente, un periódico en una mano y una taza de café en la otra.

Ignoró su mirada de sorpresa mientras le gritaba a través del cristal. “¿Qué día es hoy?” preguntó y señaló su papel.

El hombre automáticamente levantó el papel para que ella pudiera leer la primera página.

“¡Oh, Dios mío!” se dijo a sí misma. Era el 19 de noviembre de 1822. ¿Cómo diablos había sucedido esto? Volvió a la calle y miró a su alrededor. “Esto tiene que ser un sueño,” le dijo a un hombre mientras pasaba. Aceleró el paso y desapareció por la esquina.

¿Por qué estaba aquí?

Mientras estaba allí, reflexionando sobre el porqué de su situación, comenzó a sentir un agotamiento de su energía, muy parecida a la que había sentido cuando Dania había intentado transferirle la maldición. Fue entonces cuando recordó ese extraño sueño con *Grand-père Tasse*. “Date prisa, no sea que

ella consume tu alma antes de que completes tu tarea,” dijo. Y Dania le había dado la misma extraña advertencia.

Tal vez no había sido un sueño después de todo. Si ese era el caso, entonces era Marie quien la estaba consumiendo. Un alma no puede existir en dos lugares al mismo tiempo, dijo. Si ella y Marie eran una y la misma, entonces sus almas también serían la misma. Era Marie quien pertenecía en este siglo, por lo que tenía sentido que ella fuera la que se quedara.

“¡Tienes que estar bromeando!” Como si estar en una época extraña no fuera suficiente, su alma ahora estaba siendo consumida por su vida pasada y tenía una tarea que tenía que completar antes de que eso sucediera. ¿Pero cuál era la tarea?

“¡Alex!” Todavía estaba vivo. Al menos ella esperaba que lo estuviera. ¿Cuál era la fecha del artículo que había leído en la biblioteca? 20 de noviembre. Eso significaba que cualquier tragedia que le hubiera ocurrido a él iba a suceder hoy. Ahora entendía. ¡Tenía que salvar a Alex antes de que Marie la secara! Pero entonces, ¿cómo iba a volver al futuro? Lo resolvería más tarde. Ahora tenía un problema más importante.

Sabiendo que no tenía un segundo que perder, Rosie salió corriendo hacia la calle Orleans. Le agradeció a Dios que había caminado tanto por el barrio y que casi sabía dónde estaban todas las calles.

Corrió tan rápido como pudo, empujándose a sí misma más allá de los límites que pudo haber tenido. Respiraba pesadamente, su corazón latiendo con furia cuando se acercó a la casa. Juró que podía ver manchas y volvió a maldecir. Siempre había odiado correr.

Rosie abrió la puerta y entró. Se limpió la lluvia de la cara y llamo, “¡Hola! ¿Hay alguien aquí? Alex!”

Cuando no recibió una respuesta, pasó junto al pequeño vestíbulo y entró en el salón. Allí, ante la chimenea y justo como en su sueño, yacía Alex. Rosie corrió a su lado.

“¡Oh Dios mío, Alex! ¿Puedes escucharme? ¡Alex!” Con cuidado de no moverlo, le revisó el pulso y buscó heridas, pero solo encontró un pequeño corte y un nudo del tamaño de una pelota de béisbol en la base de su cráneo. Su corazón latía con fuerza, su respiración uniforme. Estaba bien. “Alex, necesitas despertarte. ¿Puedes escucharme?”

“Pero que puta.”

Rosie se giró ante el sonido de la suave voz. Saliendo de una habitación contigua a la sala había una hermosa rubia con una sonrisa maliciosa. Aunque

Rosie nunca había visto a la mujer, la reconoció de inmediato.

“Edmée,” dijo entre dientes. “¡Sabía que tenías que ser tú, perra! ¡Dame ese reloj!” Rosie estaba a su altura máxima de cinco pies y dos pulgadas. Claro, era baja, pero tan enojada como se sentía, sabía que tenía que parecer intimidante.

O tal vez no, porque Edmée la miró y se echó a reír. “¿O qué harás? ¿Y qué llevas puesto? No me digas que caminaste por la calle usando nada más que tu ropa interior.”

Rosie se miró a sí misma y se dio cuenta de que para alguien de ese siglo probablemente parecía que no llevaba nada más que ropa interior. “Lo que sea, quiero ese reloj, ahora.”

“No lo tengo.”

“Entonces, dime dónde está. Y si no lo haces, que Dios te ayude, en el momento en que lo encuentre, detendré la maldición y luego te la meteré por el culo.”

Los ojos de Edmée casi se salieron de su cabeza y se quedó sin aliento de sorpresa ante el lenguaje de Rosie. Finalmente había visto el peligro de meterse con una mujer enamorada. “Mira, no sé de qué estás hablando.”

“Mentirosa. Sabes muy bien de que estoy hablando.” Antes de que supiera lo que estaba haciendo, Rosie había inmovilizado a Edmée en el suelo.

“¡Suéltame!” gritó la niña mimada, agitando los brazos y las piernas. “¡Te odio, te odio!”

“Pues que coincidencia, ¡yo también te odio!” Rosie se sorprendió al descubrir que podía someter fácilmente a su enemiga. La otra mujer era más alta, pero nunca había tenido que mover un dedo en su vida y eso era una ventaja que tenía Rosie.

Arrastró a Edmée hasta una silla y cuando trató de darle una patada, Rosie la levantó del cabello y la sentó en ella. Bruscamente desató las cintas que sostenían sus rizos dorados sobre su cabeza y las usó para atarle las manos detrás de la espalda. Habría hecho lo mismo con los pies de Edmée, pero la chica estaba pateando violentamente en un intento de liberarse. No importaba, la silla era demasiado pesada, no iría a ningún lado.

Rosie respiraba con dificultad cuando por fin había asegurado a Edmée en la silla. Edmée simplemente sonrió e incluso tuvo la audacia de reírse a carcajadas. “Lo que sea que estés buscando, lo juro por mi vida, no lo tengo,” dijo, pero fue la mirada en sus ojos lo que hizo que Rosie creyera lo contrario.

“No lo tendrás tú, pero sabes quién lo tiene.”

Los ojos de Edmée se movieron solo ligeramente hacia la puerta por la que acababa de entrar, pero fue suficiente para advertir a Rosie. Se giró a tiempo para ver a un hombre emerger. Caminó con determinación hacia Alex, con una daga de plata en la mano.

“¡No!” Rosie corrió para interceptarlo mientras su brazo volaba por encima de Alex y descendía con velocidad sobre su forma prona. Se arrojó entre los dos y empujó al hombre con todas sus fuerzas. Parecía volar cuando tropezó con una silla y aterrizó en un montón junto a la pared.

Edmée se echó a reír históricamente mientras observaba, con los brazos jalando de los lazos que la ataban. Rosie la ignoró cuando vio el reloj que había caído de la mano del hombre. Ella se abarrajó hacia él, pero en el primer paso que dio, sintió que algo se deslizaba por su costado y escuchó el ruido cuando golpeó el duro suelo de madera. Se miró a sí misma y vio el carmesí que ahora manchaba su camiseta blanca y fluía sobre su pantalón derecho. La daga de plata que acababa de caer de su carne ahora yacía al lado de su pie.

Rosie se quedó paralizada mientras miraba la sangre que brotaba libremente de su costado. Esto era malo, muy, muy malo. Aplicó tanta presión como pudo sobre su herida con las manos, pero no pareció ayudar mucho.

Estaba perdiendo más y más fuerza y energía con cada segundo que pasaba y se dio cuenta de que Marie estaba cerca, demasiado cerca. Se estaba quedando sin tiempo y sabía que no tenía un momento que perder. Alex era todo lo que importaba y si buscaba algo para ayudarse a sí misma podría perderlo.

El gemido del hombre la hizo volver a la realidad y Rosie corrió hacia el reloj al mismo tiempo que parecía levantarse. Él también voló hacia él y lo alcanzó antes de que ella lo hiciera.

Rosie cayó de rodillas cuando la debilidad y la náusea comenzaron a tomar control.

“Por favor,” le suplicó. “Por favor, dame el reloj.”

Sus ojos azules se dispararon a su cara y se ensancharon con horror. “¡Marie!” gritó y se acercó a ella. Él la tomó en sus brazos y ella sintió un profundo disgusto por tenerlo presionado sobre su persona, pero su fuerza casi había desaparecido. “Oh, mi Marie. No me di cuenta de que eras tú. ¡Nunca quise que esto sucediera!”

“¡Suéltame!” gritó ella, pero él la abrazó más.

“Te amo, Marie. ¿No puedes ver cuánto te amo?”

¿Quién diablos es este tipo? se preguntó.

“Si me amas, entonces por favor dame el reloj.”

El hombre se quedó quieto por un momento, su respiración cada vez más agitada mientras reflexionaba sobre su petición. “¿Por qué quieres el reloj?” preguntó.

“Sabes por qué,” respondió.

“¿Cómo puedes seguir amándolo? ¡No era lo suficientemente hombre para admitir su amor por ti, Marie!”

“¡Pero sé que él me ama!”

“Yo, Marie, te amo. Te he amado desde el principio. Fui yo quien debería haber estado contigo. Me dijo que vería la chispa del verdadero amor en su forma más pura. Se suponía que era yo. ¡Yo!”

Rosie se hundió más en su pecho mientras lo medio escuchaba, medio planeaba cómo conseguiría su sangre. Eso era lo que ella sabía que tenía que hacer. El reloj aún estaba maldito y si Alex moría, su alma aún sería absorbida por el reloj. Estaba segura de que este era el hombre que lo había maldecido. Pero, ¿cómo podría hacerlo cuando ella misma se estaba desvaneciendo rápidamente?

“Me quedé en silencio y observé cómo te llevaba a casa. Incluso encontré otra y traté de ser feliz con ella. Pensé que, si él al menos podía hacerte feliz, entonces yo sería feliz. Pero todo lo que hizo fue traerte miseria. Cuando dijo que nunca te volvería a ver, pensé que finalmente tendría una oportunidad. Pero cuando me di cuenta de que nunca te dejaría ir, supe que tenía que hacer algo. Merece morir, *mon amour*.”

“No puedo permitir eso,” siseó ella a través de un dolor agudo en su costado. “Si realmente me amas, entonces lo dejarás ir. Moriría sin él,” dijo.

“Entonces morirás. Te amo demasiado. ¡Preferiría verte muerta que en la miseria con él!”

Antes de que ella supiera lo que había sucedido, Rosie se recostó de espaldas con el hombre redondo que se cernía sobre ella, con las manos apretadas alrededor de su garganta. Sus ojos azules se abultaron de puro odio mientras la estrangulaba. Quería pelear, pero no tenía fuerzas.

Había venido hasta aquí solo para morir. Le había fallado a Alex una vez más. Era gracioso, que ni siquiera sentía la necesidad de respirar tanto, pensó.

“*Je t’aime, Marie. Je t...*”

El fuerte cuerpo del hombre se desplomó hacia adelante repentinamente, cortando sus palabras en medio de la frase. Sus manos yacían vagamente alrededor de su garganta. Tomó grandes tragos de aire y pudo oler el olor enfermizo y dulce de su sangre mientras goteaba en su garganta. Su cuerpo fue

arrancado de ella y sus ojos vieron la vista más hermosa que jamás habían visto.

Alex, vivo, vibrante, sus ojos azules más brillantes de lo que ella había visto nunca. Él era tan hermoso, pensó.

“¡Marie!” gritó mientras se arrodillaba a su lado y la tomaba en sus brazos. Sus ojos estaban rojos y su frente se frunció con preocupación mientras la ayudaba a aplicar presión sobre su herida. “Debo ir por ayuda. Pon tu mano aquí.” Él intentó soltarla con suavidad, pero ella lo abrazó y sacudió la cabeza.

“Alex.” Respiraba con dificultad y sabía que solo le quedaban unos momentos. “El reloj.”

“Debo ir por ayuda, Marie.”

“¡No! Por favor, Al... Alex, necesito... el reloj.”

Alex miró hacia el reloj que estaba cerca de ellos. Lo alcanzó fácilmente y se lo entregó. “¿Esto es tuyo?” preguntó.

Rosie alcanzó su garganta y sintió la sangre del hombre allí. La tocó con los dedos y untó su sangre en la superficie del reloj. Pero tal como lo había hecho una vez, permaneció cerrado. Zumbaba de energía y ella sabía que todavía estaba maldita. El alma de Alex todavía estaba atada al reloj y cuando muriera, ya sea ahora o dentro de cincuenta años, estaría atrapado dentro de él una vez más.

Estaba llena de desesperación. Eso fue hasta que ella recordó la maldición. “La sangre del verdadero,” susurró. Ahora ella entendía. Era la sangre sacrificada por el verdadero amor.

Marie estaba cerca. Rosie no solo estaba muriendo, sino que su alma estaba siendo arrancada de su cuerpo.

Ella miró a los hermosos ojos de Alex. Las lágrimas mancharon su cara. “Te amo Alex.”

Se agachó y se llevó el reloj a su lado, sintiendo que su sangre corría por la superficie del reloj. El reloj se abrió y ella supo que la maldición finalmente se había roto. Rosie le sonrió, una sonrisa llena de amor y felicidad al saber que estaría a salvo.

Con su último aliento ella le susurró una vez más. “*Je t’aime, Alexandre Boisclair. Je...*” Rosie no terminó. Su visión se volvió borrosa y cuando Marie consumió su esencia, se desvaneció en la nada que era una muerte sin alma.

CAPITULO 16

Estaba empapada hasta los huesos. Su vestido se aferraba a su cuerpo, una masa pesada y fría que pesaba más que ella, pero Marie no parecía darse cuenta. Su angustia era tan severa que lo único que notaba era el dolor insoportable en su alma.

Había reservado un pasaje a Francia para su hermana pequeña y para ella ese mismo día y luego había seguido caminando sin rumbo durante horas.

Marie miró a su alrededor y vio que estaba al borde del río Mississippi; el agua turbia y marrón golpeada por la lluvia reflejaba su propio corazón turbulento. Perdiendo el último fragmento de fuerza dentro de ella, Marie cayó al suelo de rodillas.

Un sollozo silencioso amenazó con ahogarla, consumirla allí donde estaba, a menos que pudiera dejarlo salir, pero su pena era tan profunda que no podía respirar y el sollozo permaneció dentro de su pecho hasta que estalló en un grito de pura agonía. Sus manos se aferraron a la tierra fangosa que había debajo mientras luchaba por aferrarse a algo, a cualquier cosa que evitara que perdiera la cabeza.

Lo había perdido. Alex ahora estaba casado con otra mujer. Marie sabía que podía quedarse con él, su cuerpo lo exigía, pero su mente y su corazón no se conformarían con nada menos que todo lo suyo. Ella podría amarlo más que a la vida misma, pero se negaba a compartirlo. No podía hacerse eso a sí misma.

La lluvia caía cada vez más fuerte y el estruendoso trueno en la distancia advirtió que solo empeoraría. Con cada auge, su corazón se rompía más y más. Con cada estruendo se sentía más desesperada.

Y entonces pensó que tal vez realmente estaba perdiendo la razón. Con el relámpago de un rayo, vio ante ella una escena, no del agua, sino de algo completamente distinto. Vio las calles del Barrio Francés pasar volando, personas acurrucadas bajo balcones y carruajes que se apresuraban por las calles mojadas. Entonces no había nada más que el río.

Entonces otra vez, ahí estaba. Otro destello de un rayo dentro de su propia mente produjo más imágenes. Edmée estaba allí. ¿Se estaba volviendo loca? Miró hacia abajo y todavía podía verse a sí misma y al río, y luego otra vez dentro de su mente pudo ver a la mujer odiosa. Se paró ante un cuadro enmarcado que Marie conocía demasiado bien porque colgaba en su propia casa. ¿Por qué estaba viendo a Edmée en su casa?

Las imágenes volaron hacia ella y con cada nueva visión, que más podrían ser, se puso cada vez más agitada. Christophe también estaba allí.

“¡Alexandré!” lloro cuando vio su cuerpo aparentemente muerto junto a la chimenea. Salió corriendo rápido, casi deslizándose del dique, pero recuperando el equilibrio sin detenerse ni mirar hacia atrás.

Corrió tan rápido como pudo, mientras que la extraña visión jugó ante ella hasta que no pudo saber si era ella quien los veía a través de los ojos de alguien más o de los suyos. Se aferró a las paredes de las casas que se alineaban en las calles cuando su mundo giraba, pero no se detuvo. ¡Ella tenía que llegar a él!

Cuanto más se acercaba Marie a su casa, peor parecía ser su situación. Se sentía como si estuviera físicamente allí. Miró a su lado. ¿Estaba herida? No parecía estar sangrando.

Podía oír voces ahora.

“Entonces morirás. Te amo demasiado. ¡Preferiría verte muerta que en la miseria con él!” dijo Christophe.

¿Con quién estaba hablando?

Marie cayó al suelo justo cuando sintió su cuerpo sobre el de ella, sus manos apretadas alrededor de su garganta. Marie tosió y jadeó por aire.

“Señorita, ¿está bien?” escuchó una voz masculina preguntar y sintió un fuerte par de brazos levantarla sobre sus pies. Apenas podía ver al joven, todo era ahora una neblina.

Ella lo empujó sin una palabra y dobló la esquina a solo una cuadra de su casa. Se limpió la lluvia de la cara y se balanceó en la luz de una calle.

“*Je t’aime, Alexandre Boisclair,*” se escuchó a sí misma decir. “Je...”

Se terminó. En ese momento su mundo se enderezó y la visión ya no existía. ¿Qué acababa de pasar? ¿Se lo había imaginado todo?

Fue un grito, un grito diferente a todo lo que había escuchado en toda su vida, tan lleno de tristeza que la hizo correr nuevamente hacia su casa.

Corrió por la puerta abierta y entró en el salón, donde casi se cayó del shock ante lo que vio. Alex estaba sentado en el suelo con una mujer en sus brazos. Lloraba sobre el cuerpo sin vida de la mujer, con el rostro relajado y los ojos hundidos.

Marie tragó saliva mientras se acercaba a los dos, al hombre que amaba y a la mujer que ahora la miraba con ojos ciegos. Se detuvo antes de llegar a ellos y se congeló en el lugar sin poder moverse y completamente fascinada por la escena que tenía ante ella.

“*Mon Dieu,*” susurró. La mujer que Alex tenía en sus brazos era ella misma.

El puro horror no pudo describir la sensación que ahogó el aliento de Alex. Ella lo miró fijamente, con sus ojos verdes y grises vidriosos, su rostro relajado.

Se había despertado en el piso de su casa con un intenso movimiento de la cabeza solo para encontrar a su amigo, en el que había confiado, intentando matar a Marie. Había tratado de correr hacia ellos, pero sus piernas habían fallado. Fue entonces cuando encontró la daga ensangrentada que yacía a su lado. La había arrojado y golpeado su marca, el lado del cuello de su amigo. No, no era su amigo. Por lo que había hecho, ahora lo consideraba su peor enemigo.

Christophe ahora yacía en un charco de su propia sangre. Alex había logrado echarlo de su amada, pero era demasiado tarde. Ella también estaba muerta.

“¡Marie!” exclamó, con el sollozo más desgarrador que jamás se había escuchado en la historia del hombre. Levantó los ojos hacia el cielo y lloró en súplica. “Marie, *ne me quitte pas. S’il vous plait, je vous en supplie!*”

La abrazó, enterrando su cara en el hueco de su cuello. “No me dejes. ¡Por favor, te lo ruego!” Una y otra vez repitió las palabras.

Él la meció, orando por un milagro para traerla de regreso a él, orando por la muerte para reclamarlo. No podía vivir sin su Marie, de eso estaba seguro.

Podía escuchar a Edmée llorar en su silla, diciendo cosas horribles que pretendían lastimarlo más, pero ella no significaba nada para él y tampoco sus palabras.

Mantuvo su rostro hundido en el cuello de Marie, en su pelo, saboreando cada último momento de su aroma y calor.

Entonces, como si Dios hubiera escuchado sus oraciones, su cuerpo comenzó a recobrar el calor, tanto que se vio obligado a prestar atención. Él apartó la cara de ella y la miró. ¿Podría estar imaginando esto? Le tocó la mejilla con una mano. Sí, ¡se estaba calentando! Pero cuando colocó la oreja en su corazón, se encontró con el silencio. ¡No tenía sentido!

En unos momentos, un intenso calor irradiaba de ella. Podía sentir una vibración pasar a través de su cuerpo y hacia él. Su piel comenzó a brillar, más y más brillante, creando un reflejo como si millones de diminutas manchas de oro se incrustaran en su piel. Aunque no podía entender lo que estaba sucediendo, no la dejaría ir.

Fue cuando su forma brilló tan fuerte como el sol que él rugió y finalmente perdió su control sobre ella. Ella simplemente se había desintegrado en millones de motas doradas que se alzaban con una ligera brisa y luego desaparecían ante sus propios ojos.

Se sentó, con los ojos fijos en sus brazos, extendidos como si ella todavía estuviera dentro de ellos.

“Alexandré?”

Alex se giró ante el sonido de su voz. Su corazón se alojó en su garganta mientras la miraba. ¿Se estaba volviendo loco?

“¿Marie?”

Marie se paró frente a él, empapada de pies a cabeza, su cabello oscuro pegado a su cara y su vestido embarrado y roto. Era la cosa más hermosa que jamás había visto.

“Alexandré, *mon Dieu*, ¿qué ha pasado?”

Estaba arrodillada frente a él, pasando sus pequeñas manos sobre su cara, su cuello y su cuerpo. Ella lo buscó por cualquier signo de lesión.

“¡Exijo que me sueltes de una vez!” demandó Edmée, pero los dos la ignoraron.

“Estás viva,” dijo mientras él también pasaba sus manos sobre su hermoso rostro y la miraba a los ojos claros llenos de vida. “Debe haber sido toda una pesadilla.”

“No, *mon amour*. Yo también lo vi.”

“¿Entonces fue real? ¿Fue una visión?”

“No sé lo que era.”

“Pensé que eras tú, Marie. Pensé que te había perdido.”

“No sé quién era ella, pero yo todavía estoy aquí, Alexandré.”

“Marie, escúchame. Te amo. Quiero casarme contigo. Quiero tener hijos contigo y pasar el resto de mi vida haciéndote feliz. Por favor di que lo harás.”

“¿Y qué hay de Edmée?” preguntó Marie mirando a la mujer que la veía con puro odio en sus ojos.

“No pude hacerlo, Marie. Te amo. Lamento haber tardado tanto en decirlo, pero te juro que a partir de ahora nunca pasará un día en que no lo escucharás de mis labios. Te amo, Marie Jolivet. Te amo.”

Marie lo miró a los ojos, pero no dijo nada. Sus ojos se pusieron rojos cuando las lágrimas se formaron y corrieron por sus mejillas.

El corazón de Alex se rompió. Quizás ella no sentía lo mismo por él. No importaba. Todo lo que importaba era que ella estaba a salvo.

“Entiendo si no sientes lo mismo por...”

“Oh, cállate hombre tonto. ¿Cómo puedes no saber lo que siento por ti? ¿No sabes que te he amado desde el primer momento en que miré tus hermosos ojos?” Ella sostuvo su rostro con ambas manos y lo miró directamente a los ojos mientras hablaba. “Escúchame con mucho cuidado. *Je t’aime*, Alex Boisclair. Te amo.”

CAPITULO 17

Marie se paró en la cubierta de La Sirène. El sol brillaba alto en un cielo azul profundo cuando el viento soplaba por su cabello y las olas golpeaban suavemente contra el casco del barco. Fue un día glorioso en más de una manera.

En pocos días, Alex, Noémie y ella llegarían a Francia. Encontrarían una iglesia que los casaría allí. Aunque todavía había leyes en contra, había muchos casos donde se había hecho. Incluso si no podían encontrar a alguien que los casara, no importaba. Todo lo que importaba era que estaban juntos y en su corazón ella ya había jurado estar con él por toda la eternidad y ni siquiera la muerte podía separarlos.

Ella sonrió mientras miraba hacia el océano y respiraba profundamente el aire salado del mar. Su deseo más grande se había hecho realidad. Los horrores del día anterior habían terminado. Christophe estaba muerto. Ya no podía hacerles daño.

En cuanto a Edmée, resultó que había ido a la casa de Alex y Marie para exigir un castigo, pero en su lugar se había encontrado con Christophe. Había estado tan enojada por la humillación por la que había pasado que se deleitó con la idea del plan de Christophe y quería ser testigo de ello. Su egoísmo y espíritu vengativo le costaron mucho. Ahora estaba encerrada en su casa por el resto de su vida, aunque la familia de Alex todavía estaba obligada a pagar por romper el compromiso.

“Es un día muy hermoso, ¿no es así?” escuchó la voz profunda de un hombre y se volvió hacia él. Era un hombre que había pensado que había visto una vez antes. Era alto con la piel del color del chocolate oscuro. Apoyó sus brazos delgados contra la barandilla y miró hacia el horizonte, sus ojos dorados capturando los rayos del sol.

Era increíblemente guapo y joven, pero ella lo reconoció de inmediato.

“Realmente lo es,” respondió ella. Permanecieron en silencio durante algún tiempo, ambos disfrutando de la vista, antes de que ella volviera a hablar. “¿Lo sabía?” preguntó ella.

“¿Sabía qué?”

“¿Sabías lo que pasaría?”

Él la miró por un momento con esa sonrisa suya, ya con dientes. “Tenía la esperanza.”

Marie se miró las manos. “Puso el reloj en mi bolso, ¿verdad?”

“Sí.”

“Lo que no entiendo es cómo llego a tenerlo en primer lugar, o cómo está involucrado, porque estoy segura de que de alguna manera está en medio de todo.”

“Podrías decir eso.” Suspiró profundamente mientras recordaba los eventos que para él habían sido hacía tanto tiempo. “Fui tan tonto y codicioso, una vez. Nací con un regalo, como la mayoría de mi familia, pero no lo respeté. Lo usé para mi propio beneficio. Aunque nunca mentí, solo dije lo que sabía que haría que la gente volviera una y otra vez.”

“Fue entonces cuando un joven, Christophe, vino a mí. Sabía que él sería miserable en el amor, pero lo engañé para creer que algún día podría tener lo que más quería. Tú.”

“¿Cómo es que él podría amarme? Lo conocí, pero una vez cuando dobló una esquina y corrió hacia mí en la calle. Me ayudó a juntar mis cosas que habían caído y se presentó, pero eso fue todo,” dijo.

“Eso fue todo lo que tomó. Él se enamoró. Vi en su futuro que sería testigo de la chispa del verdadero amor, pero nunca le dije que sería el verdadero amor de otra persona.” Se aclaró la garganta, avergonzado por sus acciones y las consecuencias que habían tenido. “Trató de apartarse cuando Alexandré te llevó a su casa, pero había demasiada envidia en su corazón. Creía que Alexandré no te merecía, que solo te haría infeliz.”

“Fue entonces cuando vino a mí una última vez. Quería maldecir el alma de Alexandré, esclavizarlo tal como se sentía esclavizado por el amor que sentía por ti. Me trajo un reloj de bolsillo, uno hecho por su propia mano. En él había grabado las palabras “Para siempre.” Sabía que lo que pedía iba en contra de todo lo que mi familia me había enseñado, pero las monedas en sus manos eran demasiado cegadoras para que pudiera ver más allá de la gravedad de mis acciones.”

“En el momento en que maldije el reloj, supe que había enfurecido a los espíritus. Los había usado para hacer mal a otro y no me perdonarían. Me maldijeron, como le había hecho a Alexandré. Quedé atrapado dentro de mi propio cuerpo, obligado a vivir en un buque que envejecía y se cansaba, pero que nunca moriría hasta que se rompiera la maldición.”

“¿Por qué no lo hiciste?” preguntó Marie.

“Era demasiado fuerte. Lo había hecho demasiado fuerte incluso para mí. Pero... sabía que tenía que haber una manera. Así que fui a la prisión donde te retuvieron para descubrir que habías muerto esa mañana. Soborné al guardia

por un mechón de tu cabello. Fui a casa y le confesé a mi familia todo lo que había hecho. Ellos acordaron ayudarme. Sabía que estaban enojados conmigo, pero temían más el precio que la familia tendría que pagar si no lo hacían.

“Fui a tu casa y encontré el reloj dejado descuidadamente sobre la repisa de la chimenea. Coloqué el mechón de tu cabello dentro de él.”

“¿Por qué mi pelo?”

“Aunque no pudimos romper la maldición, pudimos crear una cláusula que podía sobrepasar el hechizo. Algo que cambió la manera en que funcionaba. Como una llave que te permitió acceso, abrirla de hecho. Pero también sabíamos que una vez que lo hicieras, la maldición tomaría un control tan fuerte sobre su alma que lo devoraría hasta que no quedara nada. Eso era a menos que pudiéramos encontrar una manera de romper el primer hechizo. Solo hay una cosa que tiene el poder para hacer eso. Amor. Pero no cualquier amor. Amor que estaría dispuesto a sacrificarlo todo. Esperaba, más allá de la esperanza, que lo que sentías por *Alexandré* fuera eso. Agregué la escritura para ayudarte a avanzar.”

“Podrías haber sido un poco más claro, sabes. O simplemente haberme dicho que hacer.”

“Solo hay tanto espacio en el reloj y no podría decirte qué hacer. Si lo hubiera hecho, no habría sido un verdadero sacrificio. Todo lo que pude hacer fue guiarte a la respuesta.”

“¿Sabía que me acordaría? ¿Por qué no me dijo que mis recuerdos como *Rosalie Clarke* permanecerían dentro de mí cuando nuestras almas se combinaran? Decirme que *Marie* consumiría mi alma hacía que pareciera que moriría, que estaría perdida para siempre.” Aunque de principio no había recordado, poco a poco las memorias de su vida como *Rosie* se combinaron con las suyas.

Él sonrió. “Como dije, tenía que ser un verdadero sacrificio. Si te hubiera dicho que sobrevivirías, que *Marie* y *Rosalie* serían una, no habría sido un sacrificio de amor, ¿verdad?”

Marie pensó en eso y encontró que tenía sentido. “¿Y que hay de usted? ¿Qué le pasa ahora?”

“Ahora sigo adelante, gracias a ti. Por fin tendré paz.” Él le dirigió una sonrisa llena de calidez y se giró para alejarse. Su visión comenzó a empañarse cuando una neblina se apoderó de la nave y él entró en la niebla.

“*Grand-père Tasse*,” le llamó.

Se giró hacia ella y, aunque ahora solo podía distinguir su forma magra,

todavía podía ver el brillo dorado de sus ojos dentro de la niebla. “Henri. Mi nombre es Henri.”

“Gracias, Henri. Gracias por todo.”

“No, *chère*, gracias a ti. Gracias por liberarnos a todos.”

Marie se despertó con un sobresalto. Había estado dormida, aunque sabía que había sido más que un simple sueño. Estaba en la cama, cálida y acurrucada contra el costado de Alex. Él se volvió y la atrajo hacia su pecho, con la barbilla sobre su cabeza. Respiró su aroma y supo que, si moría en ese instante, moriría como la mujer más feliz de la tierra.

“Marie,” la llamó mientras dormía.

“Sh, *mon amour*, estoy aquí. Estaré aquí para siempre,” le juro.

Ella estaría con él eternamente, esto lo sabía, porque sus almas estaban atadas entre sí por una magia más fuerte que la muerte, o cualquier maldición. Sus almas estaban atadas por el amor.

EPILOGO

Eran las dos de la mañana. Mike se paró al borde del agua y observó cómo el mar lamía suavemente la arena y la luna brillaba en lo alto.

Había estado allí muchas veces, en ese mismo lugar, junto a Rosie. Aunque no podía verlo, sabía que lo había sentido. Hizo lo mejor que pudo para cuidarla, incluso después de haber fallecido.

Él había visto la luz muchas veces, pero nunca se atrevía a dejarla. Era su hermana pequeña y él siempre se había sentido muy protector con ella. Escuchaba sus mensajes de voz e intentaba en su manera de ayudar, aunque solo fuera al estar a su lado.

Pero Rosie ya no lo necesitaba. Había encontrado la única cosa que él había deseado para ella por encima de todo lo demás. Amor verdadero.

Mike había observado desde la distancia mientras ella hacía todo lo posible por salvar el amor de su vida, y lo había logrado.

Como lo había hecho muchas otras veces, Mike vio brillar una luz fuerte dentro de su visión periférica. Le llamó. Se volvió hacia ella por primera vez y sintió que el calor, la felicidad y la comodidad lo envolvían y supo que allí era donde tenía que ir.

“Te amo, Rose. Sé feliz,” dijo mientras cruzaba la puerta hacia el cielo. La vería de nuevo un día, de eso estaba seguro, con Alexandré Boisclair eternamente a su lado.

El fin

¿Te gusto Alma Atada? ¡Entonces te encantará Alma Mia!

El estar confinada a una casa no era tan malo, según Zoey York. Ella siempre había tratado de sacar lo mejor de lo que tenía, de hacer una vida por sí misma, incluso si ella misma no estaba pues... viva.

Eso es hasta que Adam compra la casa que atormenta, y sin verla, la ve. Trabajando como su ama de llaves, pronto se da cuenta de que él puede afectarla de una manera que nunca pensó posible. Durante el día, él la frustra, la enoja y la hace querer estrangularlo. Pero por la noche... Permitiéndole creer que ella no es nada más que un sueño, ella va hacia él, su toque encendiendo un fuego ardiente dentro de su cuerpo y alma.

Adam Cooper podría ser ciego, pero ciertamente puede sentir a Zoey. Es tremendamente frustrante y entrometida, y huele a duraznos frescos y él se siente atraído por ella de una manera que había jurado nunca volver a ser. Aunque se niega a dejarla entrar en su corazón, la espera ansiosamente todas las noches en sus sueños donde puede amarla de la manera que él desea desesperadamente mientras está despierto.

También por Haden Hudson:

Alma Tuya

Alma Mia

Para obtener información sobre los próximos lanzamientos y eventos, puede suscribirse al boletín de Haden en www.hadenhudson.com

Esta autora también escribe romance erótico bajo el seudónimo de Aidèe Jaimes:

El Boleto (El Amorío, Libro 1)

El vestido rojo (El Amorío, Libro 2)

Índice

CAPITULO 1
CAPITULO 2
CAPITULO 3
CAPITULO 4
CAPITULO 5
CAPITULO 6
CAPITULO 7
CAPITULO 8
CAPITULO 9
CAPITULO 10
CAPITULO 11
CAPITULO 12
CAPITULO 13
CAPITULO 14
CAPITULO 15
CAPITULO 16
CAPITULO 17